

ARMAS Y LETRAS



NUMEROTEOR
MUNICIPAL

DIRECTOR - PROPIETARIO —
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

AÑO II

NÚM. 17

MAYO, 1921

Ayuntamiento de Murcia
Número suelto 1,30 ptas.

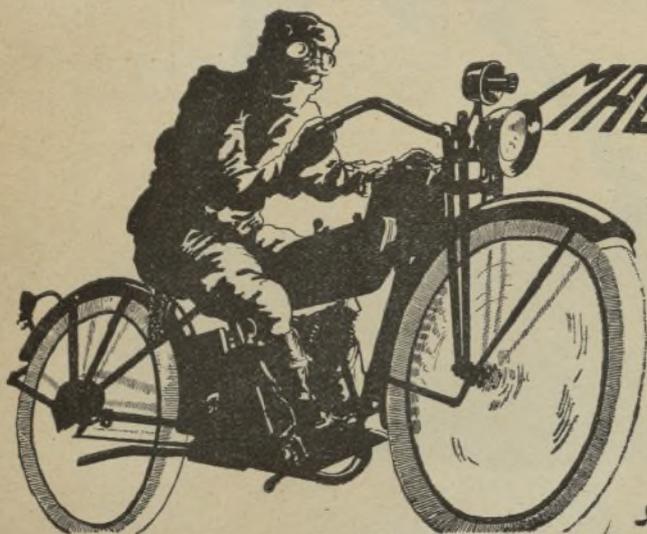
LA MEJOR MOTOCICLETA

*De Sport y Guerra
es la
Harley-Davidson*

Exposición y venta:

J. A. de LANDALUCE

Marqués del Riscal, 7.



M. Chélon





La maravillosa "IDEAL B.,

¡ULTIMA CREACION EN MÁQUINA DE ESCRIBIR!

..... A PLAZOS ::

Accesorios, reparaciones y abonos para limpieza y conservación

Máquina para viaje ERIKA

Representantes: GARCÍA Y GARRIDO (Casa Americana)

CASAS

Hortaleza, 39. Pérez Galdós, 9. Carretas, 5.

Teléfono, 4077 M.

Gran Almacén de Perfumería **La Florida** DE EUGENIO SARRÁ

Ventas al por mayor y menor

Teléfono A 2231 Ronda de San Pedro, 7 Apart. Correos 239

BARCELONA

ASMA, BRONQUITIS CRONICAS

y demás enfermedades del aparato respiratorio

SE COMBATEN, CON ÉXITO, CON

— GOTAS HELENIANAS **BATTLE** —

(A BASE DE CLORURO DE HEROINA Y HELENINA AL 1 POR 100)

Adoptadas y recomendadas por los Dispensarios Antituberculosos de Bilbao, Cataluña, Zaragoza, Coruña, Oviedo, San Sebastián, etc., y empleadas en el Hospital clínico facultativo de medicina de Barcelona.

De venta en todas las farmacias de España



SASTRERIA MILITARY PAISANO

ALVARO

Mayor, 20 pral. - MADRID

PEDRO ANDION

Lonas para toldos y cortinas. Lencería, cutíes y terlices para colchones. Saquerío para envases de lanas y cereales. Cordelería y tramillas. Yute para enfardaje, colchas, mantas, géneros blancos, gutaperchas y lanillas para banderas.

IMPERIAL, 8 y 16 y BOTONERAS, 8

Teléfono M. 1487.

**ANTIGUA IMPRENTA MILITAR
DE
CLETO VALLINAS**

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. * * * Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. - MADRID
Zaleres: Zutor 1. y Ventura Rodríguez, 17.

Teléfono 1.548 - J

**MUEBLES DE LUJO Y ECONÓMICOS
Casa Sotoca**

Sección de alquiler en los pisos entresuelo y principal.
- TELÉFONO 4.185-M. HAY GUARDAMUEBLES -

ECHEGARAY, 8 Madrid
Próximo a la Carrera de S. Jerónimo
(ANTES Calle de HOTALEZA, 29)

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del Ejército, o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, **anúnciense en ARMAS Y LETRAS** y verá prosperar su negocio. Pida tarifas y presupuestos.

SASTRERÍA DOMINGUEZ
Cuesta del Alcázar, 14. - TOLEDO

NOTA DE PRECIOS

	Pts.		Pts.
Capote paño 1.º	150	Uniforme kaki de estambre o gabardina con pantalón y calzón	150
Capota paño o estambre	210	Idem id. de dril, con id.	70
Pelliza de 1.º, rizo de id.	120	Volver pelliza con todos los avios y dorados	70
Impermeable gabardina con gabán y capota separada	225	Idem guerrera con id. id. e idem	50
Guerrera de paño o estambre	120	Poner cuello y vueltas con estrellas y soutache	17
Pantalón Rey con franja seda	60		

MINGOTE H. nos

Sastrería militar y paisano.
MAYOR, 88, entresuelo.

Frente a Capitanía General. - MADRID

No hay soldado valiente si tiene **CALLOS**
EL UNGÜENTO MAGICO
los extirpa en tres días.

En todas las farmacias. 1.50: por correo. 2 pts

En todas las farmacias. - Farmacia PUERTO. - Plaza de San Ildefonso, 4. - MADRID

Antes y después de las marchas y del sport dese un masaje de **EMBROCACIÓN AMERICANA** y será incansable, sera campeón El reuma y todo dolor desaparecen

ERNESTO GIMENEZ

(Antes GONZALEZ Y GIMENEZ).

ALMACÉN DE PAPEL
Y OBJETOS DE ESCRI-
TORIO POR MAYOR

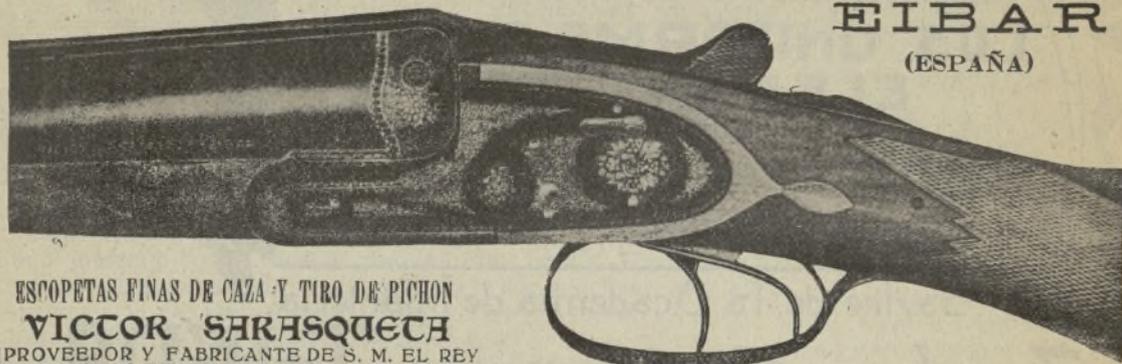
TALLERES DE IMPRENTA, ENCUADERNACIÓN Y LITOGRAFIA

TIMBRADOS EN RELIEVE

ESPECIALIDAD EN LIBROS RAYADOS
Y FABRICA DE SOBRES

HUERTAS, 16 y 18 MADRID

Teléfono 1.074



EIBAR

(ESPAÑA)

ESCOPETAS FINAS DE CAZA Y TIRO DE PICHON

VICTOR SARASQUETA

PROVEEDOR Y FABRICANTE DE S. M. EL REY
L. ALFONSO XIII y de S. A. la Infanta D.^a ISABEL



Mi aprender a decir: ¡Olé tu marre!
Cuando pasan salerosas las manolases.
Mi saber que desde que usan PECA CURA
son más guapas las mujeres españolas.

Jabón, 1,50.—Crema, 2,50.—Polvos, 2,50.—Agua cutánea, 5,50.
Agua de Colonia, 3,50, 6, 10 y 16 ptas., según frasco. Luciones para
el pelo, 4,50, 6,50 y 7,30 ptas., según frasco.

ULTIMAS CREACIONES

Productos Serie «Ideal»

AGACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICO, ADMIRABLE,
MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL,
MIGUET, VIOLETA, JAZMIN.

Jabón, 3.—Polvos, 4.—Loción, 4,50, 6,50 y 20.—Esencia para el
pañuelo, 18 ptas. Frasco con estuche.

CORTÉS HERMANOS, SARRIÁ (BARCELONA)

BARNIZ-SILLA

PARA CORRAJES DE
LA GUARDIA-CIVIL



Precios

Amarillo: frasco grande...1,50 Plas
Negro: id pequeño...0,75 id
Puesto en Madrid

No se servirá ningún pedido que no vaya
acompañado de su importe

**DIRIJIRSE A
IGNACIO SILLA**

Duque de Osuna 3 · MADRID

No se sirven pedidos menores de 6 frascos.
A cada pedido hay que añadir 10 centimos por frasco
para embalaje.

Angel Carlos
Proveedor de la Real Casa
PREMIADO CON MEDALLA DE ORO



OFRECE
los nuevos alumnos de Infanteria
**LOS UNIFORMES MAS
ELEGANTES**
Y DE
MEJOR CALIDAD

Sastre de la Academia de Infanteria
Zocodover, 33 al 37 • Teléfº 325 **TOLEDO**

MESTRE & BLATGE

S. A. ESPAÑOLA

CAPITAL: 10.000.000

LA CASA MEJOR SURTIDA EN TODA CLASE DE
Accesorios para automóviles, ciclos, aviación.

Artículos para todos los deportes.

faros, faroles y proyectores Besnard, magnetos Simms, Bujías Oléo,
bandaje para frenos Chermoid, rozamientos a Bolas f. S.
carburadores Zénith.

MADRID: Cid, 2 y Recoletos, 15
Teléfono S. J. 022

BARCELONA: Balmes, núm. 57
Teléfono A 4373.

ARMAS Y LETRAS

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

Ciencias  Artes
Inventos  Literatura
Actualidades

DIRECTOR PROPIETARIO
VICENTE VALERO DE BERNABE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre... 5,75 ptas.
Semestre... 7,50 »
Año... 15,00 »

EXTRANJERO

Semestre... 12 ptas.

Año II Núm. 17
Mayo 1921

OFICINAS

Calle Mayor, núm. 86

MADRID

Apartado de Correos núm. 886

Administrador

José Valero de Bernabé

DISQUISICIONES CURIOSAS

Las matemáticas en el reino de los animales

En los dos artículos anteriores hemos visto y admirado el instinto matemático de ciertos individuos del reino animal, que inconscientemente resuelven problemas difícilísimos de alta ciencia, pregonando la infinita sabiduría de quien los dirige.

Hoy, descendiendo en la escala de los seres animados, fijemos nuestra atención en uno de los más inferiores. En esos misteriosos pólipos marinos, un tiempo tenidos como animales-plantas, a quienes se denominaban *zoófitos*, y hoy considerados y clasificados por los naturalistas como verdaderos animales.

Inmensa es la variedad de ellos, visibles en las orillas del mar, unos adheridos a las rocas y arenas, y otros errantes (1).

De entre los cuales son los más notables, desde el punto de vista matemático, las *actinias* y *anémonas del mar* (*ortigas de mar*, como las llaman los pescadores), fijas en el fondo de las costas, de forma cilíndrica, con la boca en la parte superior, bordeada de numerosos y flexibles tentáculos, que cuando los extiende aparenta una policromada flor; pero flor que come y engulle a cuantos crustáceos y moluscos se le aproximan a las inmediaciones de sus dichos tentáculos.

Dijimos que estos eran nume-

rosos, pero no porque su número sea ilimitado. Este también, como todo en la Naturaleza, está sometido a la ley, y esta ley también es matemática, como vamos a ver.

Los aludidos tentáculos, en los que son *exacorálidos*, están dispuestos en uno o varios ciclos. En el más interno, que puede ser único, brotan seis de ellos, y en los demás, tantos como intervalos hay entre los ciclos anteriores. El número total de tentáculos en cada individuo, está en función del número de ciclos, y viene dado, por lo tanto, por la suma de una serie de términos, en la que los dos primeros son seis, y a partir del segundo crecen como los de una progresión geométrica, cuya razón es 2, que se puede representar, llamando *c* al número de ciclos, en esta forma:

$$\div 6, 6 : 12 : 24 : 48 \dots \dots 6 \times 2^{c-1}$$

y su suma por la conocida fórmula (aumentada en 6):

$$S = 6 + \frac{6 \times 2^c - 1 \times 2 - 6}{2 - 1} \quad (2).$$

Y así, suponiendo que sean cuatro los ciclos, el número to-

(2) Para los lectores que hayan olvidado o desconozcan esta teoría, les diremos: que en una progresión geométrica creciente y limitada, un término cualquier *a*, y por consiguiente el último, es igual al primero multiplicado por la razón elevada a una potencia igual al número de términos que le anteceden; y que la suma de todos ellos es igual al último término por la razón menos el primero, dividido el resultado por la razón disminuida en una unidad.

tal de tentáculos, que llamaremos *T*:

$$T = 6 + 6 + 12 + 24 = \\ = 6 + \frac{24 \times 2 - 6}{2 - 1} = 6 + 48 - 6 = 48$$

Nótese bien la particularidad de que esta suma ha de ser siempre un múltiplo de 6; por lo cual, a estos celentéreos se llama *exacorálidos*.

En los artículos anteriores admirábamos, además de la providencia del Creador, al *instinto voluntario* de aquellos insectos pero en estos estúpidos animales, desprovistos por completo de voluntad, tenemos que admirar tan solo la ley de su crecimiento y desarrollo, decretada por el Eterno Geómetra, que a toda la Naturaleza la tiene sometida a número, peso, medida y equilibrio; y que cuando éste se altera, inmediatamente se restablece por medio de reacciones iguales y contrarias a las acciones que produjeron aquel desequilibrio.

Así se verifica, que en todos los celentéreos, al tronchárseles o desprendérseles, por cualquier causa, uno de los tentáculos, inmediatamente le nace y le brota otro exactamente igual. Ya que él por sí mismo, por falta de voluntad, no propende a la conservación de su especie, su providente Conservador dispone su inmediata restauración.

Véase, pues, y admírese una vez más la sabia, economía y exquisito y delicado cuidado que pone Dios Nuestro Señor en la conservación hasta de los más ínfimos seres de su creación, y considérese cuanto más cuidado e interés ha de tener en el ser

(1) Pueden verse viviendo su propia vida, en los acuarios de la Estación Biológica de Santander y en los de las estaciones oceanográficas.

a quien ha coronado como rey de esa misma creación: libre, inteligente y responsable de sus actos; capaz de conocerle por sus magníficas obras y a quien también tiene sometido además de las leyes físicas del reino animal a que pertenece, a las leyes morales e intelectuales, del reino espiritual a quien también pertenece ilustrado por la fe; con el cumplimiento de las cuales, le ofrece a cambio, el eterno galardón de una vida inmortal henchida de dichas inenarrables.

* * *

Doy cima y conclusión a estos deshilvanados estudios, hijos del buen deseo de llevar a la ilustrada atención de mis lectores y hacerles fijar en esas sorprendentes armonías, que reinan en el campo de las ciencias aplicadas a la contemplación de la Naturaleza, que todas ellas estudiadas sin perjuicios sectarios y con serena tranquilidad en la inteligencia, proclaman de consuno en sorprendente concatenación, las glorias del Supremo Hacedor del Mundo Físico; y por medio de ellas elevar nuestra mente, a adorarle y a cantarle himnos de alabanza, de misericordia y de gratitud, en holocausto a su Majestad infinita.

Pero antes de terminar, antes de cerrar estos libros de Historia Natural que tengo delante y que me han servido de consultores en estos infecundos y deleznable artículos, séame permitido cerrarlos con broche de oro, traduciendo un párrafo del gran naturalista Buffon, honra y prez de la Ciencia. Parece como si el sabio viviera en nuestros días, y presenciara y sintiera los aún mayores estragos de la última lucha interminable y titánica, preñada de odios y abominaciones sin cuento, en que el mundo hoy se revuelve en convulsiones agónicas. Repitamos con él la invocación a la paz, tomada de su preciosa obra «*Premier vue de la Nature*».

«¡Gran Dios! cuya sola presencia sostiene a la Naturaleza y mantiene la armonía de las leyes del Universo, Vos, que desde el trono inmóvil del Empíreo, veis rodar bajo vuestros pies

todas las esferas celestes, sin choque y sin confusión; que desde el seno del reposo reproducís a cada instante sus grandiosos movimientos y Vos sólo regís en una paz profunda, este infinito sinnúmero de cielos y de mundos, devolved la calma a la Tierra agitada; que ella vuelva al silencio; que a vuestra voz la discordia y la guerra cesen de hacer repercutir sus gritos orgullosos».

«¡Dios de bondad! ¡Autor de todos los seres! Vuestras miradas paternales abarcan todos los objetos de la Creación; más el hombre es vuestro ser privilegiado, Vos le habeis iluminado su alma con un destello de vuestra luz inmortal; completad vuestros beneficios, penetrando en su corazón un rayo de vuestro amor. Este sentimiento divino, esparciéndose por todos lados, reunirá a las naciones enemigas: el hombre no temerá más al hombre, el hierro homicida

no armará más su mano, el fuego devorador de la guerra no agotará más la fuente de las generaciones; la especie humana ahora debilitada, mutilada, segada en flor, germinará de nuevo y se multiplicará sin número; la Naturaleza abrumada bajo el peso del azote estéril, abandonada, volverá a adquirir bien pronto con una nueva vida su antigua fecundidad; y nosotros, Dios bienhechor, la secundaremos, la cultivaremos, la observaremos sin cesar, para ofrecer a cada instante un nuevo tributo de reconocimiento y de admiración».

Así rezán los verdaderos sabios. Que el espíritu del inmortal Buffon flotando sobre la atmósfera de odio y de peste que hoy envuelve al mundo, repita su humilde invocación al Dios de la paz y del amor. Repítamola nosotros con él.

Manuel Castañón y Montijano.

Aventuras de Membrillera

CAPITULO X

Cirilo, reclamón.

Faltaríamos premeditadamente a la verdad, si afirmásemos que el simpático y malaventurado Cirilo se hallaba contento.

Prescindiendo de la serie de tropezones que venía dando desde que salió de Madrid y que agriaron su carácter, la vida de campaña que llevaba no era, ni con mucho, la que había soñado. Aquellas marchas, supuestos tácticos, e instrucciones a que de continuo estaba entregado su Batallón, como todos los demás, lo tenían sumamente disgustado, y al descender del humo de las ilusiones al terreno de las realidades había sufrido un desencanto formidable.

—¡Creo que no soy del todo ilógico en mis ideas!—pensaba cierto día que se hallaba solo en la tienda de campaña.—Vamos a ver.

¿Porqué razón, pudiendo efectuar el tiro a cuatro pasos del campamento nos hacen tra-

garnos cuarenta kilómetros?... ¡Amí que no me vengan con la razón del entrenamiento! ¡El entrenamiento es una filfa!... Lo necesita, indudablemente, el corredor que debe tomar parte en una carrera un día determinado, pero nosotros que, dada la índole de esta campaña en rarísima ocasión tendremos que andar más de treinta, a lo más cincuenta kilómetros, no veo la razón de que nos sujetemos a este plan de marchas forzadas... El entrenamiento, además, debe ser progresivo, metódico, y continuo, y el nuestro no es nada de esto... En mi opinión, en campaña, lo que debe hacerse es procurar por cuantos medios sean posibles proporcionar al ejército que opera todas aquellas comodidades compatibles con la guerra, prescindiendo de cuanto es propio de la vida de guarnición, pues no haciéndolo así se perjudica altamente a la satisfacción interior y entusiasmo de que debe estar poseído el jefe, oficial y soldado de un ejér-

cito que se halla frente al enemigo... ¡Y lo malo es que el vino *todo-tónico-fosfatado* que ahora estoy tomando necesita para producir todo su efecto que el enfermo no ande mucho! ¡Será necesario que proceda a averiguar si existe un reconstituyente a cuya acción favorezcan las caminatas!... He aquí que llevo tres días sin pegar un ojo. ¿Me quieren decir que el estar en campaña es óbice para que los servicios se hagan contando con elementos de comodidad tales como unas pequeñas garitas en los parapetos para guarecerse en caso de lluvia?... ¿Me quieren decir que objeto logístico o táctico se persigue al obligarnos a dormir con paraguas a causa de las goteras que tienen todas las tiendas de campaña?... ¿Por qué artículo de las ordenanzas, en un campamento que lleva establecido una *porrada* de años en el mismo punto, no hay unos pequeños cuartitos que permitan a la oficialidad cumplir decorosamente con ciertas exigencias de la Naturaleza?

Cirilo se hubiese dirigido veinte preguntas mas, pero al dirigirse la última recordó que aquel día no había hecho gimnasia.

Estiróse, se pegó unos veinte golpecitos en el pecho para activar la circulación de la sangre, puso manos a la cintura y se entregó de lleno a sus ejercicios.

**

Avanza por la carretera la columna, constituida por una brigada de Cazadores.

Espesas nubes de polvo la envuelven.

El sol aprieta tan de firme que oficiales y soldados jadean y sudan a chorros.

El camino, una vez pasado el campamento de Malaliem, es una línea recta, que amenaza no terminar nunca.

La marcha es silenciosa.

Zabalza, Ruiz, Oudate y Cirilo van al lado del Capitán. Este canturrea una canción que entonces estaba muy en boga.

Soy Argentina ¡ché!

Y a Buenos Aires me voy

Ha repetido estas estrofas

veintitantas veces, abandonadas las riendas sobre el cuello del caballo, sin pensar, sin duda, en lo que canta, porque mira distraidamente las llanuras de palmitos que se extienden a derecha e izquierda de la carretera.

—¡Mi Capitán!—dijo Oudate—¿Quiere usted acabar de irse a la Argentina?

Rien todos, y de nuevo, materialmente aplastados por el calor, se entregan a sus meditaciones.

Al poco rato cada oficial se incorpora a su sección.

Cirilo suda tanto que sería posible retorcerlo como a una bayeta.

Desabrochándose la guerrera se abanicó con el salacokt durante unos momentos.

—¡Rediez!—murmuró—¡como se conoce que los señores de vanguardia van a caballo!... Si esto es paso ordinario ¿a que llamarán paso ligero?... En estas marchas, además de tener en cuenta el alargamiento para alternar las compañías en el orden de colocación en la columna, debía tenerse en cuenta la estatura de los oficiales... Los que, desgraciadamente, no somos muy altos, debíamos ir siempre en cabeza, y de esta manera nunca iríamos en cola, ni saldríamos perjudicados, pues es evidente que si mi paso es mitad que el del teniente Oudate, al final de la jornada habré andado doble camino que este... Es decir: doble no... ¡aunque me parece que sí! Vamos a ver. Cada paso de Oudate son dos míos, luego, por cada kilómetro que anda él ando yo dos... Es decir: no. En realidad habremos andado el mismo camino, pero yo...

—¡Mi Alférez!—dijo en este momento un sargento, dirigiéndose a Cirilo—Hay un soldado que dice que no puede continuar.

—¡Caramba!—contestó Cirilo—No me gusta que mi sección sea la que primero deje un soldado aspeado... Dígale que procure aguantar un poco más

No habían pasado cinco minutos cuando volvió el sargento.

—¡Mi Alférez!—dijo—El soldado de que di a usted cuenta

dice que le es imposible andar más.

—Bueno. Iré a decírselo al Capitán.

Cirilo apretó el paso.

—A la orden de usted—dijo, al llegar a la altura del Capitán.—Hay un soldado de mi sección que no puede continuar la marcha.

—¡Caramba!—exclamó el capitán—No me gusta que el primer soldado que queda rezagado sea uno de mi compañía. Dígale que procure hacer un esfuerzo.

Cirilo transmitió al sargento los deseos del capitán, para que éste lo transmitiese al soldado, pero al cabo de cinco minutos tuvo necesidad de apretar el paso para alcanzar al capitán.

—El soldado de que di cuenta a usted—dijo—manifiesta que no puede más.

El Capitán, torciendo el gesto, se dirigió al galope al encuentro del Teniente Coronel.

—Mi Teniente Coronel—dijo, cuando se halló a la altura de este jefe—un soldado de mi compañía, que dice le es imposible continuar la marcha.

—¡Caramba!—exclamó el Teniente Coronel.—No me gusta que el primer soldado aspeado sea de mi Batallón. El de delante no ha dejado aún ningún rezagado. Procure que haga un esfuerzo.

—¡Que haga un esfuerzo!—dijo el Capitán a Cirilo.

—¡Que haga un esfuerzo!—dijo Cirilo al sargento.

—¡Que haga usted un esfuerzo!—dijo el sargento al soldado.

A los cinco minutos el sargento se dirigió a Cirilo, Cirilo al Capitán y el Capitán al Teniente Coronel para manifestar «que el soldado de antes se había quedado esperando a los carros, porque no había podido más!»

—Bueno. Que se quede—exclamó el Teniente Coronel.

—Que se quede—dijo el Capitán a Cirilo.

—Que se quede—dijo Cirilo al sargento.

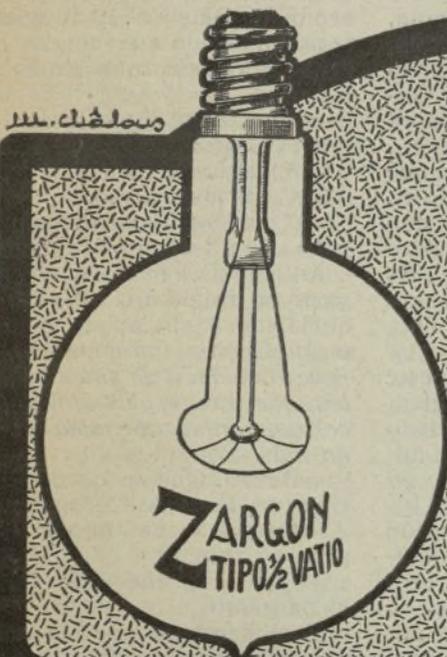
Y el sargento no dijo nada porque ya hemos dicho que el soldado se *había quedado*.

Sinesio Darnell.



Todo aquel que
dedique su vi-
da à trabajos
delicados debe
usar lámpara

Z ARGON
TIPO $\frac{1}{2}$ VATIO
por su luz blan-
ca y suave



Fábrica en
BARCELONA
Córtes 397

Depósito en Madrid: Encarnación 12

ARTE
COMERCIAL

LOS TIROLESES

ARMAS Y LETRAS

LOS REYES Y EL EJERCITO

UNA FIESTA MILITAR EN VALLADOLID

En Valladolid, cuna de la Caballería española, se ha celebrado con gran pompa un fiesta militar a la que ha dado un gran realce la intervención de la Real familia.

Perdurará en la memoria de todos, los actos solem-

entrega del estandarte que Doña Victoria regaló a la Academia, y todos los que asistieron a la hermosa fiesta no podrán olvidar a la egegría dama, vestida con el uniforme de la Caballería española, desfilando al frente del regimiento de su nombre, del



SS. MM. los Reyes D. Alfonso y D.^a Victoria presenciando el desfile de las fuerzas después de haberse hecho cargo S. M. la Reina del mando del regimiento de Caballería Victoria Eugenia. (Fot. Marín).

nísimos que se veriacaron: la colocación de la primera piedra de la futura Academia del Arma, que resurgirá, como ave Fénix, de las cenizas del anterior Centro, que un voráz incendio destruyó; quedará perenne en todos los corazones el recuerdo de la

que es coronel honorario.

Para los vallisoletanos fué también un día memorable. Desde las primeras horas de la mañana la ciudad presentaba un aspecto de animación extraordinaria; los comercios cerraron sus puertas y los edi-

ficios públicos y muchos] particulares lucieron colgadas.

La fiesta se celebró en el Campo Grande estaba adornado con guirnaldas, que se extendían de árbol a árbol, sosteniendo los escudos y atributos de los Cuerpos que integran el Arma.

En un templete, situado junto a la estatua de Colón, se colocó el artístico altar exornado con flores, trofeos militares y tapices de la Real Casa.

A la izquierda del altar se levantaba la tribuna destinada a las Reales personas, también exquisitamente adornada, y al lado opuesto, las tribunas de las autoridades, Comisiones e invitados. En ésta numerosas damas, con sus vestidos primaverales daban la nota de color entre los severos trajes de los caballeros.

A las nueve y media estaba formada la guarnición a lo largo del paseo, mientras que los estandartes de los Cuerpos de Caballería, con sus escoltas se colocaron a la inmediación de la tribuna regia.

Llegó la Academia en correcta formación y su estandarte, que era llevado por el Infante D. Alfonso, hijo del Infante D. Carlos y la malograda Princesa de Asturias, se situó al frente del escuadrón que formaba aquella.

Delante del altar aparecía el nuevo estandarte, regalo de la Reina Doña Victoria a la Academia y que ha sido bordado por sus augustas manos.

Una hora después, los agudos sonos de los cornetines de órdenes y las severas y magestuosas notas de la marcha real anunciaron la llegada de la egregia personas.

Un lucido cortejo a cuyo frente marchaba el Rey avanzaba por el amplio paseo. Vestía S. M. el uniforme de gala de Caballería y cruzaba su pecho la banda de la cruz del Mérito Militar. Le seguía el Infante D. Carlos, los príncipes Raniero y Jenaro y un brillante Estado Mayor en el que figuraba los los agregados militares con sus polícromos uniformes.

La enorme concurrencia que llenaba los andenes del paseo prorrumpió en vítores y aclamaciones, que aumentaron hasta el frenesí cuando apareció la hermosa Soberana, en automóvil, vistiendo el uniforme del regimiento de su nombre. A la augusta señora la acompañaba la Reina Doña María Cristina.

Doña Victoria se dirigió al lugar donde estaba la Academia de Caballería, comenzando la sencilla y conmovedora ceremonia de la entreg del estandarte.

El Infante D. Alfonso dió el viejo tafetán al arzobispo; éste tomo el nuevo, lo bendijo y entregó a la Reina Doña Victoria, que a su vez lo dió al coronel de la Academia, pronunciando breves y elocuentes palabras en las que expresaba la viva satisfacción que sentía al hacer donación del estandarte a la Academia cuna de valerosos caballeros que tan alto habían puesto el nombre de España, a cuyo discurso contestó el coronel director con sentidas frases, expresando la gratitud de la Academia por la merced recibida.

Después la Soberana montó a caballo y se dirigió a donde estaba su regimiento para tomar posesión del mando.

Dióselo el general Zobalza en presencia del coronel efectivo, que hizo entrega a S. M. de un bastón

de mando, [regalo de las señoras de los jefes y oficiales del regimiento.

Las bandas batieron marcha y la apiñada multitud aclamó a la Reina y a toda la familia real.

Al frente de su regimiento oyó la augusta señora la misa de campaña, que se celebró a continuación y en la que ofició el arzobispo, y terminado el santo sacrificio se verificó el desfile, que resultó brillantísimo, terminando los Reyes por dirigirse a la plaza de la Constitución para presenciar la entrada de los estandartes, que se guardaban en el salón de actos del Ayuntamiento.

Como remate de la lucidísima fiesta el Arma de Caballería obsequió con un banquete a los Reyes, en el que el Monarca pronunció un discurso de tonos elevados y patrióticos.

«Sois—dijo a los comensales—continuadores de la tradición legendaria que comenzó con las Ordenes militares.»

Dedicó un recuerdo a éstas y dijo que continuaba siendo el Arma de la impetuosidad y de los sacrificios.

Saludó a los agregados militares, y les encargó que transmitieran a la Caballería de sus países el saludo de la Caballería española, siempre dispuesta a heroicas abnegaciones.

Se congratuló, como jefe de los ginetes españoles de haber nombrado a SS. MM. las Reina Doña Victoria y Doña Cristina coroneles honorarios de dos regimientos de Caballería.

Lamentó que faltaran en la fiesta de aquel día los estandartes de tres regimientos que combaten en Africa; pero recordó que durante el desfile; uno de los adornos del paseo del Campo Grande, que ostentaba las insignias del regimiento de Taxdir, cayera casualmente al suelo, y dijo que la Providencia lo había querido para que todos tuvieran presentes a los regimientos de Caballería que se encuentran en Africa.

Aludió a nuestra campaña en Africa, y dijo que no era de conquista, si no de civilización».

La fiesta militar que hemos reseñado ha sido un homenaje a toda la Caballería española, la que con sus heroismos y bizarría tantas veces se ha cubierto de gloria desde los campos de Flandes en tiempos pretéritos a los actuales, escribiendo páginas bellísimas en la Historia patria con su sangre generosa.

No entra en los límites de un artículo dar ni si quiera una ligera idea de las hazañas inmortales de nuestros ginetes bien en tierras extranjeras ya en las de la patria, y sólo podemos añadir que su legendario abolengo ha sabido responder a su tradición y a su grandeza siempre que la ocasión ha sido propicia para pue esgrimiera sus armas vencedoras, sobre todo en su principalísima y decisiva misión, la carga a fondo, y a su grito de guerra de ¡Santiago y tierra España! ¡Viva el Rey! se ha lanzado al sacrificio para honra y pre de la patria.

Diego Guir Morales



Derrotado Napoleón en Waterloo, abdicó su poder y se acogió al amparo de Inglaterra, que abusando de su situación, lo hizo prisionero y lo deportó a Santa Elena.

En el islote apartado en medio del mar, desde entonces la vida de Napoleón fué una continua y penosa agonía, sin embargo de lo cual duró cinco años; cinco años más está el moderno Prometeo encadenado a la roca en que Hudson Louve le está arrancando el corazón. Por último, el 20 de Marzo de 1821, día del glorioso aniversario de la vuelta de Napoleón a París, desde por la mañana experimentó una fuerte opresión en el estómago y una especie de ahogo fatigoso en el pecho; luego sintió un dolor agudo en el epigastrio, en el hipocondrio izquierdo, y se extendió por el lado del torax hasta el hombro correspondiente. A pesar de los primeros remedios, continuó la fiebre; el abdomen se puso doloroso al tacto y el estómago rígido. A eso de las cinco de la tarde tuvo un recargo acompañado de un frío glacial, sobre todo en las extremidades inferiores, y el enfermo se quejó de calambres.

La noche que siguió fué agitada: los síntomas fueron siendo cada vez más graves: una bebida emetizada los hizo desaparecer momentáneamente; pero volvieron a aparecer al punto. Se tuvo una consulta, casi contra la voluntad del Emperador, entre el doctor Antomarchi y Mr. Arnott, cirujano del 20.º regimiento de guarnición en la isla. Estos señores reconocieron la necesidad de aplicar un gran vejigatorio a la región abdominal, administrar un purgante, y los fomentos de oxicato a la frente; no por eso dejó la enfermedad de continuar haciendo progresos.

Una tarde dijo un criado de Longwood que había visto un cometa; oyólo Napoleón y se afectó con este presagio:—Un cometa—exclamó—fué el precursor de la muerte de César.

La enfermedad de Napoleón.

Antomarchi, el médico que asistió a Napoleón en sus últimos días, cuenta así sus impresiones acerca del curso de la enfermedad que llevó al Emperador al sepulcro:

«Napoleón apenas duerme. Lo único que toma con

El día 5 del corriente mes de Mayo se ha cumplido el primer centenario de la muerte de Napoleón, el caudillo formidable que sujetó al mundo a la ley de sus armas. Su gloria militar fué tan grande, que ha hecho olvidar sus ambiciones y que su nombre sea tenido en estima aun por las naciones que sufrieron las consecuencias de su afán inmoderado de dominar.

placer y le alivia algo, son los baños, que son de demasiada duración; y aunque preveo, a veces, que esta exageración le será perjudicial, me resisto a decirle que salga

de su baño, porque se encuentra muy bien en él.

»Le he aconsejado vejigatorios y emolientes, pero me ha respondido:

—«Doctor, ni una droga. Somos una máquina de vivir y hemos sido fabricados para eso. No interrumpa el curso de la vida, que ella se defiende sola y obrará mejor que todos sus medicamentos. El cuerpo humano no es sino un reloj que debe marchar poco tiempo, sin que le sea posible abrirlo al relojero; únicamente puede manejarlo a ciegas, con los ojos vendados, y por una sola vez que acierta y le ayuda a fuerza de tormento, le estropea diez y al fin le destruye.»

Preocupaciones de Napoleón.

Un detalle, insignificante en sí, afectó al Emperador. Salió al jardín, sentándose junto a un estanque que mandó construir a una cuadrilla de chinos contratados por él a este efecto, y se entretenía en echar migas de pan a los peces. Esto le divertía, porque examinaba las costumbres de los animalitos, sus relaciones con el resto de la fauna, sus amores, etc. Pero de repente, y por desgracia, los peces sintieron vértigos y murieron uno a uno.

—«¿Lo ve usted, doctor?—me dijo con tristeza— Todo lo que toco y lo que me agrada, muere. Los hombres y el cielo se confabulan contra mí.»

Tratando de consolarle, indagué la causa de la mortandad y dí con ella: El estanque estaba cubierto interiormente con una capa, a base de un compuesto de cobre, y el agua se había envenenado. Yo iba a cada momento a ver si se salvaban algunos peces, y su alegría fué grande cuando le aseguré que vivirían muchos de ellos.

Los últimos días del Emperador.

Durante el mes de Abril hubo de convencerse Antomarchi que la enfermedad del Emperador ya no tenía remedio. He aquí cómo descubre Antomarchi los últimos momentos:

ARMAS A LETRAS

«Estábamos a 25 de Abril. A las ocho y media de la noche tuvo apetito, y aprovechando mi ausencia, se hizo servir un verdadero banquete con relación a su estado de salud: frutas, vinos, bizcochos; champaña, ciruelas y uvas. Ordené que retirasen las vituallas y reñí al maestresala por haber obedecido el capricho del Emperador; pero el mal estaba hecho, y al poco rato la fiebre era más intensa que nunca.

La noche ha sido muy agitada. S. M. ha delirado hasta las doce.

A las tres de la mañana ha tenido grandes vómitos que le han hecho devolver todos los alimentos, y se ha quedado un poco más tranquilo.

—Si perdiera a Su Majestad, esa sería toda mi ambición.

—«Es mi mujer, la primera princesa de Europa, la única a quien en adelante podrá usted servir.»

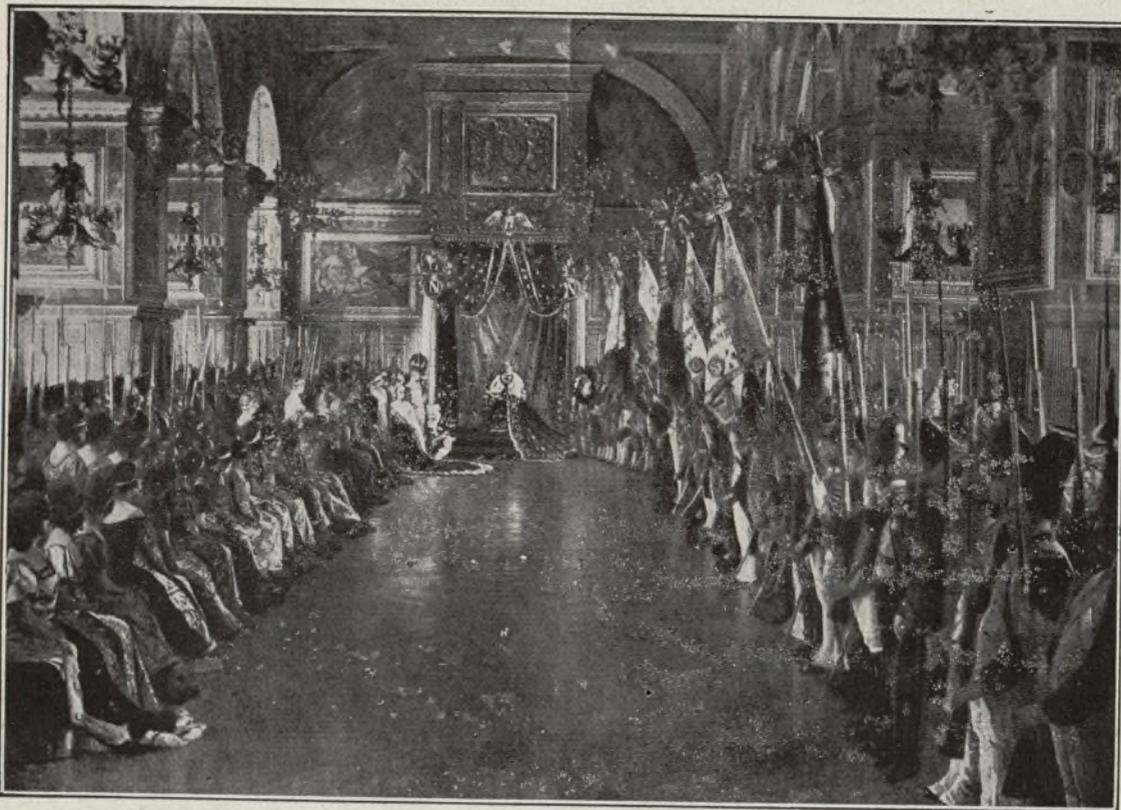
—No serviré a ninguna otra.

—«Bueno: le escribiré.»

Por la tarde ha trabajado durante tres horas, a pesar de su gran debilidad, ocupándose en sellar los codicilos a su testamento, que va escrito todo de su puño y letra.»

Los deseos de Napoleón.

He aquí cómo sintiéndose morir, habla Napoleón



Presentación de las Águilas. Napoleón en el Salón d el Trono de Fontainebleau. Esta escena ha sido fielmente reproducida por el cinematógrafo sobre el mismo lugar en que el Emperador revistó sus águilas habiendo sido extraídas al efecto las banderas auténticas del Museo del Ejército Francés y vistiendo los personajes trajes de la época prestados por el mismo museo.

A las once y media, comprendo que el Emperador se halla en su lecho de muerte. Me da pruebas de una gran benevolencia. Luego me pregunta:

—«¿Cuánto le parece que debo dar al médico inglés por las visitas que me ha hecho?»

—No me atrevería a poner límites a la munificencia de S. M.

—«¿Cree usted que quinientos luis es será bastante?»

—Paréceme, señor, que sí.

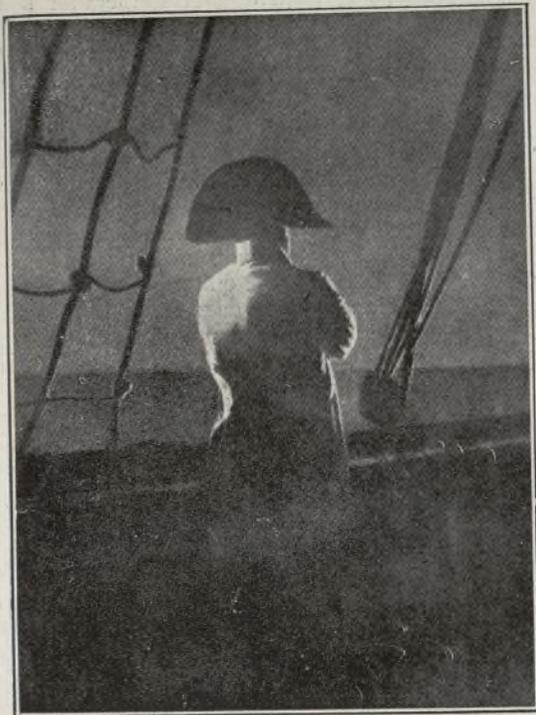
—«Bueno: le dejaré doce mil francos.»

Le rogué que no se preocupara de tan tristes cosas, pero signió hablando:

—«¿Le agradecería entrar al servicio de María Luisa, como cirujano?»

a su médico el día 28 de Abril de 1821, o sea siete días antes de su muerte:

—«Después de mi muerte, que ya no se hará esperar, quiero que embalsame usted mi cadáver, y le exijo que no tolere que ningún otro médico ponga sus manos en mi cuerpo; pero si necesitase usted un ayudante, puede llamar al Dr. Arnott. Es también mi voluntad que ponga usted mi corazón en alcohol, y lo lleve a Parma, a María Luisa, a quien dirá que siempre la amé tiernamente, sin dejar nunca de amarla. Cuénteles todo lo que ha visto aquí, y la manera cómo he sido tratado y los detalles de mi muerte. Sobre todo, le ruego que examine bien mi estómago, del que hará un informe con toda clase de detalles, y que entregará usted a mi hijo. Los vómitos, que se



Perdida toda esperanza de reconstituir su imperio, Napoleón se entrega a los ingleses dando su último adiós a las costas de Francia.

sucedan sin interrupción, me hacen pensar que de todos mis órganos, el más enfermo es el estómago, y creo que padezco la misma enfermedad que consumió a mi padre: un escirro del píloro.

»Otra vez se lo recomiendo, doctor: mucho cuidado en el examen del píloro, y escriba sus observaciones para entregarlas a mi hijo, pues quiero prevenirle, por lo menos, contra esta enfermedad.»

A las dos de la mañana del día 2 de Mayo sufrió un recrudecimiento de fiebre con delirio.

No habla sino de su hijo, de la patria y de sus compañeros de armas.

—«¡Steinhel, Dessaix, Massena! ¡Ah, la victoria se decide; asegurad la carga! ¡Son nuestros!» De repente, reuniendo sus fuerzas Napoleón saltó sobre la alfombra queriendo bajar al jardín. Yo a-

cuí a recibirle en mis brazos, pues sus piernas cedían, negándose a sostenerle; pero tuve el dolor de no poder evitar la caída. Al suplicarle que se volviera a acostar, se enfadó, sin reconocer a nadie. Ya sus fuerzas casi no existían y su pulso era de 108 pulsaciones por minuto.

A las nueve de la mañana recobró el sentido y da nuevas instrucciones:

—«Recuerde todo lo que le he dicho de la enfermedad hereditaria, para prevenir a mi hijo.»

Hacia las doce exclamó:

—«Estoy muy malo, doctor; me siento morir.»

En seguida perdió el conocimiento, empezando a hipar alarmantemente. El fin se acercaba por momentos y todos redoblábamos el celo y la actividad para servirle. No puede soportar la luz, y hay que cuidarle a oscuras. Los generales Bertrand y Montholón estaban ya rendidos. Al fin no hemos tenido más remedio que aceptar las reiteradas ofertas de unos franceses habitantes de la isla, y asociarlos a nuestros tristes deberes.

El Emperador los ha reconocido y ha rogado a sus oficiales que no los olviden, que había que ayudarles con algo.

Las últimas palabras de Napoleón.

El día 3 de Mayo, el abate Viñali administró el Viático a Napoleón. Recobrado el pleno uso de sus sentidos, recomienda una vez más, que no se permita que médico alguno inglés toque su cadáver. Luego dice:

—«Me voy a morir, y ustedes se volverán a Europa. Ustedes, que han compartido mi destierro, serán fieles a mi memoria y no han de hacer nada que pueda herirla. Yo he sancionado todos los principios y los he infundido en mis leyes. No hay ni uno que no haya consagrado. Sin embargo, a veces las circunstancias eran difíciles y me veía obligado a aplazar las soluciones definitivas: no pude desplegar mi arco, y Francia se ha quedado privada de toda una serie de instituciones liberales. Pero ama mi nombre y mis victorias: imítenla. Sean fieles a las ideas que hemos defendido y a la gloria adquirida, que, aparte de esto, no hay sino confusión y vergüenza.»

El día 4, Napoleón ha perdido por completo el sentido y se le presenta una risa sardónica. La noche fué atroz; tiene vómitos, hipo, espasmos y espasmos epilépticos.



Napoleón y su familia en Saint Cloud, según una estampa de la época.



La Granja de Longwood donde vivió y murió Napoleón en Santa Elena. Esta casa fué comprada luego por Napoleón III el año 1858.

A las cinco y media, se hallaba en pleno delirio, sin que se le comprenda nada de sus inarticuladas palabras. Solo un momento se le oye con claridad que dice:

«...Cabeza... ejército... ejército...» Estas fueron sus últimas palabras.

Al atardecer, todos los síntomas se agravan. Sus ojos se quedan fijos; de repente se mueven hacia los párpados superiores, el pulso decae, se reanima luego. Son las seis; una ligera espuma cubre su boca... Ya ha muerto. ¡Así pasa la gloria!

La autopsia y el entierro

A las veinte horas de la muerte de su ilustre enfermo procedió el doctor Antomarchi a la autopsia, como tantas veces había encargado Napoleón: después sacó el corazón, le puso en espíritu de vino según las instrucciones recibidas, a fin de mandarlo a María Luisa; más en aquel momento vinieron los albaceas diciendo que sir Hudson Lowe se negaba a dejar salir de Santa Elena el cuerpo y cualquiera parte de él. Debía quedarse en la isla. El cadáver quedaba clavado en el patíbulo.

Trataron de buscar sitio para la sepultura y prefirieron un lugar que Napoleón había visto sólo una vez, y del cual hablaba siempre con gusto. Sir Hudson Lowe consintió en que se abriese el hoyo en aquel paraje.

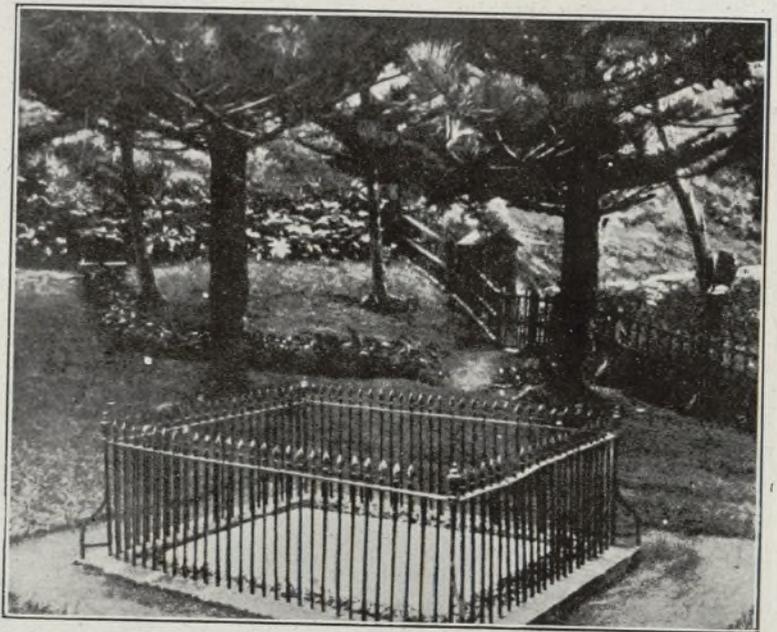
Hecha la autopsia, el doctor reunió por medio de una sutura las partes separadas, lavó el cuerpo y le abandonó al ayuda de cámara, que le pu-

so el traje que el Emperador solía llevar, es decir, calzón de casimir blanco, medias de seda blanca, botas de montar con espuelas, chaleco blanco, corbata blanca, cubierta con otra negra atada por detrás; el gran cordón de la Legión de Honor, el uniforme de coronel de cazadores de la Guardia con las órdenes de la Legión de Honor y la corona de hierro, y por último, el sombrero de tres picos. Vestido así le quitaron de la sala a las cinco y tres cuartos, y le pusieron de cuerpo presente en su alcoba, que se había convertido en cuarto mortuario.

El cadáver tenía las manos sueltas; estaba tendido en su lecho de campaña: la espada al lado, un crucifijo en el pecho, y la capa azul de Marengo echada a sus pies. Así estuvo expuesto dos días.

El 8 por la mañana el cuerpo que debía reposar bajo la columna, y el corazón que debía ser enviado a María Luisa, fueron depositados en una caja de hoja de lata, guarnecida de una especie de colchón con una almohada, forrados de raso blanco. Esta primera caja se metió en otra segunda de caoba, que se puso en una tercera de plomo, encerrada también en una cuarta de caoba, semejante a la segunda.

A las doce y media fué transportado el ataúd por soldados de la guarnición, al paseo del jardín, donde le aguardaba el carro fúnebre; se le cubrió con un terciopelo morado, y encima la capa de Marengo, y el cortejo fúnebre se puso en camino.



La tumba de Napoleón en Santa Elena, donde permanecieron sus restos desde su muerte el año 1821 hasta su traslado a París el año 1840.

La tumba estaba abierta un cuarto de milla poco más o menos más allá de Hutsgate. El carro se detuvo cerca de la huesa, y el cañón principió a hacer cinco disparos por minuto.

Bajaron el cuerpo al sepulcro mientras el abate Vignali rezaba las oraciones; después una enorme piedra cerró su última morada y pasó del tiempo a la eternidad.

Entonces trajeron una plancha de plata en la que estaba grabada la inscripción siguiente:

NAPOLEON

NACIÓ EN AJACCIO, EL 15 DE AGOSTO DE 1769.

MURIÓ EN SANTA ELENA EL 5 DE MAYO DE 1821.

Pero al ir a clavarla sobre la piedra, se adelantó sir Hudson Lowe y declaró en nombre de su gobierno, que no podía ponerse sobre el sepulcro otra inscripción que ésta:

EL GENERAL
BUONAPARTE

El testamento de Napoleón

He aquí sus cláusulas más importantes.

1. Muero en el seno de la religión Católica, Apostólica y Romana, en el que nací hace más de cincuenta años.

2. Deseo que mis cenizas descansen a orillas del Sena, en medio de aquel pueblo francés, a quien tanto he amado.

3. Nunca he tenido sino elogios para mi muy amada esposa María Luisa; le conservo, hasta mi último instante, los más tiernos sentimientos, y le ruego que vele para preservar a mi hijo de los peligros que rodean su infancia.

4. Recomiendo a mi hijo que no olvide nunca que nació príncipe francés y que nunca se preste a ser instrumento de los triunviros que oprimen los pueblos de Europa. Jamás deberá combatir contra Francia ni tratar de perjudicarla en manera alguna. Deberá adoptar mi divisa: *Todo por el pueblo francés.*

5. Muero prematuramente, asesinado por la oligarquía inglesa y su sicario. El mismo pueblo inglés no tardará en vengarme.

6. El desgraciado resultado de las dos invasiones de Francia, cuando tantos recursos quedaban todavía al país, se debe a las traiciones de Marmont, Audereau, Talleyrand y Lafayette. ¡Los perdono; y que la posteridad los perdone como yo!

7. Doy gracias de todo corazón a mi excelente

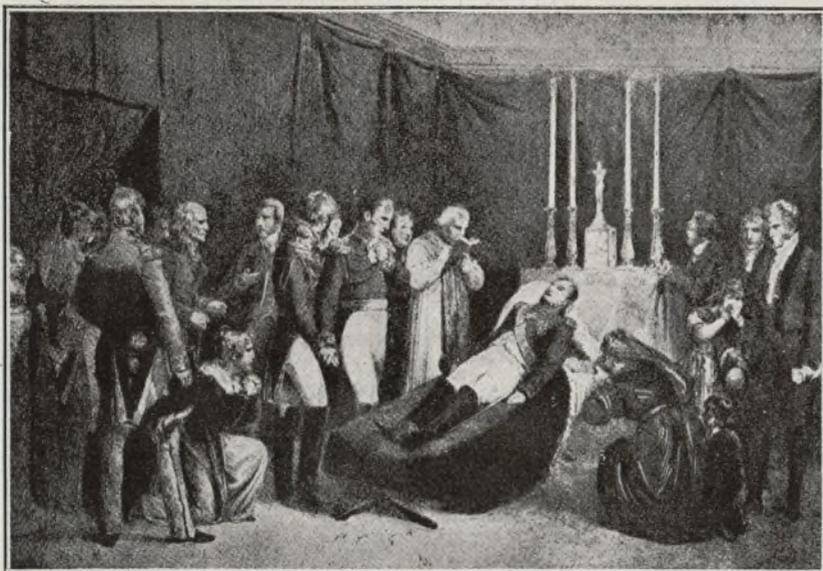
madre, al cardenal, a mis hermanos José, Luciano, Jerónimo, Paulina, Carolina, Julia, Hortensia, Catalina, y Eugenio, por el interés que siempre se tomaron por mí. Perdono a Luis el libelo que publicó en 1820, que está lleno de inexactitudes y falsificaciones.

8. Reniego del *Manuscrito de Santa Elena* y de tantas otras obras con títulos de máximas, sentencias, etc. que han aparecido desde hace seis años: éstas no son las reglas que han presidido mi vida. Yo hice detener y juzgar al duque de Enghien, porque era necesario para la seguridad, el interés y el honor del pueblo francés, cuando... según su confesión, tenía a sueldo sesenta asesinos en París. En semejantes circunstancias habría vuelto a obrar de la misma manera.

Francia recupera el cadáver de Napoleón

En la primavera de 1840, después de la Restauración, bajo el reinado de Luis Felipe, el gobierno francés que presidía Thiers, interpretando los deseos unánimes del país, entabló cerca del gobierno británico las gestiones necesarias para que los restos de Napoleón que reposaban en el siniestro peñón de Santa Elena, fueran trasladados a París.

Las Cámaras inglesas acogieron la idea y Luis Fe-



La muerte de Napoleón en Santa Elena. (Cuadro de GARNIER).

lipe nombró al príncipe de Joinville para que, al frente de una comisión, se trasladase a Santa Elena.

El 7 de Julio de 1840, zarpó del puerto de Tolón, una flotilla y a primeros de Octubre, el príncipe y su séquito desembarcaron en la isla, penetrando, con la natural emoción, en la tumba de Bonaparte.

Después de efectuadas las ceremonias de la exhumación, el ataúd que contenía los restos mortales de Bonaparte fué colocado en otro de plomo, sobre el cual se puso una gran placa con la siguiente inscripción:

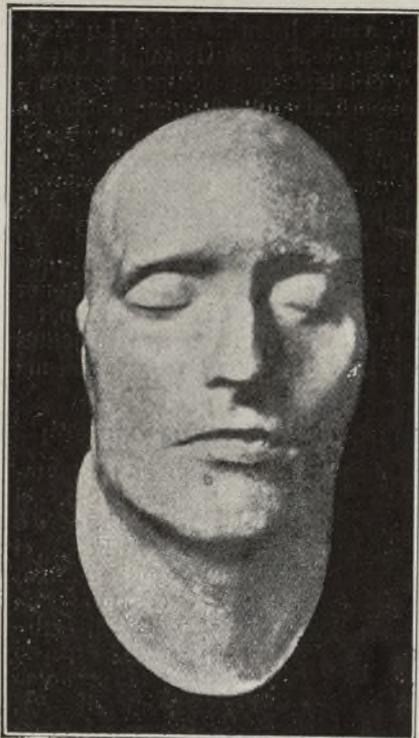
NAPOLEON

Emperador y rey, muerto en Santa Elena

el V de Mayo MDCCCXXI

A los últimos resplandores de la tarde, el féretro quedó depositado en una fragata francesa y Napoleón volvió a hallarse en su patria.

La flotilla llegó a París, remontando el Sena, deteniéndose junto al puente de Courbevoie donde se



Mascarilla de Napoleón.

había construido un embarcadero al pie de un artístico templete griego adornado con escudos, guirnaldas, banderolas etc.

Organizó se un suntuoso y lucido cortejo en la gran explanada de los Inválidos, treinta y dos estatuas de personajes ilustres de Francia y numerosos trípodes llameantes habían sido colocados para recibir dignamente al cuerpo de Napoleón.

En las tribunas, levantadas al efec-

to, agrupábanse más de cuarenta mil espectadores.

A las cinco de la mañana de aquel día (15 de Diciembre de 1840) el cañón de los Inválidos, anunció a los parisienses la llegada del cadáver de Napoleón que fué depositado, algunas horas después, en la capilla de los Inválidos.

El rey Luis Felipe descendió de su trono, erigió en el templo, y salió al encuentro del cortejo. En aquel instante el príncipe de Joinville, le dijo: «Señores presento el cuerpo de Napoleón, que he traído a Francia, cumpliendo vuestras órdenes».

—«En nombre de Francia—contestó el soberano—lo recibo».

Después, el monarca mandó que el general Bertrand colocara la gloriosa espada de Bonaparte sobre el ataúd.

El 2 de Mayo de 1861, se construyó el severo y magnífico sepulcro, donde actualmente reposa el cuerpo de Napoleón.

Inglaterra y Napoleón.

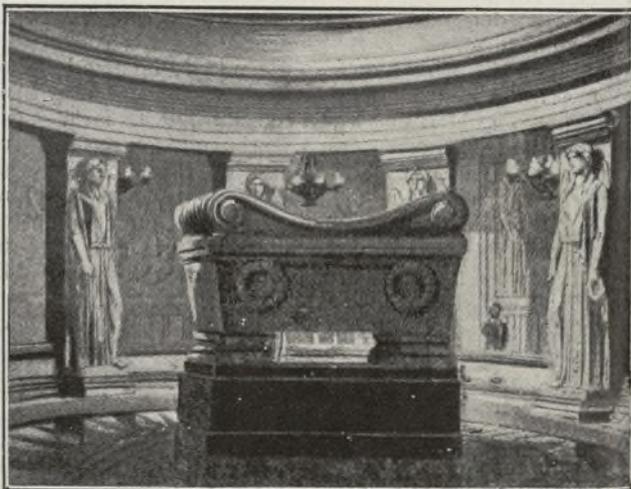
Napoleón no pudo nunca imaginar la conducta de Inglaterra. De habérsela imaginado no se hubiera sometido en la forma que lo hizo. He aquí trozos de la carta que un conde de Montholon dirigió al gobernador inglés de Santa Elena.

«El Emperador Napoleón protesta contra el contenido del tratado de 2 de Agosto de 1815, pues no prisionero de Inglaterra. Después de haber abdicado ante los representantes de la nación, en beneficio de la constitución adoptada por el pueblo francés y en vor de su hijo, se fué vo-

luntaria y libremente a Inglaterra, donde pensaba vivir como un particular, en el aislamiento y bajo la protección de las leyes británicas. La violación de todo fuero y ley, no puede constituir una base de derecho.

»La falsa idea que el Emperador tenía acerca de la liberalidad de las leyes inglesas y de la influencia de un pueblo generoso, grande y libre, sobre su gobierno, le decidieron a preferir la protección de sus leyes a la de su suegro o su antiguo amigo. El Emperador Napoleón, fué, siempre, dueño de garantizar lo que le era personal por medio de tratados diplomáticos, o poniéndose al frente del ejército de la Gironda que mandaba el general Clausel, o el del Loira. Pero, como no buscaba sino el retiro y la protección de las leyes de una nación libre, fuera inglesa o americana, todas las estipulaciones le parecieron inútiles: creyó que el pueblo inglés se sentiría más obligado ante su actitud franca, noble y llena de confianza, que por medio de los más solemnes tratados. Se ha equivocado: pero este error hará sonrojarse, para siempre, a los verdaderos britanos, y, tanto en la generación actual como en las futuras, será una prueba de la deslealtad de la administración inglesa.

»El ministerio inglés ha hecho trasladar a Santa Elena al Emperador Napoleón, a dos mil millas de Europa. Este peñón, situado entre los trópicos a quinientas leguas de todo continente, está sometido al calor asfixiante de tales latitudes, al par que cubierto de nubes y nieblas las tres cuartas partes del año: a la vez, es el país más seco y más húmedo del mundo, y el más perjudicial para la salud del Emperador. El odio ha presidido a la elección de esta tierra, como las instrucciones dadas por el ministerio inglés a los oficiales gobernadores de este país, a quienes se les ha ordenado que le llamen solamente *general*, al Emperador como tratando de hacerle ver que nunca ha reinado en Francia; circunstancia que le ha decidido a no cambiar su nombre por otro de *incógnito*, como estaba resuelto a hacerlo al salir de Francia.



Sarcófago que guardan los restos de Napoleón en la Iglesia de los Inválidos en París.



ANÉCDOTAS CURIOSIDADES

El verdadero nombre de Oliverio Cromwell fué Williams. En un contrato de matrimonio extendido en 1620 inmediatamente después de la boda de Cromwell con Isabel Bonchier, dice «Oliverio Cromwell, alias Williams.»

En el siglo anterior Morgan Williams se casó con Catalina, hermana de Tomas Cromwell, que después adquirió mucha fama como ministro y favorito de Enrique VIII.

Morgan Williams tuvo un hijo llamado Ricardo, que debió todos los éxitos de su vida a Tomás Cromwell, y por esto asumió el nombre de su protector. El nieto de este Ricardo Cromwell (o Williams), fué Roberto Cromwell, padre del famoso Oliverio. La madre de Oliverio Cromwell fué Isabel, hija de Guillermo Steward.

El garrote sustituyó en España a la horca por Real cédula de 28 de Abril de 1832, que decía:

«Deseando conciliar el último e inevitable rigor de la justicia con la humanidad y la decencia en la ejecución de la pena capital, he querido señalar con este beneficio la grata memoria del feliz cumpleaños de la reina, mi muy amada esposa, y vengo en abolir para siempre en todos mis dominios la pena de muerte en horca, mandando que en adelante se ejecute en garrote ordinario la que se imponga a personas del estado llano; en garrote vil la que castigue los delitos infamantes sin distinción de clases, y que subsista el garrote noble para los que correspondan a los hijosdalgos».

En la actualidad ya no existen estas diferencias entre garrote ordinario, vil y noble.

La reina Artemisa, mujer de Mausoleo, rey de Casia, tuvo el valor de echar en una magnífica copa las cenizas de su esposo, y mezclándolas con un líquido, se las bebió.

En nuestro Museo del Prado hay un cuadro de Rembrandt en que está representada la soberana de Halicarnaso en el crítico momento en que una sirviente le entrega la copa para librar su contenido.

La reina Artemisa es conocida por su opulencia y por la magnífica tumba que mandó erigir a su esposo, la cual ha sido considerada como una de las siete maravillas.

Según los antiguos cronistas romanos, Cómodo hizo en cierta ocasión dorar las herraduras de su caballo. El emperador Nerón viajaba con frecuen-

cia en un coche tirado por mulas herradas con plata, y las caballerías de que se servía su esposa Popea llevaban herraduras de oro. A juzgar por un pasaje de Dio Casio, estas herraduras no eran completamente de estos preciosos metales, sino que estaban sólo revestidas o chapeadas de ellos.

Bonifacio, marqués de Toscana, uno de los príncipes más ricos del siglo XI, se hacía acompañar de un magnífico séquito, en el que los caballos iban herrados con plata y oro; hasta los clavos de las herraduras eran de estos metales.

La energía y la fuerza varían en las diferentes horas del día; por lo tanto, deben buscarse para el estudio aquellas en que son mayores las fuerzas y la energía.

La hora del día en que más se aguza el ingenio con menos esfuerzo es de diez a once de la mañana; por lo tanto, esa hora debe ser la preferida por los escolares para hacer sus estudios.

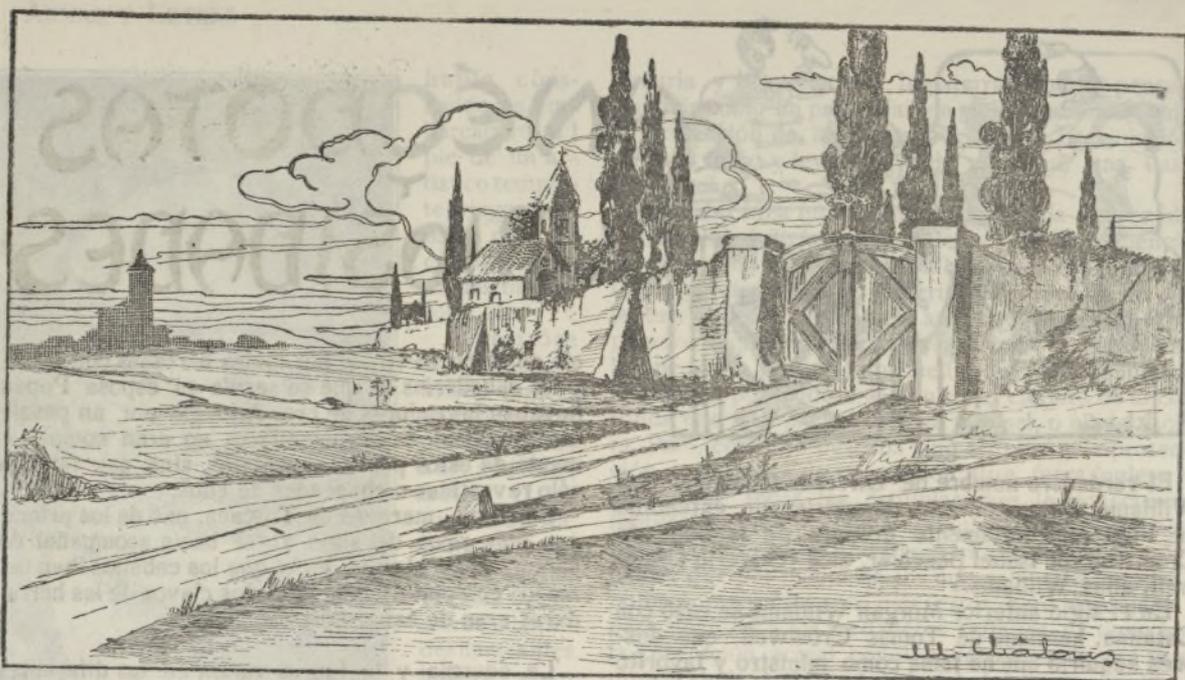
Pasadas las diez la energía disminuye, hasta que, llegado el mediodía, empieza a aumentar de nuevo; pero de repente disminuye otra vez.

Nada menos que de tres millones seiscientos veintiocho mil ochocientos maneras diferentes pueden colocarse alrededor de una mesa diez personas; así, al menos, lo dice Flammarion en una de sus obras.

De modo que si diez amigos o parientes, ya por modestia, por vanidad o por otra causa cualquiera, no lograran ponerse de acuerdo acerca de su colocación en la mesa, y decidiesen verificar una comida cada día cambiando de lugar, necesitarían vivir nueve mil trescientos ochenta y ocho años.

Como soberano, el rey de la Gran Bretaña tiene derecho a llamarse «Jorge V, del Reino Unido de la Gran Bretaña y de Irlanda, y de las posesiones británicas de Ultramar, rey, defensor de la fe, emperador de las Indias, mayor real e imperial». Pero si por un capricio de la veleidosa fortuna, en vez de ocupar un trono fues el monarca inglés un caballero particular, sin títulos ni jerarquía de ninguna clase, se llamaría simplemente, no Mr. Guelph como pretenden algunos, sino Mr. Wetin, puesto que este era el apellido de su abuelo, el príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo.





LECCIÓN DE DOCTRINA

POEMA

Cercado de bardales,
 do herida por el sol la cal blanquea,
 tapizado de yedras, malvas reales,
 cipreses y rosales,
 álzase el camposanto de la aldea.
 Una puerta rajada,
 que de tanto girar está cansada,
 da entrada al cementerio campesino,
 y una cruz que hay enfrente es lo primero
 que divisa, a lo lejos, el arriero,
 como el fin anhelante del camino.
 En este camposanto,
 de las adelfas entre el verde encanto,
 casi oculta en la pródiga espesura
 de tanta margarita y tanta rosa,
 hay una venerada sepultura.
 Sobre la blanca losa
 puso un poeta su sentido estro...
 Allí descansa... ¡que en el cielo sea...!
 la madre del maestro,
 la madre del maestro de la aldea.

Todas las tardes, cuando el sol declina,
 hacia allí se encamina,
 seguido del enjambre de la escuela,
 que a estar aprisionado se rebela,
 el maestro, y da clase de Doctrina.
 Al borde del sepulcro venerado,
 con los niños al lado,
 comienza sus lecciones el maestro,
 y con voz dolorida
 dice así: ¡Por la vida de mi vida
 que en el cielo me espera!... ¡Padre Nuestro...!
 A su plegaria, de cariño llena,
 rezan los niños, sin sentirlo acaso,
 y aun hay algún payaso
 que a hurtadillas se burla de su pena.
 Después, sintiendo la punzante espina
 de una muy triste, inolvidable historia
 que en vano arrancar quiere a su memoria,
 da comienzo la clase de Doctrina.
 A su lección atentos
 le escuchan aplicar los Mandamientos,
 y aunque todos los días es lo mismo:
 «¡Cuánto sabe!...» murmuran; y es que ignoran



que el maestro apacible, a quien adoran,
 tiene en el corazón el Catecismo.
 Con palabras dolientes
 que muestran sus dolores sobrehumanos,
 hundiéndose entre sus manos
 todo el pesar de su cansada frente,
 dice así a los discípulos amados,
 con los ojos en lágrimas bañados:
*«Respetaréis del hombre, vuestro hermano,
 la mujer que eligió por compañera,
 la que él soñó que su ventura hiciera...
 Que nunca vuestra mano
 turbe la paz del bello amor humano,
 ni la dicha del prójimo os deslumbre,
 que yo en mi vida levanté un sagrario
 y aún caminando estoy por mi calvario
 sin todavía vislumbrar la cumbre.
 Amaréis en la Vida, mas os digo
 que si amáis de verdad, con amor santo,
 como espinos la flor tiene consigo,
 veréis el gozo convertido en llanto.
 Sólo existe un amor en nuestra vida
 del que no temeréis tenga escondida
 la espina cruel que el corazón taladre...
 ¡El Amor de la Madre...
 luz en estas tinieblas encendida!
 Yo he buscado otro amor entre los hombres,
 y a mi ambición el cielo dió en castigo*

*una cruz, cuyo INRI son dos nombres...
 El de una esposa infiel, y el de un amigo.
 Aún vuela a su recuerdo el pensamiento...
 Mas, pasemos al otro mandamiento.
 Que las historias del Dolor son largas
 para quien nunca se clavó su espina.
 Son páginas amargas, muy amargas,
 las que aprendí para explicar Doctrina...»*

Y, con voz dolorida,
 sigue hablando a los niños inocentes
 de esos dramas anónimos, dolientes,
 que han escrito en el libro de su Vida.

Del sagrado recinto,
 tras rezar en adiós un Padrenuestro,
 sale ya, con los niños el maestro...
 El cielo fulge como en sangre tinto.
 Allá en el horizonte,
 de unos pastores el hogar humea,
 una canción de amor vibra en el monte,
 y las sombras descienden a la aldea.

Sevilla Aguilera D. M.

LA GRAMÁTICA PARDA

Sucedido rigurosamente histórico en cuatro episodios

Dedicado a mi viejo amigo el
Músico Mayor D. José M.º Torá.

LA ACCIÓN EN ESPAÑA A FINES DEL SIGLO XIX

EPISODIO PRIMERO

Decoración: Una carretera bordeada de álamos, en el foro una fuente de piedra que mana un agua limpia y pura, llegada de la vecina sierra.

Se oye una corneta que estridentemente deja oír el toque de alto. Cruzan la escena unos soldados en traje de campaña; van unos a la fuente a saciar la sed, otros se sientan en la cuneta, algunos, de pie bajo los árboles, comentan en voz baja.

En primer término lían unos cigarros el teniente Riaño, barbilampiño recién salido de las aulas toledanas, y el músico mayor del Batallón; éste es dicharachero, maestro en argucias, hombre que bordea los cuarenta y que en las maniobras viene a ser el mentor del oficial boquirrubio, que casi no ha nacido a la vida del mundo.

M.º MAYOR. Ven acá, pipiolo, y hazme caso. No preguntes, no preguntes, que ya conoces el filosófico proverbio: el que pregunta se queda de cuadra.

RIAÑO. Está bien, pues nos fumaremos un cigarro.

M.º MAYOR. Ves tú, en esa filosofía yo soy un cofrade.

RIAÑO. De modo que usted D. Pedro ¿se ocupará del alojamiento de los dos?

(*Riaño llama al músico mayor de usted y le dice D. Pedro.*)

M.º MAYOR. Tú no te preocupes de absolutamente nada; todo estará arreglado como por mí. Y a otra cosa: tú tienes dos novias, la señorita del barrio de Salamanca y la modista de la calle del Bastero.

RIAÑO. ¿Y a qué viene recordar...?

M.º MAYOR. Porque quiero evitarte que hagas una o dos tonterías. Ya escribirás a las dos, ¿verdad?

RIAÑO. Naturalmente, D. Pedro.

M.º MAYOR. ¿Y qué piensas decirles?

RIAÑO. ¿Y yo qué sé? Mi situación, D. Pedro, es difícil, porque yo soy un abúlico: quiero a las dos igual, y no me puedo pasar sin una y sin otra.

M.º MAYOR. Hay un medio de solucionar tu problema.

RIAÑO. Dígamelo, D. Pedro, porque si viera usted este dualismo de mi corazón cómo me quita el sueño.

M.º MAYOR. ¡Juventud degenerada! A los veinte años habláis de dualismo en el corazón. A tu edad quería yo a catorce a la vez, cuando menos.

RIAÑO. ¡Don Pedrol!

M.º MAYOR. ¡Don Porral! Te digo una verdad del tamaño de la Equitativa.

RIAÑO. Pero usted me dijo que yo tenía una solución para no dejar a ninguna de las dos.

M.º MAYOR. ¡Natural! Pide para Melilla o Ceuta, y haste moro.

RIAÑO. No se burle usted, D. Pedro.

M.º MAYOR. ¡Libreme Dios! Te he dado una solución, la única, no te conviene... ¡allá tú!; y vamos al consejo que quería darte: ¿tú escribirás a tus dos amores?

RIAÑO. Con las dos he quedado en eso.

M.º MAYOR. Bueno, pues a la modista la vamos a escribir en sentimental, en romántico; a la señorita la contaremos conquistas amorosas, calaveradas, perrerías... a cada una hay que tocar la tecla que no conoce.

RIAÑO. Pero usted ha dicho la vamos a escribir, la contaremos...

M.º MAYOR. Naturalmente, como que tú vas a coger la pluma y yo voy a dictarte. Verás qué agradecido me quedas.

RIAÑO. Tenga usted en cuenta que a mi Almudena la quiero con locura; es una chullilla fina, graciosa, bien acabada.

M.º MAYOR. ¿La Almudena acabada? No lo verán los que vivan el siglo veinticinco...

RIAÑO. Y mi Rosa: es mi encanto..., es la que, seguramente, será mi mujer...; es encantadora, fina, suave...

M.º MAYOR. Y huele a rosa. Pero ten cuidado con las espinas.

(*Se oye un toque de llamada.*)

M.º MAYOR. Vamos a seguir la caminata. Con que Riaño, quedamos en que escribiremos, y me lo agradecerás.

RIAÑO. Como usted quiera, D. Pedro.

EPISODIO SEGUNDO

Decoración: Comedor de la casa del médico del pueblo de A. El médico, D. Patricio, es un hombre de cierta edad, un poco áspero; a veces parece ineducado. Por eso el Alcalde ha enviado alojados a casa del Doctor al Músico y al Oficial más moderno.

D. PATRICIO. (*A su criado.*) ¿Y qué tal son los huéspedes?

CRiado. Parecen buenas personas, D. Patricio.

D. PATRICIO. De todos modos es desagradable esto de tener que mefer uno en su casa a gente que no conoce, y yo creí que no me enviarían ninguno.

CRiado. Se están lavando, y dicen que desegufa vendrán a saludarle.

D. PATRICIO. Y a comer. Pues como no se inviten ellos...

(*Entran en el comedor el veterano Músico y el Oficial novicio en la carrera de las Armas. El Criado se ausenta.*)

M.º MAYOR. Muy señor nuestro: siendo los oficiales

que hemos de tener la honra de alojarnos esta noche en su casa, queremos, después de habernos aseado un poco, presentar a usted nuestros respetos.

(D. Patricio se inclina, los interlocutores se sientan.)

(El Músico Mayor ofrece un cigarro al dueño de la casa.)

M.º MAYOR. ¿Un cigarro?

D. PATRICIO. (Desabrido.) No fumo.

(Hay una pausa.)

M.º MAYOR. Y de política ¿cómo andan ustedes?, porque vivir en un pueblo y no ocuparse de política...

D. PATRICIO. (Con un desdén desprecia- tivo.) ¡Pchs!

M.º MAYOR. ¿Qué daría yo por ir a hacer unas maniobras por el Norte?

D. PATRICIO. ¿Por el Norte?

M.º MAYOR. Por Navarra, por Guipuzcoa; allí, yendo con éste, nos recibirían en triunfo.

D. PATRICIO. (Interesándose.) ¿En triunfo?

M.º MAYOR. El padre de éste y yo fuimos íntimos... Cuando murió lo confió a mis cuidados.

(El teniente Riaño abre una boca tamaño; va a hablar, pero un oportuno pisotón del Músico lo impide.)

Yo, aunque me ve usted así, desciendo del Norte; mis padres perdieron su fortuna en la causa carlista, y el padre de éste murió a consecuencia de las penalidades de su lucha contra los liberales...

D. PATRICIO. (Se levanta de su asiento; aparece trans- figurado.) Luego usted creará...

M.º MAYOR. (Con gran aplomo.) Creemos que la sal- vación de España está en D. Carlos VII...

D. PATRICIO. (Gritando y yéndose hacia la cocina.) A ver: ¡Blasa! ¡Ciriaco! Es preciso preparar para dentro de una hora una comida digna de mis huéspedes. (Volviéndose emocionado.) Ustedes comen conmigo; ustedes me pertenecen... ¡Bendito sea Dios! Tomaremos Champagne, que lo hay en mi casa, y brindaremos a los postres; brindaremos por nuestros ideales, por la causa, por el augusto desterrado. (Yéndose definitivamente.) ¡Blasa! ¡Ciriaco!...

RIAÑO. Pero usted es brujo, D. Pedro... ¡Si me dijeron que veníamos a casa del ogro del pueblo!

M.º MAYOR. Pues vete aprendiendo: el ogro nos da Champagne. Anda, mientras llega la



hora de comer vamos al despacho, que tenemos que escribir a tus dos novias.

EPISODIO TERCERO

Decoración: Una alcoba con dos camas. El Músico y Riaño se lavan las manos en sendas palanganas. Han pasado veinticuatro horas. Estamos en la casa de la labor de un hacendado que tiene fama de tacaño y guardador de monedas en una orza de barro, dinero que recuenta todas las noches. La acción en el pueblo B.

RIAÑO.

Hoy, D. Pedro, no tendrá usted el éxito que tuvo usted ayer. Me han dicho que venimos a alojarnos a casa de un avaro cicatero que no come por el placer de ahorrar, y que ahorra por el gusto de contar el dinero antes de acostarse.

M.º MAYOR.

Déjame tú, que toros más difíciles he visto yo en la plaza. Y vamos a otra cosa. Leamos las cartas que enviamos a Madrid. (Coge una carta que hay encima de una cama y lee): «Aquí, en las maniobras, veo cada señora que descacharra. Pero como yo estoy chaleta perdido por tu cuerpo serrano, no me preocupo del bulle bulle de las socias que se usufructúan los hijos de estos pueblos.»

RIAÑO.

Esa es la carta para Rosa.

M.º MAYOR.

(Cogiendo otra carta.) Y esta la de Almudena. (Lee): «En este atardecer, violeta y rosa, entre el susurro de los álamos que ventean la noche, y el murmullo de un arroyuelo que baja saltarán de la sierra vecina, mi pensamiento vuela rápido hacia mi Almudena de mi alma, hacia la que es el sentimiento que acicatea mi corazón enfermo de amores.» ¡Superior,

Riañito, superior! Esto las vuelve locas...

RIAÑO. Yo no sé, pero me parece...
M.º MAYOR. No te parezca nada; te he dicho y te repito que el envío de estas cartas me lo agradecerás de por vida.

(Entra en escena el tío Román, el dueño de la casa, el cicatero y avaro.)

ROMÁN. Ustedes se servirán perdonar el que no haya puesto jabón ni toallas, pero aquél se acabó ayer y éstas no sé dónde paran.

M.º MAYOR. No le importe; el buen militar siempre está prevenido: el jabón lo llevamos en la maleta y las manos nos las hemos secado en la colcha de la respectiva cama.

ROMÁN. (Aterrado.) ¡En las colchas!...

M.º MAYOR. No se preocupe, no se estropea la ropa por lavarla.

ROMÁN. ¡Unas colchas que compré en Madrid cuando el Centenario de Colón! ¡Lo mejor, lo más rico de la casa!

M.º MAYOR. Si se las estropeamos le enviaremos otras... Aquí mi Amigo el teniente Riaño es hombre rico, y no le van ni le vienen unas nimiedades.

ROMÁN. (Regodeándose.) ¿Es rico?

M.º MAYOR. ¡Poderoso!

(Riaño se queda de una pieza y no comprende adonde va la fantasía de su maestro.)



M.º MAYOR. Lo que tiene es que ha hecho la burrada del siglo: ser militar.

ROMÁN. ¿Ser militar es un disparate?

M.º MAYOR. En éste, de a folio. ¿Verdad, tú? Yo que éste me hago abogado, y a los veinticinco años estoy en el Congreso sentado en un escaño.

ROMÁN. (Soñador.) ¡La política! Si no fuera por lo que es, yo también hubiera querido ser político; pero me dejaron tierras, corderos y una viña... Sin embargo, también, también hago lo mío en las elecciones.

M.º MAYOR. Pues figúrese usted éste, que es nada menos que sobrino carnal de D. Antonio.

ROMÁN. (Tembloroso como un azogado.) ¿Qué D. Antonio?

M.º MAYOR. ¡A ver cuál va ser! ¡El único! ¡el inconmensurable! ¡el que sólo puede salvar a España! D. Antonio Cánovas del Castillo.

ROMÁN. (Abrazando efusivo a Riaño.) ¡Sobrino del genio!... ¡Séquese, séquese otra vez con la colcha!... Ustedes comerán conmigo; hoy es día grande, día memorable; hoy condeno a muerte a mi mejor cordero y hago una carnicería en el corral; además, tengo un vino de hace veinte años, que ya verán ustedes... Voy, voy a dar órdenes; ustedes comen y cenan conmigo... (Yéndose emocionadísimo.) ¡Sobrino de Cánovas!... (Llamando a los criados.) Antonio: hay que bajar a la cueva; Quiteria: es preciso elegir los mejores pollos; Jernaldo: escoge un cordero lechal que sea gordo. (Desaparece rápido.)

RIAÑO. ¡Pero, D. Pedrol!...

M.º MAYOR. ¡Eh! ¿Qué me dices? El avaro, el roñoso, nos va a dar una comida digna de Lúculo...

RIAÑO. Pero ¿cómo averigua usted los pensamientos de los patronos que nos depara la suerte?

M.º MAYOR. Gramática parda, hijo; gramática rpada, que no os enseñan en Toledo, y de cuya asignatura te estoy dando un curso de prácticas.

EPISODIO CUARTO

Decoración: El jardín de casa del Procurador de la villa C. Han pasado otras veinticuatro horas. Es la hora del crepúsculo vespertino; a lo lejos se oyen cornetas que acompañan un pasodoble de una charanga. El procurador, D. Enrique, hombre taciturno y amargado de la vida, soñoquea por el jardín. Él no tiene humor para ir con todo el pueblo a ver la entrada del Batallón que maniobra por los alrededores.

D. ENRIQUE. Todos, todos se han ido a ver los soldados. Yo no. ¿Para qué? Alguna vez tuve fe en el Ejército, ¡ya la perdí! ¡y para siempre! Antaño los militares eran liberales, morían por un ideal político, aborrecían

las cadenas... hoy vivimos ellos y nosotros, y todos de la sopa boba. ¡Esta Monarquía!... ¡Ah! pero ella caerá; el derecho divino y la gracia de Dios tienen pocos años de vida... (*Pasea febril, mordiéndose el bigote.*) ¿Por qué no habré nacido suizo? Esos cantones, esa nación ideal atraen mi espíritu...; pero es inútil soñar...; estos que ahora llegan al pueblo creen en los Reyes... ¡Pobre España!

(*En la puerta del jardín un criado indica al Músico Mayor y al teniente Riaño, que aún no se han desempolvado, quién es el dueño de aquella casa.*)

M.º MAYOR. (*Avanzando decidido al tiempo que lee*

y luego entrega la boleta de alojamiento.) Sr. Don Enrique Fernández: aquí el teniente Riaño, y un servidor de usted, venimos a saludarle, presentándole al tiempo que nuestros respetos la boleta..

D. ENRIQUE. Está bien; el criado les indica

cará cuáles son sus habitaciones... Yo estoy un tanto enfermo, perdonarán no les atienda como sería mi deseo.

M.º MAYOR. Ya, ya nos lo ha dicho el Alcalde, van ustedes a casa del hombre más triste del pueblo.

RIAÑO. Por eso hemos venido nosotros.

D. ENRIQUE. (*Asombrado.*) ¿Cómo?

RIAÑO. (*Explicando la frase.*) Porque aquí, el Músico Mayor, es el hombre más alegre del planeta...

M.º MAYOR. (*Como presentándose.*) Capaz de hacer reír a una escuela de defunción...

D. ENRIQUE. Pues lo que es a mí...

M.º MAYOR. Yo no lo pretendo, señor, pero cuando he cambiado el carácter de éste... en

dos días cambiaba el suyo... ¡Palabral D. ENRIQUE. (*Por Riaño.*) Y usted, tan joven, y ya triste... ¡Ah! vamos, amores contrariados.

M.º MAYOR. Los tiene a montones.

D. ENRIQUE. Pues a su edad...

M.º MAYOR. A su edad era un ciprés, un sauce llorón...

(*Riaño mira de hito en hito al Músico, inquiriendo por dónde va a salir.*)

D. ENRIQUE. Pues si no ha sido su mal daño de amores...

M.º MAYOR. (*Misterioso.*) Su mal radica en la política.

D. ENRIQUE. (*Asombradísimo.*) ¿En la política?

M.º MAYOR. Porque él tiene ilusiones; él quiso ser algo más de lo que puede ser en su carrera; pero su madre le obligó a ser militar..., y excuso decirle que fué una equivocación, pues el hijo ha salido con las ideas del padre (que Dios haya).

D. ENRIQUE. (*Intrigado.*) ¿Y qué ideas tenía el padre?

M.º MAYOR. Avanzadas... Usted verá, en estos tiempos...

D. ENRIQUE. (*Con interés creciente.*) Tal vez será...

M.º MAYOR. (*Con sigilo, dando a sus palabras un matiz de secreto revelado.*) Lo es, republicano.

D. ENRIQUE. (*Dando un salto.*) ¿Republicano?

M.º MAYOR. (*Impertérrito.*) ¡De Pí!

D. ENRIQUE. (*Transformado.*) ¿De Pí?

M.º MAYOR. (*Filósofo.*) y Margall.

D. ENRIQUE. (*Abrazando efusivo a Riaño y tuteándole de pronto.*) Ven acá, ven a mis brazos; tú me consuelas, tú eres el agua del Jordán; bendita la hora que viniste a tu casa...; voy a que os pre-



paren merienda cumplida, voy a sacar un vino de cuando Napoleón vino a España, voy... voy a tirar la casa por la ventana... ¡Qué alegría, Señor, qué alegría! No se mnevan ustedes... vuelvo, vuelvo en seguida... *(Yéndose hacia la casa va diciendo jubiloso):* ¡Es de Ptl... ¡Es de Ptl... *(Desaparece de escena.)*

RIAÑO. Pero, D. Pedro...

M.º MAYOR. ¡Ah! Fíjate el talismán que yo me traigo para andar por los pueblos... Mi jábrete sésamol es de un éxito indiscutible. Anda, vamos a ver si nos vamos, y a Correos a preguntar si tenemos cartas de tus novias.

EPISODIO FINAL

La acción es en Madrid; han terminado las maniobras. El teniente Riaño está de guardia; es la hora del café: el Músico Mayor le acompaña.

RIAÑO. No, D. Pedro, eso no se lo perdono. Lo que ha hecho usted es una felonía.

M.º MAYOR. Lo que he hecho es una obra de caridad; Almudena era demasiado señorita para lo que debe ser una chulilla, y Rosa era demasiado chula para como está mandado que sean las señoritas... En El Escorial cambié a propósito los sobres.

RIAÑO. ¡Y he reñido con las dos!

M.º MAYOR. Ya te dije que agradecerías mis gestiones; dame un mes de plazo y luego hablaremos.

RIAÑO. Oiga usted, D. Pedro, y usted prometió decirme en Madrid cuál es el talismán gracias al que usted, sin inquirir nada, sabía las debilidades de los espíritus de aquellos que nos hospedaron en sus casas.

M.º MAYOR. Mira, Riañito, te quiero como si fueras mi hijo; te voy a descubrir mi secre-

to; pero guárdalo como oro en paño; te va la comodidad y el bienestar en las maniobras. Escucha: en los pueblos, en todos ellos, no se vive sino con de en por sin sobre la política. Por la política alientan, por la política se matan y con la política se arruinan o medran. En España, igual en la aldea de Galicia que en el villorrio castellano, lo mismo en el Norte que en el Sur, no hay otra cosa que política. Sentado esto, tú cuida, cuando te alojen, de dirigir al criado de la casa que te toque en suerte, la siguiente pregunta: ¿Qué periódico recibe su amo? Y si no, ya has visto el resultado: el médico de A, estaba suscrito a *El Correo Español*; el labrador de B., leía sólo *La Epoca*; el procurador de C., era ferviente admirador de *El País*...

RIAÑO. Don Pedro, es usted el amo...

(Un ordenanza entra en el cuarto de Banderas y se dirige al Músico Mayor.)

SOLDADO. Don Pedro, el Teniente Coronel le llama a usted.

M.º MAYOR. *(Levantándose.)* Voy. *(El soldado desaparece.)* Dices que soy el amo; el amo es el Jefe del Batallón..., y con ese me falló mi martingala cuando vine aquí destinado.

RIAÑO. ¿Por qué?

M.º MAYOR. ¡Porque no lee periódicos!

(El Músico Mayor desaparece, y el teniente Riaño busca en las volandas del humo de un habano el consuelo de la pérdida de sus dos novias.)

Joaquín Zella de Sotomayor

VALOR Y MIEDO

Muchos psicólogos han tratado de determinar las causas del miedo y la manera de combatirlo.

¿Puede efectivamente combatirse? El profesor Ballet dice refiriéndose a este asunto que hay un miedo instintivo y sentimental, y un miedo que podríamos llamar intelectual, y que se experimenta en presencia de un peligro conocido. El miedo fisiológico puede combatirse con éxito, aunque no hay duda de que los fuertes están menos sujetos al miedo que los débiles.

Meziers, el académico francés considera que el miedo lo producen los peligros inesperados. «Cuando me hallaba bajo el fuego del enemigo no tenía miedo porque sabía que estaba allí para soportarlo. En cambio sentí un miedo espantoso una vez que recorriendo un bosque montado en un caballo asustadizo me encontré de pronto frente a un tren expreso que los árboles ocularon hasta que se hallaba casi encima. El terror de mi caballo que se encabrió fué comunicativo y me costó gran trabajo recobrar la sangre fría.

Frederick Passy, y cuenta la historia de un soldado

joven que interrogado por su coronel después de una reñida batalla, confesó que habfa sentido miedo y añadió: «pero tenía mis órdenes.»

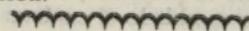
«Estabas asustado pero cumpliste con tu deber. Eres un valiente» replicó el jefe aprobando la respuesta del soldado.

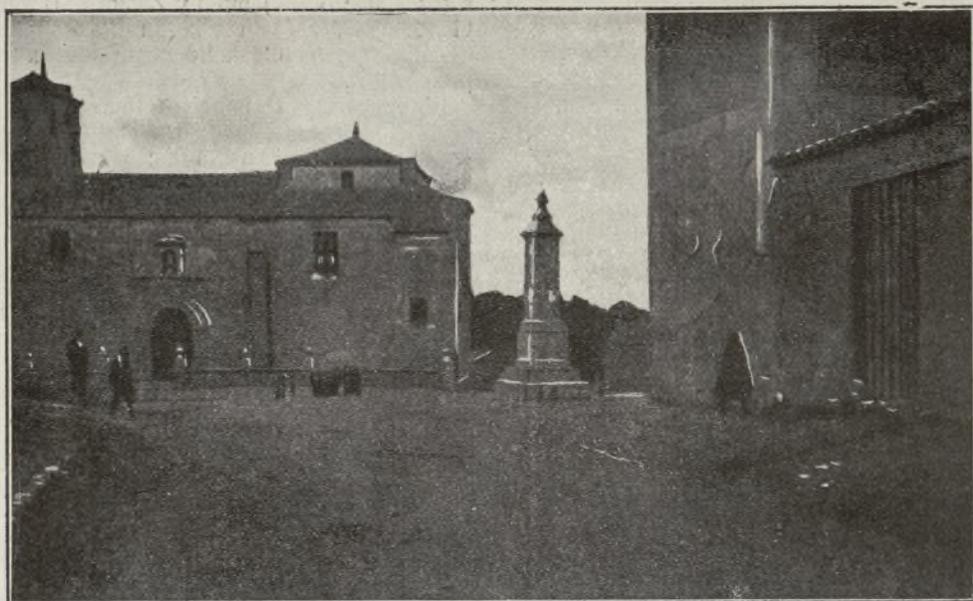
M. Raymond Poincaré opina que el miedo se vence en cuanto se comprende lo que lo causa.

Una persona puede estar nerviosa antes de un combate o antes de pronunciar un discurso, pero una vez roto el fuego o comenzada la oración el miedo desaparece.

M. Sicard, profesor de la Facultad de Medicina de París, considera que el miedo y el valor son resultado del temperamento, de la educación, y de la inteligencia.

El miedo puede desterrarse parcialmente por el raciocinio y la educación, pero nunca puede vencerse en su forma más aguda, principalmente a causa del instinto de conversación.





Casa de Villalar en cuyo fondo se alza el pequeño obelisco que recuerda la hazaña de los Comuneros de Castilla.

De la España vieja.

LOS COMUNEROS DE CASTILLA

Se ha conmemorado, por cierto con bastante pobreza, el cuarto centenario del primer movimiento popular en demanda de justicieras medidas en pro de las libertades castellanas.

La nación española, es una, quizá la primera, que más ha luchado por sus libertades. Oprimida siempre, unas veces por el poder real, otras por la nobleza y otras por el clero, ha sufrido brucas sacudidas de actividad y de inacción, de entusiasmo y de desaliento.

El origen de las Comunidades.

El antagonismo entre el pueblo de Castilla celoso de sus antiguas libertades, y, el poder real, ansioso de nuevas prerrogativas, organizó la fuerza conocida con el nombre de Comunidades de Castilla.

Claro es que el rey don Carlos no fué el verdadero culpable de que surgiera el movimiento revolucionario, sino los malos ministros que le rodeaban y la intromisión en la gobernación del Estado de los flamencos que acompañaron a España al rey Carlos, que lo tenían alejado del pueblo y no se preocupaban más que de acaparar riquezas.

Este antagonismo se acrecentó cuando vino a España el rey Carlos, príncipe extranjero, desconocedor del país, poco o nada familiarizado con sus costumbres políticas, y, por añadidura mal aconsejado de gentes, también extrañas a la nación, que no procuraban más que por su medro personal.

Se suscitan varios problemas de magna importancia. Los castellanos preguntaban: ¿Debía don

Carlos ser proclamado rey en vida de doña Juana? ¿Habría de serlo sin prestar previamente juramento de observar y cumplir con toda fidelidad las leyes y fueros de España? ¿Debería añadirse a la fórmula ordinaria algo especial que pusiera fin a las demasías de los flamencos? ¿Podía votarse el crecido servicio de doscientos *cuentos*, pagaderos en tres años, que solicitaban los ministros? ¿Había de presidir las Cortes el gran canciller de Castilla Sanva-gue, flamenco sucesor de Cisneros?

Con estas cuestiones estaban los ánimos excitados, que amenazaban agriarse cada vez mas merced al poco tacto de los flamencos, inclinados a resolverlos por la fuerza sin tener en cuenta que la gente tan poco sufrida como los castellanos era preferible recurrir a medios pacíficos.

Llegaron las Cortes y al ver a los flamencos presidir en nombre de Carlos, el disgusto e indignación de los procuradores llegó a su colmo, y tal entereza mostraron éstos en las deliberaciones que el rey tuvo que transigir en diversas ocasiones ante los imperiosos mandatos de las ciudades, resultando que Carlos no era un soberano nacional, bien es verdad que no lo fué nunca en realidad. Mucho mas aficionado a los flamencos que a los castellanos, ignorando por completo el lenguaje, el carácter y las costumbres, dejándose dominar de los extranjeros que le aconsejaban, no logró ni tuvo habilidad para granjearse la simpatía en los españoles.

Reunidas nuevamente las Cortes en Santiago, brotó en ellas la chispa que produjo el incendio. Los



Estatua de Juan Bravo original del escultor Aniceto Marina, que se levantará en Segovia.

representantes de Toledo y Salamanca solicitaron que al retirarse el rey a Alemania dejase a las ciudades alguna parte en la gobernación del Estado. Este fué, pues, el germen de las Comunidades.

Como a ésta y otras proposiciones el rey se negó, dejando como regente del reino en su ausencia al cardenal Adriano, flamenco, y, por consiguiente, nada grato a los españoles, el movimiento popular, a duras penas contenido, estalló potente, con tal violencia y tan extraordinaria unanimidad, que bien a las claras se vió que una causa muy general y muy honda era lo que lo producía.

La primera sublevación.

Toledo dió la pauta en la sublevación. A la voz de ¡Viva el pueblo! fué arrojado de la ciudad el gobernador y ocupado el alcázar por los amotinados que eligieron por jefe a don Juan de Padilla.

A Toledo siguió Murcia y después Segovia, la ciudad fabril, en la que existía una gran masa de población obrera procedente de todas las ciudades del reino, gente turbulenta y fácil a promover albo-

rotos. Cundió el ejemplo y Zamora, Burgos, Avila, Guadalajara y Madrid imitaron a las anteriores, y la causa de las Comunidades tomó extraordinario incremento.

En unos sitios se impuso totalmente el pueblo; en otros el elemento popular transigió con la nobleza, y en otros ésta se puso a la cabeza del movimiento.

En Guadalajara dirigió la sublevación el conde de Saldaña; Haro sacudió el yugo de los condes; Nájera el de su duque y Dueñas se aportó del vasallaje del conde de Tendilla.

Como se ve el movimiento tendía a hacerse francamente popular, por lo que los nobles, inclinados al principio a unirse a los Comuneros contra el enemigo común, que era el rey, empezaron a retirarse y a colocarse al lado de don Carlos.

Como en todas las revueltas populares, comenzaron los asesinatos y muchas personas se marcharon de las ciudades que se alzaron por los Comuneros ante el miedo a las represalias del pueblo ensoberbecido.

Para someter a Segovia acudió el alcalde Ronquillo con 5.000 hombres. Los segovianos se aprestaron a la defensa, nombraron capitán a Juan Bravo y escribieron a las ciudades de Castilla para que los auxiliaran, acudiendo Juan de Padilla con 2.000 infantes y 200 jinetes, y unidos todos, con otros refuerzos que llegaron de Madrid, derrotaron al temido alcalde.

La «Junta Santa» de Avila.

Este éxito engrió a los Comuneros; pero como faltaba unidad de acción al movimiento, acordaron que cada una de las ciudades enviara un representante a Avila como sitio más céntrico, constituyéndose lo que se llamó *Junta Santa*, a la que asistieron muchos nobles; pero predominaba el elemento popular.

Esto, como queda dicho, perjudicó el movimiento; además los jefes de las Comunidades empezaban a dar muestras de incapacidad para organizar aquella revolución que, de ser bien dirigida, hubiera triunfado. No se les ocurrió, ante la imposibilidad en que se encontraba doña Juana, de ocuparse de los negocios del Estado, llamar a su hijo el infante don Fernando, que tenía sobre don Carlos la enorme ventaja de ser español y querido de muchos españoles. Los desmanes del populacho disgustaron mucho a la nobleza, obligandola a irse separando poco a poco de la causa popular.

Dirigieron al rey una larga carta en la que exteriorizaban sus aspiraciones y anhelos y esta carta fué también un grave error político, pues no procedieron en la forma que les permitía la calidad de vencedores que debían ostentar.

No se le escaparon al rey los desaciertos de los Comuneros y comenzó por buscar el apoyo de la nobleza y la influencia del clero, palancas fortísimas, que en aquella época eran dueños de España, con lo que desapareciendo en absoluto estos elementos de la revolución, tomó el movimiento un carácter francamente popular y aunque comprendieron su error los de la *Junta Santa* y quisieron repararlo nombrando capitán general a don Pedro Girón, primogénito del conde Ureña, no lograron que la no-

bleza se uniera otra vez a la revolución, muy al contrario, los pocos nobles que quedaron en el campo revolucionario fueron poco a poco pasándose al lado del poder real, llegando a sufrir un rudo golpe la causa comunera con la defección de don Pedro Girón, que los engañó.

Fué nombrado entonces Juan de Padilla capitán general y unas veces victorioso y otras derrotado fué sosteniéndose el ejército de las Comunidades, mantenido con el fuego sagrado de sus fueros y libertades.

La jornada de Villalar.

Tomado Torrelobatón, los ánimos se crecieron y Padilla, que quería acudir en socorro de Tordesillas, con un ejército de 8.000 infantes, 5.000 lanzas y la artillería de Medina, salió de Torrelobatón el día 23

mita Dios, exclamó, que digan en Toledo ni en Valladolid las mujeres que traje a sus hijos y esposos a la matanza y que después me salvé huyendo» y diciendo esto arremetió, con sólo cinco escuderos de su casa, contra el escuadrón imperial al grito de ¡Santiago y libertad!, hasta que herido en una corva se rindió. Quedaron asimismo prisioneros los capitanes Juan Bravo, de Segovia y los Maldonados, de Salamanca.

Esta tristemente batalla de Villalar, en la que las libertades castellanas sufrieron tan rudo golpe, fué ganada por los imperiales sin perder un sólo hombre; en cambio el ejército comunero tuvo 100 muertos, 400 heridos y 1.000 prisioneros.

La sentencia de los Comuneros.

Conducidos los tres capitanes Padilla, Bravo y



El suplicio de los Comuneros. (Cuadro de Gisbert.)

de abril de 1521, camino de Toro. Era un día grisáceo, cubierto el cielo de nubarrones, como si aquel día triston y lluvioso presintiera la tragedia. El suelo fangoso embarazaba la marcha de la artillería.

El ejército real, en número inferior, compuesta su caballería por lo más escogido de la nobleza, marchó al encuentro de los Comuneros, logrando alcanzarlos cerca de Villalar, pueblo situado en el camino de Toro, a tres leguas de Torrelobatón.

La gente de Padilla, indisciplinada, iba suelta y casi dispersa. Frente a frente ambos ejércitos, la artillería real disparó unos cuantos cañonazos y fué la señal de la dispersión; en toda aquella muchedumbre entró el pánico y una sencilla carga fué suficiente para derrotar al ejército de las Comunidades, que dejó abandonados a sus capitanes.

Padilla se condujo como buen soldado: «No per-

Maldonados a Villalba, fueron trasladados nuevamente a Villalar donde se les formó un rápido proceso cuya sentencia dice así:

«En Villalar a veinte e cuatro días del mes de Abril de mil e quinientos e veinte e un años, el señor alcalde Cornejo por ante mi Luis Madera, escribano, recibió juramento en forma de derecho de Juan Padilla, el cual fué preguntado si ha seido capitán de las comunidades, e si ha estado en Torre de Lobatón peleando con los gobernadores destos reinos contra el servicio de SS. MM.: dijo que es verdad que ha seido capitán de la gente de Toledo, e que ha estado en Torre de Lobatón con las gentes de las comunidades, e que ha peleado contra el condestable e almirante de Castilla, gobernadores destos reinos, e que fué a prender a los del consejo e alcaides de SS. MM.—Lo mismo confesaron Juan

Bravo e Francisco Maldonado haber seido capitanes de la gente de Segovia e Salamanca.—Este dicho día los señores alcaldes Cornejo, e Salmeron e Alcalá dijeron que declaraban e declararon a Juan de Padilla, e Juan Bravo e Francisco Maldonado por culpantes en haber seido traidores de la corona real destos reinos, y en pena de su maleficio dijeron que los condenaban e condenaron a pena de muerte natural e a confiscación de sus bienes e oficios para la cámara de SS. MM., como e traidores, e firmáronlo. =Doctor Cornejo.—El licenciado Garcí Fernández. =El licenciado Salmeron.»

El suplicio en Villalar.

Día triste fué el 24 de Abril de 1521, de una tristeza infinita que ponía sollozos y ahogos en las gargantas del honrado pueblo de Villalar.

Por los caminos reales de Tordesillas y Torrelabán avanza una compacta caravana de infantes y jinetes que custodiaban a tres mulos encaperuzados y engualcrepados, sobre cuyos lomos, pálidos y serenos, cabalgaban tres caballeros.

Un rugido sordo de la apiñada multitud, en el que se mezclaban los sollozos de las mujeres, surgió cuando desembocó el triste cortejo por la plaza del pueblo.

Un redoble de tambor ahogó todo ruido y la voz estridente del pregonero rasgó los aires:

«Esta es la justicia que mandan hacer S. M. y los gobernadores en su nombre, a estos caballeros: mandarlos degollar por traidores.»

Y los caballeros, auxiliados por religiosos, descabalgaron al pie del rollo, en el arranque de una escalerilla que daba acceso a un tablado vestido con paños negros. En el tablado un altar con un crucifijo, alumbrado con dos recias velas que humeaban al sutil airecillo y junto al tajo descansaba un hacha de reluciente hoja y agudo filo.

Serenamente, sin que los miembros de su cara sufrieran el más leve temblor, subieron al cadalso los capitanes Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado.

Por última vez el ronco tambor impuso silencio y por última vez la voz del pregonero hendió el espacio.

Frescamente Juan Bravo rectificó al vocero de la justicia:

—Mientes tú, y quien lo mandó decir; traidores, no; más celosos del bien público y defensores de la libertad del reino.

Al rudo apóstrofe del capitán de la gente segoviana acudió con digna exhortación Juan de Padilla:

—Señor Juan Bravo, ayer fué día de pelear como caballeros; hoy lo es de morir como cristianos.

Abrióse un corto paréntesis de silencio; tornó a vibrar el fiero acento de Juan Bravo, esta vez dirigido al verdugo:

—Degüéllame a mí primero, porque no vea la muerte del mejor caballero que queda en Castilla.

Relampagueó el hacha, retendió el tablado ante la conmoción que el tajo recibiera y el eco del hachazo trazó surcos de pavor en la muchedumbre.

Irguióse el noble D. Juan de Padilla, contempló el truncado cuerpo del capitán Bravo, condolióse y murmuró:

—¡Ahí estáis vos, buen caballero!

Aluego alzó la frente y rezó:

«*Domine, non secundum peccata nostra facias nobis.*»

Menos brillante subió y abajóse el hacha, y otro golpetazo estremeció el tajo.

Rojeando se alzó y abatióse, finalmente, el acero, y decapitado feneció el hidalgo capitán salmantino Francisco Maldonado.

«Y las tres cabezas fueron clavadas en escarpas y puestas a la expectación pública en lo alto del rollo.»

Y así murieron aquellos paladines de las libertades sacrosantas que a haber vencido figurarían entre los hombres en más renombre. No vencieron; pero su fama quedó eterna y los pechos castellanos guardaron su recuerdo hasta que pudo un día exteriorizarse, sin que fuere un delito de lesa majestad, y hoy los que visiten Villalar contemplan su liviano ubredisco que recuerda la memoria de los mártires y patriotas.

D. RUI DEL MORAL

== LAS HUMORADAS DE MARK TWAIN ==

Mark Twain, el célebre escritor inglés cuyo verdadero nombre fué Mr. Clemens ha sido indudablemente el humorista más famoso de estos últimos tiempos.

Mark Twain dejaba entrever entre sus burlas y agudezas la bondad nativa de su alma. Su ideal queda expresado con estas palabras suyas: «Procuramos vivir de modo que cuando llegue la hora de nuestra muerte lo sienta hasta el empresario de pompas fúnebres.»

De un hombre como él que al parecer no tomaba nada en serio, es este consejo digno de un moralista: «En la duda, decid la verdad», y también son suyas estas frases: «Ser bueno, es noble, pero enseñar a los demás a ser buenos, es más noble todavía y no cuesta trabajo.» El hombre es el único animal que se ruboriza o que, por lo menos, necesita ruborizarse.»

Las frases sueltas de Mark Twain son famosas. En esto era un maestro. «El ruido no prueba nada—de-

—muchas veces la gallina que acaba de poner nada más que un huevo cacarea como si hubiese puesto un asteroide» y «No hay nada más ignorante que la mano izquierda, como no sea el reloj de una mujer.» La mano izquierda no sabe hacer nada y el reloj de una dama no sabe nunca la hora que es, porque siempre anda mal.

Una vez escribió una carta a la reina Victoria de Inglaterra diciendo: «No conozco a V. M., pero a su hijo sí. Nos vimos una vez que él iba por la calle presidiendo una procesión y yo pasaba en un ómnibus». Años después Mark Twain encontró al Príncipe de Gales en Homburgo y después de dar un paseo juntos dijo el príncipe al tiempo de despedirse: «He tenido mucho gusto en volver a verle.» Como Mark Twain no comprendiese el sentido de tales palabras, el príncipe añadió: «¿No se acuerda usted de aquel día que nos vimos yendo yo en una procesión y usted en un ómnibus?»

Juguetes de hace 4.000 años

Hay en los alrededores de Tebas, pero en la orilla izquierda del Nilo, al sur de Deir el Bahir y al pie de una línea montañosa que divide el valle de los Reyes llamado así por las numerosas sepulturas de antiguos monarcas de las dinastías egipcias, que lo pueblan, una región en la que varios miembros del Museo Metropolitano de Nueva York dirigen las excavaciones que se practican en las tumbas reales para lo que han sido autorizadas por el gobierno egipcio.

La expedición americana, dirigida por M. Herbert E. Winlock, con la colaboración de M. Ambrose Lansing y de M. Henry Burton, ha logrado descubrir tesoros de inestimable valor arqueológico y artístico, después de rebuscar, sin resultado positivo durante días y días, abandonando la

empresa unas veces por considerarla inútil y retornando a la labor con nuevos bríos, cuando cesaba el desaliento.

Emprendieron las excavaciones por la sepultura de un príncipe de la diez y ocho dinastía, que escogieron, por estar situada en una cortadura del acantilado al parecer inaccesible para los profanadores de tumbas; pero al poco tiempo de remover escombros, notaron que aquella sepultura había sido hollada probablemente hacía muchos siglos, y cambiaron de rumbo, dirigiéndose a otra, también de un príncipe, de la quince dinastía, en la que apreciaron, como en la primera explorada, que otros más madrugadores habíanla explotado y no quedaba más que un inmenso montón de ruinas sin el más ligero vestigio de

poder reconstruir el más insignificante bajo relieve.

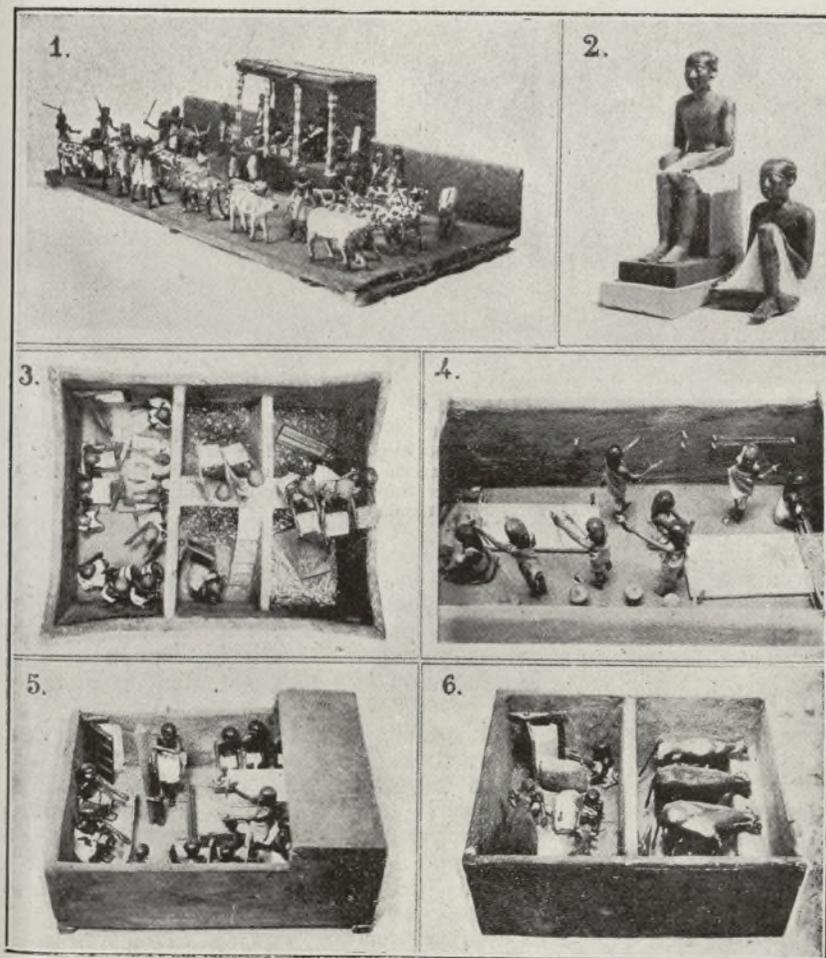
El desaliento había prendido en los exploradores que ya no buscaban más que el medio de disimular su fracaso cuando se presentasen a sus compañeros del Museo con las manos vacías, sin el más pequeño resto que enriqueciera las maravillosas colecciones del Museo.

Sin embargo, M. Lansing, más animoso que sus colegas, no desistió de seguir las exploraciones y al frente de los doscientos árabes que tenían a su servicio, siguió las diversas operaciones de descombramiento en las taponadas galerías, escudriñando todos los rincones y grietas que se encontraban, mientras que M. Winlock, olvidando su té cotidiano, mascullaba el luminoso informe que dirigiría al Museo, para quedar lo más airoso posible.

Cuando más afanoso estaba M. Winlock, hilvanando sus argumentos para dorar el fracaso, M. Lansing, desde el fondo de una de las galerías le gritó:

—¡Venid enseguida, corriendo, y traed la linterna eléctrica! ¡Me parece que la diosa fortuna nos favorece!

M. Winlock, que se había vuelto un exceptico a fuerza de tanto desastre, acudió al extremo de la galería desde donde le llamaba su compa-



En estas maravillosas figuritas encontradas en una tienda egipcia cerca de Tebas se puede estudiar los más interesantes datos de la vida egipcia hace 4.000 años. Es un curioso mundo liliputiense de gran valor histórico y que se halla reproducido en los presentes grabados. 1.º Desfile de rebaños, ante el dueño de una posesión. 2.º Estatuillas del noble Mehemkwtet y su hijo. 3.º y 4.º Un granero de hace 4.000 años con medidores y contadores. 5.º Un molino del antiguo Egipto. 6.º Un establo.

ñero, el que le contó que uno de los obreros acababa de descubrir, en el suelo de roca, una estrecha raja, cuyo fondo no pudo vislumbrar a la luz de una cerilla.

Winlock, que ya había mirado por muchas grietas con el mismo resultado negativo, se encogió de hombros, y como el hombre que va a hacer una cosa inútil, se echó boca abajo en el suelo, introdujo por la raja su linterna y, apretando el botón, al mismo tiempo que dirigía la vista, el haz luminoso le mostró lo que escondía la roca.

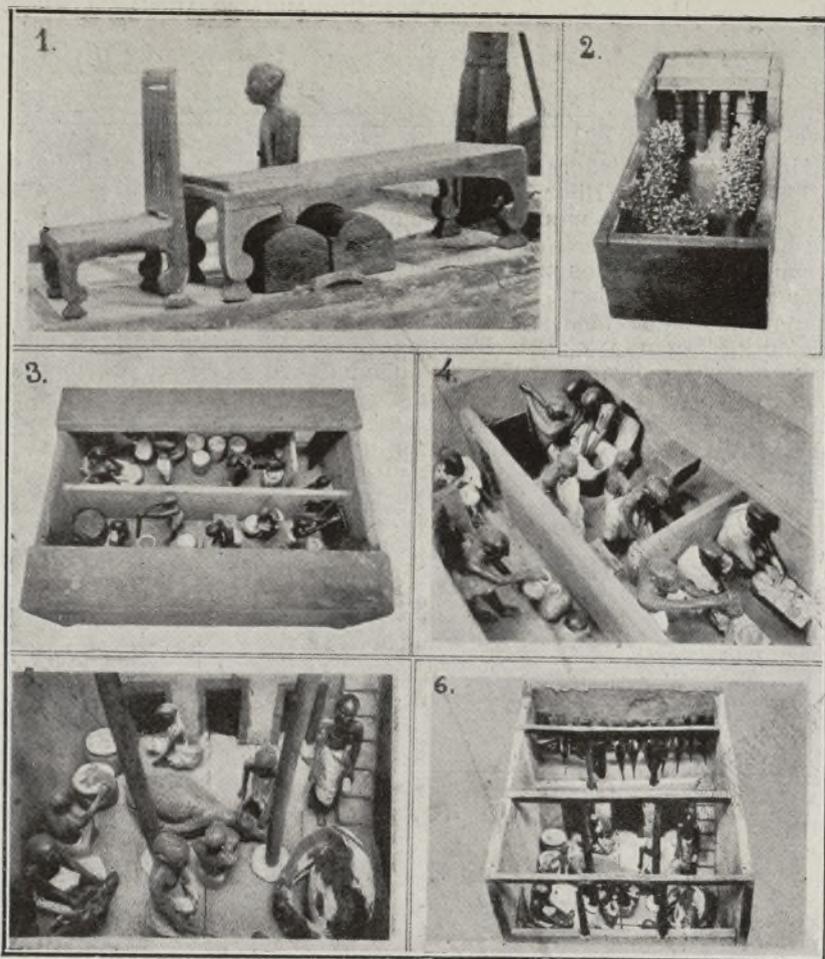
Un grito de asombro lanzó M. Winlock, y verdaderamente el caso no era para menos.

Iluminado por el foco de luz había un maravilloso mundo de hacía miles de años. Cientos de figurillas aparecieron a la vista de M. Winlock. Unas iban y venían como si fueran a sus cotidianas ocupaciones; otras, blandiendo sus palos, conducían sus rebaños; una flotilla en la que los marineros estaban en actitud de bogar; un gran navío, con la proa en alto, a punto de zozobrar; una muchacha de gran talla y formas esbeltas, vestida con un traje de brillantes colores, parecía ser la guardadora de aquel secreto de cuarenta siglos.

Como era tarde para proseguir las excavaciones acordaron montar una guardia para que nadie se acercara al tesoro, hasta que a la mañana siguiente continuaron los trabajos, encontrando delante de la grieta un pequeño pozo de un metro cuadrado que los antiguos cavadores habían cubierto con los escombros del mismo pozo. Así se comprende que los rebuscadores de tumbas y, con ellos, los arqueólogos modernos, engañados por este relleno que parecía formar parte de la roca de la montaña, lo habían apisonado sin suponer que aquello era la entrada de un pozo.

Después de profundizar un metro próximamente fué limpiado de escombros y los exploradores no tuvieron más que demoler un tabique de ladrillos para penetrar en la cámara subterránea, de tres metros cuadrados de superficie y de una altura de un metro veinte centímetros.

Al entrar en él se pudo observar que algunos fragmentos de la bóveda habían producido algún daño a portentosa riqueza allí encerrada; pe-



Las figuras representan interesantes momentos de la vida del Egipto antiguo. 1.º Carpintero egipcio con los bancos y sillas hechos por él y que se usaban hace 4.000 años. 2.º Jardín egipcio. 3.º Panadería y fábrica de cerveza. 4.º Otro aspecto de la industria cervecera del antiguo Egipto. 5.º Una carnicería en la que se ve la forma de sacrificar las reses. 6.º Matadero y tienda de carne.

ro casi todo estaba intacto afortunadamente.

M. Winlock y sus colaboradores no se cansaban de admirar prodigiosa colección de juguetes, que parecía imposible se hubiesen depositado en aquella habitación veinte siglos antes de la era cristiana.

Se precisaba cuanto antes desalojar la cueva de aquella riqueza, pues con toda seguridad se disgregaría la bóveda, tanto tiempo preservada de la intemperie, con el repentino contacto con el aire exterior, y el tesoro quedaría destruído; pero tuvieron tiempo de sacar todas las figuras antes de que, como habían pensado, se hundiera la cámara estrepitosamente.

Tres días con sus noches respectivas pasaron los arqueólogos en recoger y transportar los preciosos objetos, y pudieron reconstituir la historia de la tumba, cuando los juguetes estuvieron en lugar seguro.

Pertenecía aquella a un príncipe llamado Mehenkweire, canciller del reino y gran propietario

rural, y sus restos, encerrados en un féretro dorado y sepultado en un sarcófago de piedra, estaban depositados en una cámara mortuoria situada a varios metros debajo de la extremidad de la galería. Hacía bastantes siglos que los ladrones de tumbas habían saqueado esta cámara; pero no habían sospechado la existencia del reducido secreto en la que el gran hombre había ordenado que se depositaran a su muerte los víveres y objetos que le servirían en su vida futura.

Es sabido que los egipcios eran enterrados con toda clase de alimentos, vestidos y muebles que necesitaban en su vida terrena, y hasta hubo magnates que disponían se degollaran sobre la tumba a sus servidores para que lo cuidasen en su vida futura; pero el príncipe que nos ocupa, sin duda más civilizado, contaba con obtener el mismo resultado, sin efusión de sangre, rodeándose de las innumerables estatuillas delicadamente talladas en madera y brillantemente pintadas que cumplían sus obligaciones con otras que representaban al difunto.

Los espíritus de estos minúsculos servidores trabajarían eternamente por el alma de su señor, proporcionándole un alimento espiritual, que conducirían para él en sus galeras por las aguas celestes del Nilo. A su vez su alma, de grande y poderoso señor, podría encarnarse en cualquiera de las estatuillas que le representaban y presidiría la labor de sus esclavos. Esta era sin duda la vida que esperaba seguir en la eternidad, y que era la que había gozado en este bajo mundo cuarenta siglos antes del descubrimiento de los arqueólogos americanos.

El maravilloso hallazgo estaba constituido no solo por figuras aisladas sino por grupos verdaderamente artísticos. Entre aquéllas dos criadas portadoras de cestas con provisiones para el señor, cuyos vestidos guardan un colorido perfecto; un cervecero frasegando la cerveza y junto a él varias mujeres agraman el grano, y a su lado varios panaderos trabajan la masa. Un taller de carpintero en el que uno de los obreros sierra un madero en tablas que otros compañeros cepillan; un matadero en el que unos sangran un buey y otros despluman unos patos, y frente a ellos el administrador vigila las operaciones.

Un establo en el que los bueyes destinados a la carnicería son cebados; un grupo interesante es el señor sentado ante la puerta de su casa que oye las canciones de un pobre que acompaña a un arpista ciego, pero el que llama más la atención por la cantidad de las figuras es el que representa al señor egipcio, sentado bajo un pórtico, revistando sus rebaños que pasan ante él conducidos por los pastores.

El príncipe Mehenkwtre debió ser un apasionado por la marina, pues más de doce modelos de barcos, los unos de vela y los otros de remos, hizo encerrar en su sepulcro, y su pasión por los largos viajes lo demuestra los dos baules colocados en la litera de uno de los navíos más grandes de la colección: También no desdeñaba la buena mesa y lo demuestra la cocina flotante que remolca su galera en la que unos cuantos cocineros pululan alrededor de los fogones.

Toda esta colección de juguetes debieron ser llevados con gran solemnidad desde Tebas el día del entierro del príncipe y depositados piadosamente en la cámara donde fueron encontrados. En la procesión fúnebre irían además gran número de campesinos, llevando en la cabeza grandes cestos conteniendo los manjares y bebidas predilectas del señor y colocados en su tumba. Las dos estatuillas de mayor tamaño, con sus cestos en alto, recuerdan estas ofrendas.

Lo más sorprendente, lo más notabilísimo de esta colección encerrada hace cuatro mil años, es lo divinamente conservada que se encuentra, hasta el punto de que parece que fueron colocados los juguetes horas antes, guardando muchos de ellos la señal de los dedos de las personas que los pusieron en la cueva.

Las preocupaciones de M. Winlock, para no quedar en ridículo con sus colegas de Nueva York, tuvieron un epílogo completamente satisfactorio y después de separar en dos lotes los venerables juguetes, que juntos permanecieron tantísimo tiempo, fueron a parar unos, según el contrato establecido, a las vitrinas del Museo del Cairo y los otros, embalados convenientemente, los llevaron a Nueva York para enriquecer las magníficas colecciones del gran Museo Metropolitano de Arte.

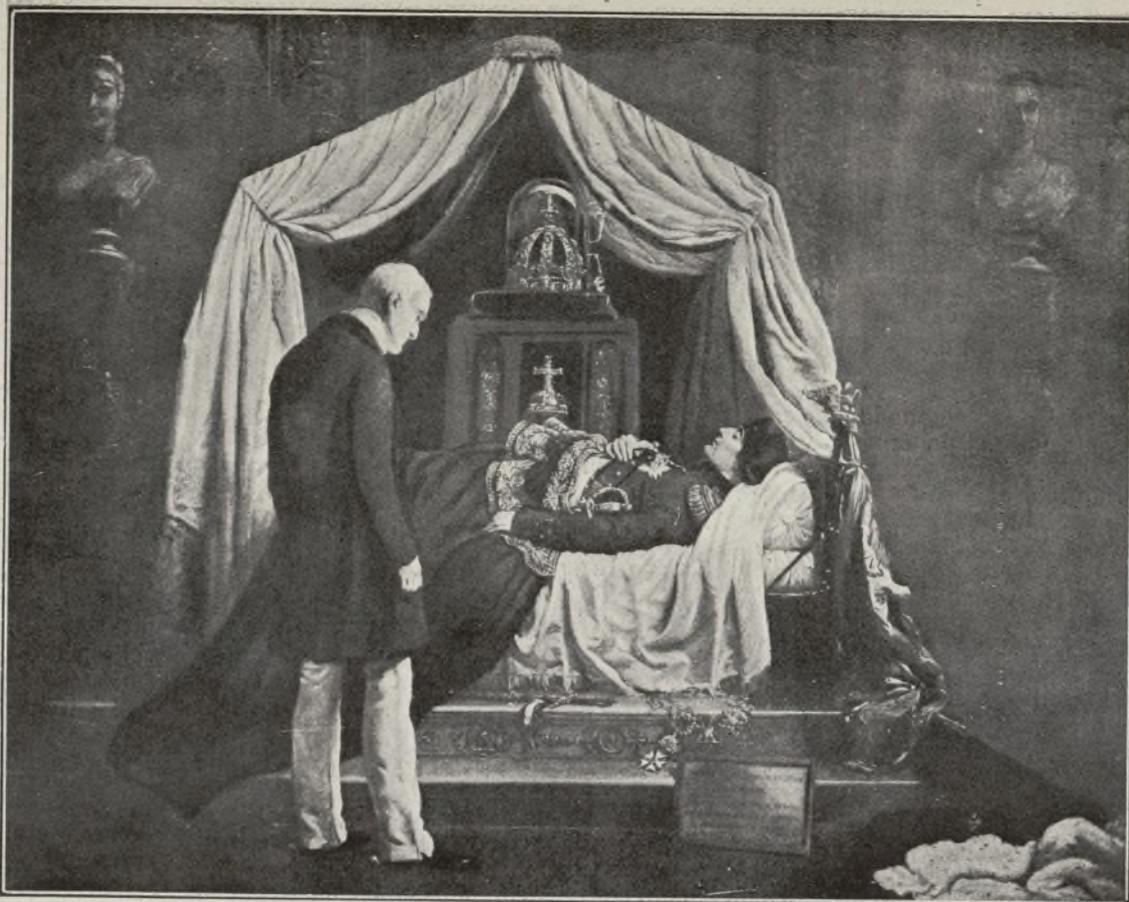
El águila como emblema

El águila es un emblema de autoridad tan viejo, que resulta imposible precisar cuando empezó a usarse. Encuéntrase en las esculturas más antiguas que se han podido descubrir, y no hay duda de que es uno de los más antiguos trofeos. El primer imperio persa parece que fué el primero que adoptó el águila como emblema imperial. Entre los griegos el águila era el emblema de Júpiter. Los romanos también la adoptaron para su bandera, y cuando Constantino llegó a emperador, la adoptó como

insignia de su autoridad sobre Oriente y Occidente.

Quando el imperio alemán empezó a constituirse en el siglo XII, se resucitó aquel emblema por ser el del imperio romano, y Rodolfo de Hapsburgo le adoptó en sus armas imperiales.

En Rusia aparece en las armas imperiales en el siglo XVI, cuando el czar Ivan Basilovith se casó con la princesa Sofía, sobrina de Constantino XI, emperador bizantino.



Lord Wellington y Napoleón. El inspirado pincel de Jorge Hayter compuso esta obra para la cual se prestó a posar el duque de Wellington y que representa al vencedor de Waterloo contemplando la efigie del vencido Napoleón en su lecho de muerte.

RECUERDOS DE WATERLOO

Las causas de la derrota.

La batalla de Waterloo fué el golpe de muerte para Napoleón que acabó con su poder y originó la enfermedad que terminó su vida.

Hase dicho por algunos que el triunfo de Wellington se debió, más que a la habilidad táctica del generalísimo británico, a la absoluta falta de disciplina de los generales franceses, quienes no quisieron o no supieron interpretar las órdenes del hasta entonces invicto caudillo; otros atribuyen el fracaso napoleónico a la inexplicable conducta del general Grouchy, empeñado en la persecución de las fuerzas prusianas, a las que suponía muy lejos del campo de batalla, privando así al emperador del concurso de 34.000 hombres y de 105 piezas de artillería; y no falta quien haga recaer la entera culpa del desastre sobre el mismo vencedor de Austerlitz, suponiendo que Napoleón, quebrantado por la fatiga física, dispuso pésimamente sus planes, atacó mal y tarde, y no supo sacar partido del brillantísimo combate parcial de Mont Saint-Jean, en el que casi quedaron destruídas las líneas de los aliados.

Napoleón estaba tan seguro de la victoria, que almorzando con sus generales en la mañana del 18, no lejos de la calzada de Nivelles, les dijo:

La batalla.

—«Tenemos noventa probabilidades en nuestro favor y diez en contra. Wellington ha arrojado los dados y la suerte no le ha sido propicia...»

A las doce y media del día 18 de Junio de 1815 Napoleón, luego de haber dividido su ejército en once columnas, marchando en tres líneas, con los flancos cubiertos por la artillería, emprendió el ataque de las alturas de Mont-Saint-Jean y del castillo de Hougomont, logrando hacer muy crítica la posición del ejército inglés.

Desde que se había disparado el primer cañonazo, el emperador dirigía sin cesar su anteojo hacia la parte de San Lamberto, con la esperanza de ver aparecer a cada momento la división Grouchy. El general francés seguía sin dar señales de existencia. En un lugar se presenta Bulow para ayudar a los prusianos.

Alejandro Dumas narra en esta firma, los episodios de la batalla:

Cuando Napoleón tuvo noticia de la llegada de Bulow volvíase hacia el mariscal Soul: —Esta mañana—le dijo—, teníamos noventa probabilidades en nuestro favor; con la llegada de Bulow hemos perdido treinta; pero todavía nos quedan sesenta contra cuarenta, y si Grouchy repara la

horrible falta que cometió ayer divirtiéndose en Gembloux, si envía su destacamento pronto, la victoria será más decisiva, porque quedará enteramente perdido el ejército de Bulow. Que venga un oficial.

Acude inmediatamente uno de Estado Mayor encargado de llevar a Grouchy la carta de Bulow y de meterle prisa para que venga. Según lo que él mismo ha dicho, a estas horas debe hallarse delante de Wabre. El oficial dará un rodeo y se unirá a su retaguardia; son tres o cuatro leguas de buen camino; con un buen caballo promete hallarse en su compañía en hora y media. Al mismo tiempo el general Dumont envía un ayudante confirmando la noticia: los prusianos son los que tienen a la vista, y por su parte acaba de destacar varias patrullas escogidas para ponerse en comunicación con el mariscal Grouchy.

El emperador manda al general Lobeau atravesar con dos divisiones el camino real de Charleroi y dirigirse sobre el ala derecha para sostener la caballería ligera; elegirá una buena posición donde con diez mil hombres pueda contener a treinta mil. Tales son las órdenes que da cuando conoce las personas a quienes se dirige. Ejecútase al punto este movimiento, y dirige sus ojos al campo de batalla.

Matanza horrible.

En la Haye-Sainte se encuentra todo el combate bajo el fuego de la artillería inglesa, a que la francesa contesta débilmente. Por espacio de dos horas Ney, que ha recobrado todo el brío de sus hermosos años, se encarniza en aquella posición de que al fin logra apoderarse, hallándola sembrada de cadáveres enemigos. Tres regimientos

escoceses se quedan allí muertos sin perder la formación como han combatido; y la segunda división belga y las quinta y sexta inglesas han dejado allí una tercera parte de sus hombres. Napoleón lanza sobre los fugitivos a los infatigables coraceros de Milhaud, que los persiguen furiosamente hasta en medio de las filas del ejército donde llegan a introducir el desorden. El emperador ve desde la altura en que se ha colocado los bagajes, los carros y las reservas inglesas alejarse del combate y atropellarse en el camino de Bruselas. La jornada es de Napoleón si Grouchy aparece.

El mariscal Ney avanza la caballería pesada del general Guyot: tres mil coraceros y otros tantos dragones de la guardia, es decir, los primeros soldados del mundo, avanzan a galope y vienen a estrellarse contra los cuadros ingleses, que se abren, despiden su metralla y vuelven a cerrarse. Pero nada detiene el terrible arranque de los soldados franceses. Rechazan la caballería inglesa con la punta de las largas espadas de los coraceros y dragones; agrúpanse estos y caen sobre los cuadros, algunos de los cuales se abren; pero mueren sin cejar un paso. Comienza entonces una horrenda carnicería que interrumpen de cuando en cuando desesperadas cargas de caballería, contra las cuales tienen que volverse los franceses, respirando en tanto los cuadros ingleses para rehacerse y ser deshechos de nuevo. Perseguido Wellington de cuadro en cuadro, vierte lágrimas de rabia al ver apuñalar a su vista así a doce mil hombres de sus mejores tropas; pero sabe que no retrocederán ni un pie, y calculando el tiempo material que ha de transcurrir antes de su total destrucción, saca el reloj y dice a los que



He aquí un aspecto actual del campo de batalla de Waterloo. Este campo en el que se desarrolló el hecho, más culminante de la Historia, y donde fueron muertos 50.000 hombres de tres naciones es pequeño pues forma un cuadro de apenas dos kilómetros de lado. En conmemoración de la batalla, sobre el sitio en que cayó herido mortalmente el Príncipe de Orange se levanta una montaña artificial de 45 metros de elevación en cuya cima un enorme león de bronce mira rabiosamente hacia Francia. En la actualidad y como testimonio de la cordialidad de relaciones entre los actuales aliados, proyectan los belgas cambiar la dirección de la figura del león haciendo que mire hacia el Norte.

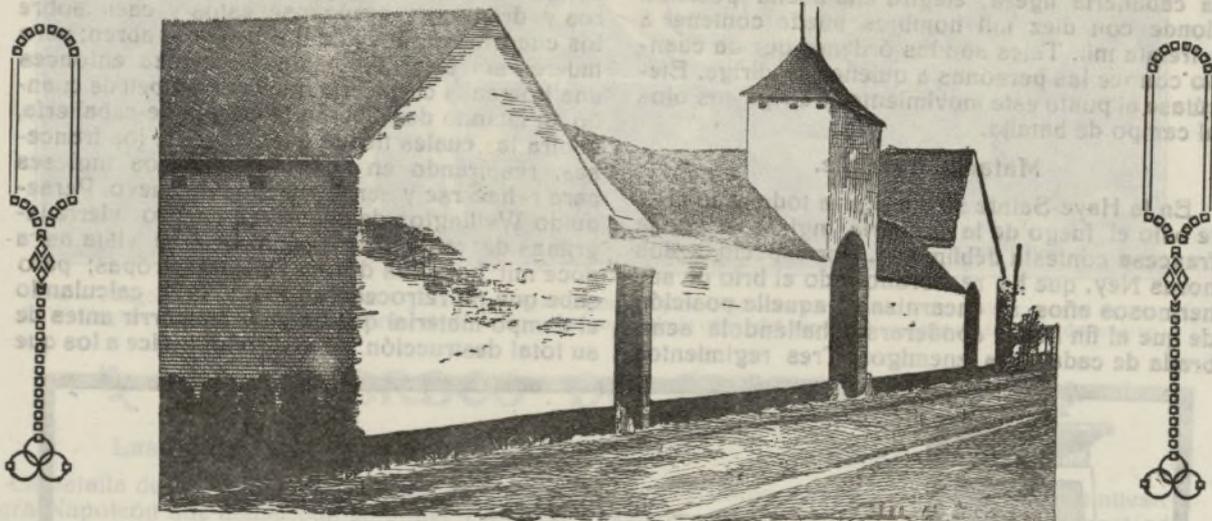
le rodean:—Todavía hay para dos horas, y antes de una habrá venido la noche o Blücher.—Así pasan tres cuartos de hora.

El gesto de Cambronne.

En este tiempo, Blücher se ha presentado en el campo de batalla en lugar de Grouchy a quien esperaba Napoleón y la decoración cambia. Los franceses se ven atacados por su retaguardia. Juiciaré el pánico en las filas.

Cambronne con el segundo batallón del primer regimiento de cazadores forma un cuadro y sostiene la retirada los demás batallones de la guardia. Este batallón atrae sobre sí todo el choque; le rodean, le acosan, le atacan por todas partes; entonces es cuando, intimándole a Cambronne que se rinda, responde, no la florida frase que le han atribuido, sino una sola palabra, de cuerpo de guardia seguramente, pero la cual nada pierde de su sublimidad por su energía, y casi al pun-

los fugitivos; por desgracia la noche impide que le vean y el tumulto que le oigan. Apéase del caballo y se arroja espada en mano en medio del cuadro. Síguele Jerónimo, diciendo:—Tienes razón, hermano, aquí debe sucumbir todo lo que lleve el nombre de Bonaparte.—Pero le cogen sus generales y oficiales de Estado Mayor, le apartan sus granaderos que se avienen a morir, pero no a que muera su emperador con ellos; le ponen a caballo, cuya brida toma un oficial y le lleva a galope; así pasa por medio de los prusianos. Ni balas ni bombas le tocan. Por último, llega a Jemmapes, detiénese allí un instante, renueva sus tentativas de organización, a que se oponen la noche, la confusión, la derrota general, y más que todo la encarnizada persecución de los ingleses. Al fin, convencido de que todo ha acabado por segunda vez, y que sólo desde París puede juntar ejército y salvar la Francia, continúa un triste camino que ya le conduce al destierro.



Granja del monte de San Juan en cuyas inmediaciones fué desecho el último cuadro francés y que aún conserva en sus muros las huellas de la sangrienta lucha.

to [cae] de caballo por un tiro de obús que le da en la cabeza.

Se oye el grito de «Salvese quien pueda» y comienza la derrota. Los batallones que aún se sostienen están desorganizados por los fugitivos. Al ir Napoleón a ser envuelto, arrójase en el cuadro de Cambronne con Ney, Sault, Bertrand, Drouot, Corbineau, Flahauj, Gourgaud y Labedoyere, que se hallan sin soldados. La caballería redobla sus cargas; la artillería inglesa barre toda la llanura desde la cresta de sus montañas; ha enmudecido la francesa por falta de hombres que la sirvan; aquello ya no es combate, sino matanza.

La derrota.

En vano intenta Napoleón contener el desorden; lánzase en medio de la derrota, y encuentra un regimiento de la guardia y dos baterías en reserva detrás de Planchenois y trata de juntar

¿Fué un vaso de cerveza la causa de la derrota de Wotterlóo?

¿Qué hacía Grouchy, mientras todo esto sucedía? El célebre mariscal había recibido las órdenes del emperador hallándose en Gembloux. Inmediatamente emprendió la marcha hacia el lugar indicado por Napoleón. Pero agobiadas sus tropas por el cansancio, el hambre y la sed, avanzaban penosamente y casi desorganizadas. Cinco leguas antes de llegar a San Lamberto hizo alto la división con objeto de tomar algún descanso. Una posada ofreció grata sombra al general Grouchy, y allí manos blancas proporcionaron fresco jarro de cerveza al caudillo francés.

—«¡Sólo un vaso—exclamó Grouchy,—y en seguida en marcha!»

¿Bebió más el mariscal de lo que se propusiera? ¿Sucedió a aquel jarro otro no menos reple-

to, perturbando algo las facultades del guerrero, y haciéndole olvidar sus deberes? Ello fué que cuando se puso de nuevo en movimiento la columna ya había descendido sobre los campos de Waterloo, para no levantarse jamás, el «sol de Austerlitz». ¡Qué ajeno estaba Grouchy que su vaso de cerveza pudiera costar la vida del imperio y la derrota de Napoleón!

El sitio de la batalla.

El sitio de la batalla de Waterloo es hoy lugar de peregrinación para los furistas que visitan Bélgica aunque se halla ya oscurecido por los otros lugares en que se libraron batallas durante la última guerra.

El lugar donde finó la gloria de Napoleón se halla cerca de Bruselas. Desde la capital se distingue casi un elevado cono, una verdadera montaña artificial levantada sobre el sitio mismo en que fué herido mortalmente el príncipe de Orange. A su cima se asciende por una pendiente escala de piedra, de 225 peldaños, y allí un enorme león de bronce mira con furia hacia Francia. La enorme cantidad de tierra cavada en las inmediaciones del monumento ha alterado el campo de batalla en un sitio muy interesante, y así no pue-

de comprenderse hoy que los coraceros franceses fueran sepultados en el camino hondo de Oahín, puesto que esa profundidad es ahora solamente de un metro y medio. Es muy reducido el campo de batalla pues cabe en un cuadrado de dos kilómetros; pero tan encarnizada fué la última disputa que allí hubo, que fueron muertos y heridos cincuenta mil hombres de tres naciones. La *Ferne Hougoumont*, donde empezó el encuentro; la *Ferne St. Jean*, tres veces tomada y perdida por los prusianos, y la *Belle Alliance*, conservan aún huellas del terrible día, y algunas balas de cañón hallanse todavía incrustadas en sus muros.

Inmediato a la llanura donde Ney se pasó todo el día amenazando cargas siempre rechazadas por los cuadros ingleses, está el sembrado donde Cambronne dijo aquel día la última y más elocuente palabra.

Los recuerdos de aquel día se reunen en el Hotel du Musée elevado a un kilómetro de la estación donde hay un salón de objetos procedentes del campo de batalla, y una colección de balas aplastadas, que se venden a un franco y que *no se extinguirá jamás*, eso que la peregrinación de ingleses a aquel sitio es diaria y continúa desde hace muchos años.

La reina de Prusia y el tratado de Tilsitt

Contaba el emperador en su destierro de Santa Elena que si la reina de Prusia hubiese llegado a Tilsitt al comenzarse las negociaciones para la paz, de este nombre hubiese podido influir mucho acerca del resultado de las mismas, pero que, afortunadamente para los intereses de Francia, llegó cuando el tratado de paz estaba próximo a concluirse.

La reina, que, según Napoleón, había sido muy hermosa, aunque la belleza de su primera juventud ya se había marchitado, aún era, sin duda alguna, digna de admiración su hermosura y no poco apetitosa. En la primer entrevista que con Napoleón tuvo a solas trató de que, al firmarse la paz de Tilsitt, se le hicieran varias concesiones, y cuando menos, que la plaza de Magdeburgo quedase perteneciendo al rey de Prusia, y para lograrlo comenzó a hacer uso de una refinada coquetería y de miradas que eran elocuentes promesas mudas. Aunque Napoleón no era muy susceptible en dejarse envolver por femeniles redes, por bien tejidas que éstas estuvieran, estaba a punto de ceder a los ruegos de la Reina, cuando apareció el rey en escena.

Pero no era la reina mujer que abandonase la partida a las primeras de cambio, y al ser días después con-

vidada por Napoleón a comer, comenzó de nuevo a hacer uso de su refinada coquetería.

Un instante antes de sentarse a la mesa, Napoleón se aproximó a una consola, donde en gentil búcaro había varias rosas; tomó la más hermosa de éstas, y galante se la ofreció a la reina, quien al alargar la mano para cogerla, después de haber hecho ademán de rechazarla, dijo subrayando las frases: *Si, pero al menos, Magdeburgo en cambio.*

Napoleón se sintió emperador y poco galante, y replicó:

«Haré observar a V. M. que soy quien ofrezco esta flor y vos quien la recibís.»

Durante la comida, la reina continuó con miradas y frases tratando de enamorar al coloso. Sintió éste que si aquella situación se prolongaba, si venció en Jena a la reina, iba a ser vencido por ésta en Tilsitt, y para evitarlo, llamó a Talleyrand y al príncipe Kourakin apenas terminó la comida, y ordenó que inmediatamente se firmase el tratado de paz según estaba redactado, por que pensó que «una mujer no podía ni debía alterar un sistema trazado ya, teniendo en cuenta los destinos de un gran pueblo».

COMO SE MANEJA UN AUTOMÓVIL

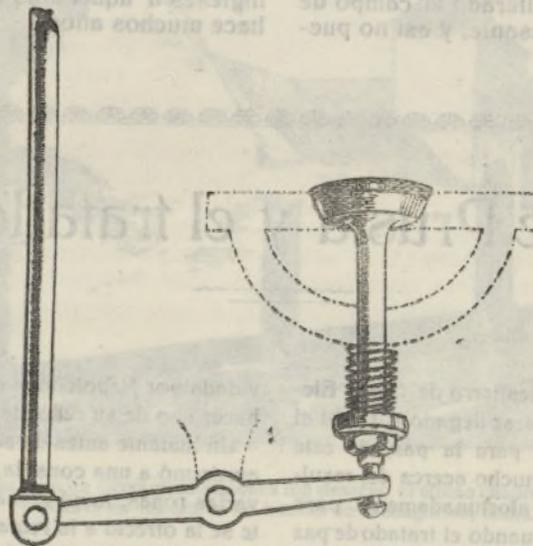
La carburación.

Continuando en el estudio comenzado en números anteriores acerca de la constitución y funcionamiento del motor de automóvil, examinaremos hoy los interesantes detalles de la carburación.

Se llama carburación el fenómeno por medio del cual se realiza la mezcla detonante que será después admitida en el cilindro y cuya explosión produce la potencia motora. Del buen reglaje de la carburación depende en gran parte el buen funcionamiento del motor. Una mala carburación, además del inconveniente de disminuir en notables proporciones el rendimiento del motor, tiene otros dos bastante desagradables, el de dar humo en el escape del motor y el de hacer funcionar con ruido el motor.

Mezclas pobres y ricas.

Para que la mezcla de aire y gasolina se halle en buenas condiciones, es preciso que se encuentren en la proporción justa de manera que la gasolina se inflame con facilidad y se queme toda. Si hay demasiado aire, la mezcla se inflama con dificultad y los gases no desarrollan en los cilindros toda la fuerza que debían desarrollar; se dice entonces que la mezcla es *pobre*. Si hay demasiada gasolina, la mezcla es *rica* y tiene el inconveniente de que faltándole el oxígeno que debe darle el aire, no se quema toda en los cilindros y va terminando su combustión a medida que encuentra aire en los tubos de escape. El consumo es grande con poco aprovechamiento y el motor se calienta excesivamente.



Disposición de las válvulas que regulan la admisión y escape de los gases en los cilindros.

El Carburador.

Se llama carburador al aparato donde se verifica la mezcla de la gasolina y el aire en forma de que constituyan una mezcla detonante.

El carburador se compone de las siguientes partes que pueden apreciarse en la figura que acompaña a este texto: depósito de nivel constante, con flotador, un filtro de llegada, surtidor para salida de la gasolina pulverizada, y cámara de carburación con estrechamiento.

El depósito de nivel constante tiene por objeto contener siempre una cantidad de gasolina suficiente para alimentar al surtidor, por grande que sea el consumo del motor; el líquido llega a él desde el depósito por el tubo de cobre que se ve a su parte in-

ferior, en la que está el filtro de llegada que detiene los cuerpos extraños; el flotador se va elevando a medida que se llena el depósito de líquido, y cuando ha llegado éste a la altura de la punta del surtidor levanta aquél las palancas que, por efecto de su peso, tenfan en alto a la varilla y hace que ésta descienda y tape la entrada de gasolina; cuando el motor aspire alguna cantidad de combustible, bajará el nivel del depósito, con lo cual el flotador bajará también y con él las palancas, las que levantarán la aguja, se abrirá la entrada de gasolina y volverá a llenarse el depósito hasta la altura que lo estuvo antes. De esta manera se consigue tener constantemente el líquido a la altura necesaria y en cantidad conveniente al consumo.

El surtidor sirve para que salga por sus orificios pulverizada la gasolina en virtud de la aspiración que efectúan los émbolos, y esta misma aspiración arrastra al aire que entra en la cámara de carburación mezclado con las gotas de gasolina, las que se van vaporizando al contacto con él, formando la mezcla gaseosa detonante.

La cámara de carburación es donde se efectúa la mezcla; su estrechamiento tiene por objeto aproximar el aire a la gasolina que sale del surtidor, aumentar su velocidad y hacer más íntima la mezcla.

Los gases ya carburados pasan de la cámara de carburación a los calzones de los cilindros regulando el paso una llave que permite mayor o menor entrada según esté más o menos abierta.

Los carburadores están provistos de un pequeño émbolo maniobrado del exterior por medio de un

botón provisto de un muelle de retroceso y que sirve para llamar la gasolina al carburador en el momento de poner en marcha al coche.

Cuando un carburador está en mal estado, puede suceder que corra la gasolina aun estando parado el motor, lo cual «inunda» el carburador: es ésta una de las causas de dificultad para poner en marcha o también del funcionamiento defectuoso del motor.

Pero, si está el carburador en buen estado, en el momento en que se quiere poner en marcha el motor, es menester atraer la gasolina al aparato, hasta que esta llamada se haga automáticamente por la aspiración del motor.

Para esto sirve ese pequeño émbolo.

A fin de evitar que se enfríe el carburador y para acelerar la evaporación de la gasolina, se hace que

el aire llegue caliente a él, para lo cual la toma se efectúa en la inmediación del tubo de escape, obligándole a pasar por la superficie caldeada de éste. Con el mismo objeto, algunos carburadores llevan alrededor de la cámara de carburación una camisa o envoltura en la que entra una derivación del agua de la refrigeración al salir de los cilindros, o bien una de los gases quemados tomada del tubo de escape.

El H. P. y el caballo de vapor.

Completamos estas ligeras nociones acerca del carburador, con unas definiciones convenientes.

Se llama *cilindrada* el volumen de mezcla carburada que absorbe el motor a cada carrera del émbolo durante el período de aspiración. La cilindrada depende del *calibre*, es decir del diámetro interior del cilindro, y de la *carrera* del émbolo. Se puede decir de un modo general, que el calibre varía de 80 o 100 a 120 m/m (pudiendo alcanzar 140 en algunos motores potentes.

La *potencia* de un motor es el trabajo que puede

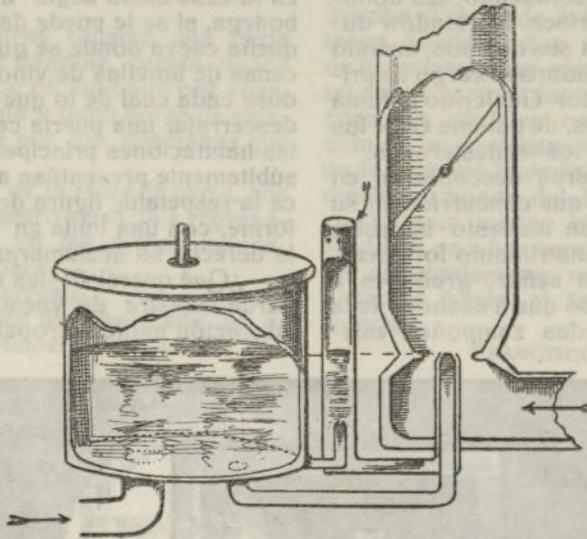
producir en la unidad de tiempo, es decir, durante un segundo.

Por otro parte, el *trabajo* de una fuerza es el producto de dicha fuerza (en kilogramos) por el camino (en metros) recorrido por su punto de aplicación.

Se expresa el trabajo en *kilográmetros*, siendo un kilográmetro la fuerza necesaria para elevar un peso de 1 kilogramo a 1 metro de altura.

La unidad actual de *potencia* es el *caballo de vapor*, potencia necesaria para desarrollar en un segundo un trabajo de 75 kilográmetros.

El H. P. o HP abreviatura de las palabras inglesas horse-power (fuerza de caballo), es la potencia necesaria para efectuar en un segundo un trabajo de 76 kilográmetros. El *horse-power* es, por consiguiente, algo mayor que el *caballo de vapor* y no se les debe emplear indiferentemente el uno por el otro, como se hace con mucha frecuencia.



Esquema de carburador en el que se ve el depósito de nivel constante para la gasolina, el pulverizador y la entrada de aire que hace que la mezcla se convierta en gaseosa.

A nuestros suscriptores

El gran número de suscripciones, que merced a la bondad de nuestros compañeros, ha alcanzado ARMAS Y LETRAS obliga a esta Administración a sujetarse a determinadas reglas a fin de que su difícil labor pueda desarrollarse en forma conveniente.

A los señores suscriptores a quienes se les pueda pasar cargo por la **Caja Central del Ejército o del Cuerpo de Carabineros**, se les seguirá pasando mensualmente dichos cargos en la forma que hasta ahora se han venido realizando.

Los señores suscriptores para quienes **no admita cargos la Caja Central** deberán enviarnos el primer mes de cada periodo trimestral, semestral o anual—según les convenga— y por giro postal, el importe de la suscripción correspondiente a ese periodo.

Para evitarles estas molestias y los gastos consiguientes giraremos letras contra los suscriptores que así nos lo indiquen.

Estas letras deberán ser cuando menos por el importe de un semestre y se pondrán en circulación en los primeros días del semestre correspondiente.

La falta de envío del giro postal, en el tiempo indicado, significará por parte del suscriptor la autorización para la puesta en circulación de la letra.

Rogamos encarecidamente a nuestros suscriptores que teniendo en cuenta, los crecidos gastos que nos habían de ocasionar la devolución sin pago de las referidas letras se sirvan aceptarlas desde luego, sin perjuicio de la reclamación que puedan después formularnos por algún número extraviado que siempre tendremos mucho gusto en enviar inmediatamente.

SORPRESA INESPERADA

En cierto rincón del señorío de Arkmaletw vivía retirado del mundo y escondiendo sus honores y grandezas el Feld-Mariscal Morlandow duque de Duarke, que gozó en sus tiempos, cuando a la sazón desempeñaba el honroso cargo de primer ayudante del Emperador Guillermo I, fama de caballero entre los nobles, de galante entre las damas y de caritativo entre los menesterosos.

Los habitantes de la comarca desconocían en absoluto las circunstancias que concurrían en su vecino, al que tenían por un modesto burgués, sin más servidores que un matrimonio forastero, de tanta o más edad que su señor, gruñones a más no poder con los mozos que a deshora de la noche tañían sus destempladas zampoñas festejando a sus prometidas, y ocasión hubo que abandonando el criado sus aires de mansedumbre se erguía cual soberbio soldado, haciendo huir a otros contornos aquella manada de ladradores lebriles, como asimismo les llamaba.

Pero ocurrió que una noche obscura, obscura como boca de lobo, turbaron el profundo sueño de los moradores del rincón de Arkmaletw ruidos ensordecedores de gritos e imprecaciones, cual si los sectarios de Atila llegasen a aquel pacífico y solitario lugar, sucediendo a los dicterios y juramentos, repetidos golpes y porrazos sobre las débiles puertas y ventanas de la modesta casa que habitaba el duque de Duarke; hasta que, montando en cólera el bueno de Melbert, que así se llamaba el criado, creyendo que quien tales desmanes cometía eran los jóvenes del lugar, abrió de par en par las puertas de la casa con una estaca en la mano, descargando en la obscuridad sendos garrotazos a diestro y siniestro, que a no impedírselo un contundente cintarazo, a juzgar por la furia de la acometida, hubiera quedado dueño de aquel campo de Agramante.

En un abrir y cerrar de ojos fué Melbert maniatado y retirado bajo la custodia del resto de la

gente, y una turbamulta de soldados se introdujo en la casa hasta llegar a la cocina, despensa y bodega, si se le puede dar este nombre a una pequeña cueva donde se guardaban seis o siete docenas de botellas de vino del Rhin, y apoderándose cada cual de lo que pudo, trataron luego de descerrajar una puerta cerrada que daba paso a las habitaciones principales, la que habriéndose súbitamente presentóse a la vista de la soldadesca la respetable figura del Feld-Mariscal, de uniforme, con una bufa en la mano izquierda, y en la derecha su deslumbrante casco prusiano.

—¿Qué queréis?—les dice.—¿Vais a dar gallarda muestra de vuestra cordura, sensatez y educación militar atropellando la morada de un

sencillo aldeano? Salid inmediatamente y comunicad a vuestro jefe la orden de que se me presente, desde luego.

Cual si un abismo se hubiera abierto de repente ante los soldados, mudos y sin acción para moverse, mantuviéronse quietos, con el asombro natural estereotipado en sus semblantes.

Y dirigiéndose al más caracterizado, a un cabo que sólo a duras penas pudo cuadrarse al ver que el general se dirigía a él, le fué repetida la orden, quien salió restregándose los ojos cual si pesado sueño le atormentara, y tras él, en apretada pía el resto de los soldados.

Entonces el duque de Duarke, frunciendo el ceño de enojo, dejóse caer sobre un diván de la estancia, y esperó la llegada del oficial, que acudió en seguida, quien saludando respetuosamente a su superior dijo:

—A la orden de V. E., mi general.

—¿A qué Cuerpo pertenecéis, capitán?

—Al segundo regimiento de la Guardia Imperial, señor.

—¿Cuál es vuestra misión al cruzar estos senderos con la compañía que mandáis?

—La de hacerme cargo de los reclutas que este año han sido destinados a mi regimiento.



—Está bien, capitán; pero tened presente que estos sencillos labriegos son padres, hermanos y parientes de otros soldados compañeros de los que aquí traéis, que merecen, por tanto, toda consideración y respeto, no tan solo por la igualdad que los vincula dentro de los Ejércitos de S. M., si que también porque la Ordenanza, en sus sagrados preceptos, marca el derecho de los unos y los deberes de los otros.

Podéis retiraros mientras redacto una carta para S. M. el Emperador dándole cuenta de los quince días de arresto que os impongo por vuestra imprevisión, y cuarenta y ocho horas de calabozo a vuestra compañía por los desmanes que acaba de cometer.

Vos seréis el portador de la referida carta, que después de terminado vuestro servicio y regresado a Berlín depositaréis en las regias manos, abierta como os la entregaré.

Después cumpliréis el arresto.

Mientras tanto dad orden de que quede en libertad mi fiel sargento Melbert, a fin de que de-

vuelva la tranquilidad a su anciana esposa, que podéis ver allí—señalando con el dedo la estancia inmediata—llorando acurrucada en un rincón, a fin de que el matrimonio concluya de sacar a la explanada que está al pie de esta casa los vinos y vituallas que hayan quedado, para que vuestros soldados se restauren.

Doce días después de los sucesos narrados llegaba al rincón de Arkmaletw un fuerte golpe de tropa, dividido en dos secciones. Una, compuesta de Ingenieros, con encargo de levantar casa-cuartel capaz para alojar cien hombres y pabellones para tres oficiales; componiéndose la otra sección de un destacamento del segundo regimiento de la Guardia Imperial, para montar una guardia diaria en honor del Feld-Mariscal Morlandow, castigo que impuso el Emperador a aquel Cuerpo de su peculiar servicio, que tuvo que mantener constantemente un destacamento a tan larga distancia hasta el fallecimiento del duque de Duarke.

FRANCISCO ATIENZA Y COBOS

EJEMPLOS DE HEROISMO

Los soldados del Regimiento de Borbón

Por el Teniente Coronel García Pérez,

León Franco Hijosa sienta plaza en Madrid, en Marzo de 1859, en calidad de corneta. El Coronel, no recordando un día su apellido, lo llamó «Arapiles»; y desde entonces tal fué el apodo del bravo muchacho, nacido en Herrera (Palencia) a 16 de Marzo de 1846.

El 25 de Noviembre de 1859 había peleado junto a su Coronel; y como éste le pidiera agua, así hubo de decirle el cornetilla: «*Mi Coronel, agua no hay, pero ahora mismo voy por ella*».

Toma una botella, tercia le carabina sobre su espalda e internase en el bosque desoyendo el llamamiento de su jefe; sin rumbo e inconsciente de su obra, detiénese al pie de frondosa encina y trepa a sus ramas para llenar los bolsillos con el sazonado fruto.

Desde su oculto observatorio escudriña luego los alrededores; contempla cómo grupos de moros avanzan sobre las líneas españolas; el pequeño castellano queda aterrizado, y, sin embargo, quiere ser útil a su Patria.

Sube a lo más alto de la encina, descuelga su bélico instrumento e impetuoso toca «ataque»; las pujantes notas llegan al corazón de los grupos moros, y éstos, sobrecogidos e impresionados, retroceden velozmente.

Las avanzadas españolas, al escuchar los acentos de vigorosa ofensiva, adelantan, como medida de previsión, una compañía de Cazadores; a poco, aperciben éstos la carrera desenfundada de un soldadito perseguido por algunos adversarios; y minutos después, sus

brazos acogen cariñosos el cuerpo sudoroso y ensangrentado del pequeño corneta de Borbón.

Quando los moros retrocedieron creyendo en la existencia de una terrible carga a la bayoneta, Franco desciende rápido de su guarida y vuelve hacia las avanzadas de los suyos; algunos moros lo descubren y corren tras él; mas el cornetilla detiénese de vez en vez para hacer fuego sobre sus rivales y contenerlos bravamente; uno de los proyectiles enemigos atraviesa su muslo derecho, y no obstante el profundo dolor, sigue ardoroso hacia el campo de sus hermanos.

Curado y conducido ante su Coronel, éste le apretó la mano, y sonriendole como un padre, le dijo así: «*Muchacho, eres un bravo; hoy, al dar el parte al General, le diré que el primer héroe del día lo fuiste tú; por lo pronto, y en nombre de Su Excelencia, te concedo la cruz de María Luisa*».

Sanó pronto de su herida. Cuando el regimiento desembarcó en Valencia, los estudiantes de la Universidad entráronlo sobre una silla de flores, vitoreando al heroico «cornetilla de las encinas».

**

En uno de los combates de esta memorable contienda cae gravemente herido un sargento; acércase el Coronel al bravo flordelisado, y éste, casi en los umbrales de la eternidad, le dice: «*Mi Coronel, primero que la vida es la Patria y la Reina*».

PAGINAS DE ARTE



En el Concurso hípico. -- Un despiste.

Apunte de Pumarola.



Una vista de Pompeya.—El arco de Calígula.

GALERÍA DE RECUERDOS

LA CIUDAD MUERTA

Pocos lugares para la evocación como aquellos en que se asentaron las civilizaciones extintas y las ciudades que fueron.

De la inmensa Babilonia—siete veces más grande que París—ya no queda nada; sus alcazares maravillosos, recubiertos de alabastro y artesanos con maderas preciosas, sus jardines pendidos, sus cien puertas de acero; todo desapareció bajo una pirámide de escombros, calcinados por el sol de Oriente.

Grecia, la Grecia inmortal de Pericles, obstenta sobre el peñasco ático los restos doloridos del Acrópolis; columnas y templos, bestialmente mutilados; pero erguidos aun, erectos, como imprecando de los dioses la cólera divina... Roma guarda el sagrario de sus grandezas en los estrechos límites del *Forum*.

Todos estos lugares, para el visitante enamorado de lo pretérito, son de una evocación profunda y de una reducción irresistible; pero solo al través de la cultura universal la visión es completa.

La dilatada llanura en la cual se asentó Babilonia—montículos de ladrillos pulverizados—no dice nada a los sentidos. Solo la Epigraffa, la escritura grabada en piedra, la inscripción cuneiforme puede dar vida y movimiento en nuestra imaginación a aquellos imperios asiáticos que, como un cuerpo sin miembros y sin arterias, se nos aparece cual monstruosa concepción macrocéfala.

La Acrópolis de Atenas nos da la melancólica sensación de todo lo que es acabado prematuramente. El Partenon, síntesis de una civilización insuperable y alto feliz en la historia del mundo, debiera mantenerse entero aun. La barbarie incivil y la barbarie civilizada a porfía lo mutilaron. Bárbaros los turcos que establecen en él un pol-

vorin que estalla; bárbaros los venecianos que le bombardean y bárbaros los ingleses que lo despojan... Pero para dar vida al Acrópolis—cosa alada de base granítica—hay que sentir el soplo trágico de Esquilo, la sátira desenfadada de Aristófanes y la oratoria hiriente de Demóstenes.

Roma en los vestigios del Foro nos anonada bajo el peso de su grandeza fenecida; mas solo al través de la prosa concisa y enérgica de Tácito podemos comprender el gesto de Cesar y las locuras apocalípticas de Nerón.

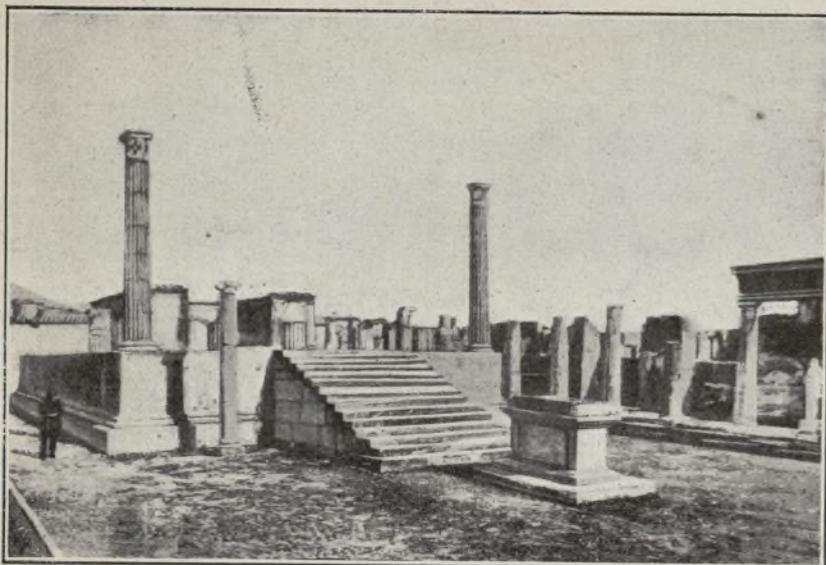
**

Hay una población de singularísimo atractivo, que por sí sola, sin recurrir al prestigio inmenso de la tradición o a las aseveraciones de la historia, da una sensación inolvidable y completa aun al más indocto. ¡Pompeya! ¡Aun se conservan en sus vías las huellas de los vehículos!

...Una tarde del mes de Agosto, la población aspiraba con delicia las auras del mar. Amantes del aire y gesticuladores los pompeyanos inundaban las calles y plazas de la villa. Todo era animación y movimiento; un movimiento bullanguero, mediterráneo y griego.

De cuando en cuando, atravesaba rauda, por la vía, la elegante cuádriga guiada por el noble patricio o la multitud abría respetuosa el paso a algún prohombre romano que, huyendo los calores de la Metrópoli, veraneaba en la riante ciudad o la gentil matrona, precedida de esclavos, atravesaba magestuosa en su litera... De pronto sobrevino la catástrofe; una densa nube sumió a la ciudad en la obscuridad mas tenebrosa; se inició horrísona, una lluvia de piedras y el Vesubio, el igneo titán, ensanchando sus fauces ardientes comenzó a arrojar fuego.

Ceniza mezclada con agua hirviendo caía en



La actual disposición de las ruinas del templo de Apolo en Pompeya...

abundancia extraordinaria y comenzaba a cubrirlo todo. Crepítaban las techumbres de los templos y edificios públicos y con pavoroso estruendo se desplomaban. La multitud enloquecida por el pánico buscaba en los subterráneos refugios que se convertían en tumbas; se lanzaba al mar...

**

Muchos siglos permaneció ignorada Pompeya bajo un sudario de lava y sobre ella crecieron los ubérrimos viñedos y el pastor al apacentar su ganado, sacando notas a su instrumento primitivo, entonaba un himno a la vida sobre el más vasto y más tétrico cementerio.

Cuando Pompeya fué descubierta a la luz produjo en el mundo una emoción inmensa. No era un hallazgo arquitectónico o un simple despojo de arqueología; era toda una cultura, en sus más íntimos detalles, la que surgía después de estar sepultada diez y nueve siglos.

La civilización italo helénica aparecía de improviso a la avidez de los sabios y a la admiración de las multitudes y aparecía riente, sensual y depurada, y desde entonces el visitante que penetra en el recinto pompeyano, sea docto o indocto, es presa de la más intensa y más inenarrable de las sensaciones.

Al caminar por sus vías, viendo el título de una tienda o curioseando los anuncios pintados que aun se conservan en las paredes, en me-

dio del silencio sepulcral de una ciudad que no tiene vida y que fué sorprendida en pleno movimiento, parece que no nos hallamos solos sino que por el contrario, un mundo invisible e impalpable gira y se agita en torno nuestro.

Y al introducirnos en una de aquellas viviendas en cuyos muros aun la pintura se mantiene brillante de color, se entra receloso y coartado como si se temiera la incorrección de sorprender el hogar ajeno.

ANTONIO DE GOLLURI

**

Uno de los hallazgos más notables verificados en Pompeya es el del cuerpo completo de Plinio.

En los restos del gran naturalista y de las personas que le acompañaban, se ve una representación completa de una de las fases más patéticas del drama de la destrucción de Pompeya. Allí está Plinio rodeado de la aristocracia de Pompeya: hombres, mujeres y niños llevando sus alhajas y seguidos de esclavos y de los marinos de Plinio cargados de tesoros. Unos fueron sorprendidos por la muerte en actitud de terror, otros afrontaron su sino con serenidad y con valor. En aquellas trágicas actitudes los ha conservado la lava durante dos mil años.

Existe la leyenda de que la muerte sorprendió a Plinio cuando, atraído por su amor a la ciencia,

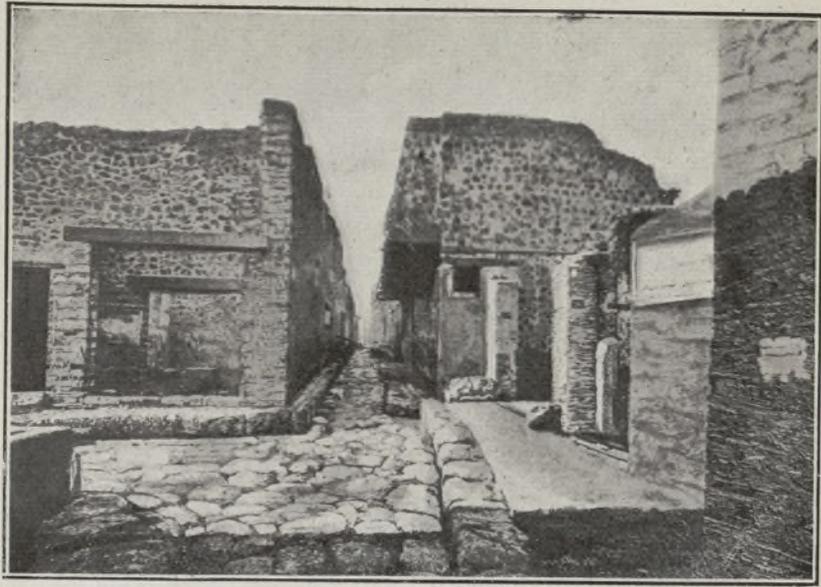


... permiten darse cuenta exacta de lo que fué tan bello edificio, cuya reproducción en dibujo ha sido escrupulosamente hecha según muestra el presente grabado.

se había empeñado en acercarse al lugar de la erupción que sepultó a Pompeya y a Herculano, para estudiarla. Su sobrino, en una carta que se conserva, dijo que Plinio, que en aquellas circunstancias estaba a bordo de su barco *Liburnia* mandando una escuadra, bajó a tierra principalmente para prestar socorro a las víctimas de la erupción y ponerlas a salvo en sus buques.

El interesante descubrimiento que se ha hecho ahora resuelve este problema histórico.

Por la clase de personas que acompañaban a Plinio en el momento de la muerte, se deduce que el gran naturalista debía estar en casa de su grande amigo Pompeianus, que era el hombre más opulento de Pompeya, o que desembarcó para auxiliar a éste, y naturalmente, a los demás vecinos de la ciudad. Al ver llegar la escuadra y desembarcar a Plinio y dirigirse a casa de Pompeianus, la gente principal relacionada con éste debió acudir a la misma casa, y las gentes se pusieron en marcha hacia la playa. Así se formó el grupo a que hemos hecho referencia, y que a juzgar por las joyas que adornaban a las personas, estaba compuesto de gente principal. Detrás de este grupo había otro compuesto de esclavos, y probablemente de soldados y marinos a las órdenes de Plinio, cargados con objetos de arte y piezas de plata, en las que todavía se ve la cifra de Pompeianus; se deduce que este segundo gru-



He aquí un aspecto típico de las calles de la actual Pompeya...

po era de gente humilde, porque junto a los cuerpos no se han encontrado monedas de oro, sino sólo de cobre y alguna que otra de plata, de poco valor. Plinio iba probablemente conducido en una litera, pues se han hallado junto a su cuerpo las piezas de bronce que la adornaban. Plinio ocupaba en el grupo el puesto de honor, y su cráneo es el de un hombre de superior inteligencia.

Plinio, que era conoecedor de nuestro país, pues estuvo en él desempeñando el alto puesto de procurador imperial, era un polígrafo de los más notables que han existido en el mundo, y en su vida desempeñó tanta variedad de funciones como diversidad de materias trató en sus escritos. Como

militar, recorrió la Germania hasta las fuentes del Danubio, y durante aquella guerra, escribió un tratado sobre el arte de lanzar el dardo a caballo. A los treinta años regresó a Roma, se distinguió como abogado y compuso una historia de las guerras de los romanos en Germania, un tratado que llamó *Studiosus*, y que sin duda dedicaba a la educación de su sobrino, Plinio el Menor, un *Tratado de expresiones dudosas*, una historia contemporánea en treinta y un libros, y por último, su famosa *Historia Natural*.

Esta es una verdadera enciclopedia que abarca casi todos los conocimientos de su tiempo y de los tiempos que le precedieron.

□□□□□□□□□□



... a través de cuyas ruinas puede recordarse como fueron estas calles cuando Pompeya era una ciudad viva y plena de animación.

Carlos de Habsburgo Rey de Szombathely



El ex-emperador de Austria al despedirse de sus fieles en Szombathely.

En nuestro número anterior dimos a conocer a los lectores unas ligeras notas acerca de la infructuosa aventura emprendida por el ex-emperador de Austria, para recuperar el trono de Hungría, aventura que fracasó más bien por el veto de las grandes y pequeñas naciones que por los anhelos del pueblo húngaro, cuyas simpatías por el régimen monárquico y por el ex-rey han sido bien palpables en los contados días que Carlos de Habsburgo ha convivido con sus antiguos súbditos.

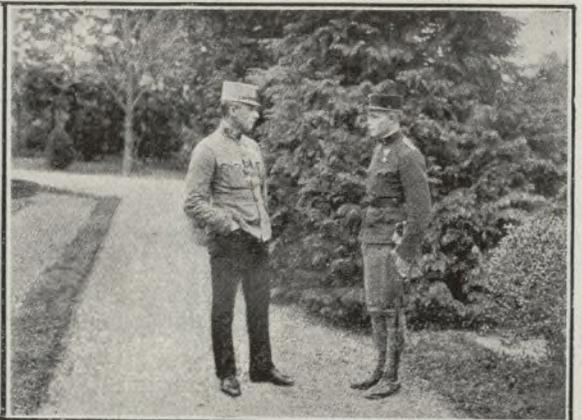
En el viaje de regreso hubo de detenerse el ex-rey en Szombathely—en alemán Steinamanger— a causa de un ligero enfriamiento con algo de fiebre, y aunque su estado de salud fué, al pare-

cer, un pretexto para no abandonar el suelo húngaro, más bien su detenimiento obedeció a las negociaciones entabladas con los gobiernos austriaco y suizo para establecer las condiciones del regreso a Suiza; pero, quizá, los partidarios de Carlos, aprovecharon esta detención para laborar en favor de la causa del desterrado, siendo los principales promotores del movimiento realista el conde Lehar, jefe de las fuerzas militares de la Hungría occidental y el conde Sigray, gobernador de esta provincia, movimiento en el que estaban comprometidos no sólo los habitantes de esta parte de la Hungría sino gran número de personalidades de la capital, que fueron a Szombathely a ofrecer sus respetos a Carlos de Habsburgo, que pudo en estos días acariciar la esperanza de regresar a Budapest al frente de un ejército leal y entusiasta.

Szombathely recibió y acogió a su regio huésped como se merecía por su alta alcurnia. Los edificios públicos y las casas particulares lucían colgaduras y el palacio arzobispal, convertido en palacio real, fué el sitio de reunión de palatinos y funcionarios que conspiraban para reponer a Carlos de Habsburgo en el trono de sus mayores.

El coronel Lehar publicó una orden general en la que se disponía que las tropas acataran y reconocieran como a su legítimo soberano a Carlos de Habsburgo. Idéntica orden tramitaba el arzobispo a sus feligreses y tal entusiasmo reinaba, que cada día era mayor el número de personas que se alistaban como voluntarios en las banderas realistas, hasta el punto de que se formó un ejército de cuarenta mil hombres, cuya fe llegó a la cumbre el día que el ex-rey revistó a sus tropas.

Mientras tanto, el regente, almirante Horthy, en Budapest, sostenía una lucha entre sus sentimientos monárquicos y las complicaciones internacio-



Palacio episcopal de Szombathely que fué durante breves días residencia real y centro de la Corte húngara. El coronel Lehar (el de la izquierda del segundo grabado) organizador del movimiento de restauración a favor de Carlos de Habsburgo,

nales que podrían sobrevenir con la restauración de los Habsburgos.

La pequeña *entente*, formada por Polonia, Checoeslovaquia, Rumanía y Yugoslavia, puso su veto e iniciaron algunos preparativos militares. Por otra parte, en París, la Conferencia de los embajadores, recordaba al gobierno húngaro los términos de su declaración del 4 de febrero de 1920, en la que se pronunció contra la antigua dinastía.

La Asamblea nacional madgyar, convocada en sesión extraordinaria, votaba una orden, protestando contra la subversión del régimen establecido.

En esta situación, Carlos de Habsburgo, a pesar de los consejos de los que le rodeaban, tuvo la habilidad y el talento de no obstinarse en pro-

Según las noticias, nada de algazara, ninguna alegría se reflejaba en los semblantes; un silencio respetuoso sólo interrumpido por los cánticos religiosos y patrióticos que de vez en cuando entonaban. Eran preces que elevaban al Altísimo por la desgracia que afligía al caído; eran notas valientes que llamaban a los héroes a luchar por la patria oprimida.

Las puertas del palacio permanecían cerradas y solamente se abrían para dar paso a las comisiones de militares, de funcionarios civiles, del clero, de todos los cuerpos constituídos que iban a rendir pleitesía al trono y a renovar sus votos de adhesión inquebrantable.

He aquí como narra un testigo presencial el fin emocionante de la aventura del rey de Hungría. Dan las diez en un reloj de la iglesia vecina. Es



Despedida tributada al ex-emperador de Austria al abandonar Szombathely.

seguir una aventura a todas luces perjudicial para él y para el país, y cuando la Asamblea nacional se reunió de nuevo para tomar otros acuerdos, el presidente del Consejo de ministros, conde Teleky, anunció oficialmente que aquella mañana Carlos de Habsburgo había abandonado el territorio nacional.

La noticia de la partida cayó entre los habitantes de Szombathely como una bomba y nadie quería darla crédito, pero el hecho era real y efectivo. Una muchedumbre enorme integrada por personas de todas las clases sociales, incluso de campesinos de los pueblos colindantes, se estrujaba en apretado haz en los alrededores del palacio, difícilmente contenida por las tropas que formaban un largo cordón.

la hora oficial de la partida y la ola humana se agita en bruscos vaivenes a duras penas contenida por los soldados, porque la hora fatal ha llegado.

Una de las cortinas del balcón principal ha sido levantada por una mano y los corazones dejan de latir unos instantes porque aquella mano se adivina que pertenece al ídolo. Efectivamente, una cara se arrima al cristal y aparece el rostro bondadoso del ex-rey. La muchedumbre, con estentóreo grito, que parece salido de una sola boca, dice ¡Viva nuestro rey! y sacudido el marasmo que invadía a aquella multitud no cesa de victorear al monarca, que abre el balcón y sale a recibir el homenaje de su pueblo. De un extremo a otro recorre el amplio balcón y con su mano

derecha en el kepis saluda a la frenética multitud, que no cesa de aclamarle.

Una banda de música toca el himno húngaro; los hombres se descubren, y millares de pañuelos se agitan en el espacio como bandada de palomas que levantan el vuelo. El himno patrio es cantado por todos y hasta el ex-emperador une su voz a la del entusiasmado pueblo.

Cuando se pierden las últimas notas en el espacio, se retira Carlos de Habsburgo del balcón entre las delirantes aclamaciones de su pueblo y al poco rato las grandes puertas del palacio se abren y en sendos automóviles aparece la comitiva del ex-emperador. En el último, acompañado del coronel Lehar y del conde Sigray, va Carlos de Habsburgo, vestido con el uniforme de feld-mariscal, y los vitores de la multitud, se repiten y numerosos ramos de flores caen sobre el regio automóvil.

En paseo triunfal llega la comitiva a la estación,

donde ya está formado el tren especial que ha de llevar al destierro a Carlos de Habsburgo. Un largo pitido anuncia que el convoy emprende la marcha, y la delirante multitud aclama nuevamente a su rey, mientras este saluda con la mano y a todos dice: ¡Hasta pronto!

Antes de arrancar el tren le fué entregado a Carlos el texto de la amnistía general concedida por el regente a todos los que, civiles y militares, habían tomado parte en el movimiento. A su vez el ex-rey dirigió un mensaje de despedida, en el que decía que se marchaba, porque el momento no era oportuno para recuperar el trono; pero que se consideraba como rey coronado de Hungría, por la voluntad de su pueblo.

Así es: la voluntad del pueblo húngaro se ha manifestado por su rey. Determinados vetos y actitudes de potencias interesadas han privado a Carlos de Habsburgo la regencia de su pueblo.

LA COMBUSTIÓN ESPONTÁNEA

Mucha gente sabe que si se amontona el heno un poco húmedo, al cabo de pocos días empiezan a desprenderse del montón columnas de vapor, y que si entonces se deshace la pila, se ve que la hierba del corazón está negra, y en algunos casos tan quebradiza, que puede ser triturada con sólo la presión de la mano. Y llega a suceder que si la hierba se amontona con demasiada humedad, se enciende, se consume lentamente, y cuando el aire exterior alcanza a la masa incandescente se alzan grandes llamas.

Lo mismo que con el heno, ocurre con otros muchos materiales que también se incendian espontáneamente cuando están apilados. Muchos incendios de barcos han tenido su origen en la combustión espontánea del algodón que llevaban en los sollados, y no pocas fábricas se han quemado por descuidar las balas de algodón impregnado de aceite, porque el algodón humedecido con cualquier clase de grasa animal arde espontáneamente. Cualquier tejido de algodón mojado en aceite de linaza hervido y trementina a partes iguales, se incendia en el transcurso de pocas horas si está expuesto al calor, por suave que éste sea.

Existen dos clases de combustión espontánea: una la produce la fermentación y otra el calor engendrado por combinaciones químicas. El recalentamiento de un montón de heno ensilado se debe a la primera de las causas citadas.

La combustión espontánea ha sido causa de graves desastres, como por ejemplo, el ocurrido en Londres el 22 de Junio de 1861, donde se incendiaron los muelles de descarga de algodón. Fué aquél uno de los incendios más importantes de todos los ocurridos en la capital de Inglaterra, pues no obstante los desesperados esfuerzos que se hicieron para combatirlo, se tardaron cuatro semanas en extinguir totalmente tan enorme masa ígnea, y las pérdidas ascendieron a diez millones de duros.

En cuanto a la otra forma de combustión, la combustión química que incendia el carbón blando, puede tener cualquiera un ejemplo exponiendo al sol fuerte una cerilla de las llamadas de luz de bengala. También suelen incendiarse las cerillas ordinarias de fósforo cuando se ponen al sol para que se sequen.



LOS MODERNOS HELICÓPTEROS

El helicóptero, cuya concepción es bastante antigua, ya que data del año 1500, ha sido acogido nuevamente con cariño por los inventores, para evitar el inconveniente gravísimo del brusco aterrizaje que hacen los aeroplanos, y que da origen a la mayoría de los accidentes, puesto que como sólo se logra su sustentación mediante una gran velocidad, que ha de disminuir para tomar tierra y cortar los rebotes y los largos y peligrosos recorridos en el campo de aterrizaje, con perjuicios de la sustentación y riesgo de un desplome.

Para evitar estos gravísimos inconvenientes se ha recurrido al helicóptero. Hasta ahora los dos aparatos que parece han de reunir las condiciones apetecibles son los inventados por el ingeniero argentino Marqués de Pescara y el del francés M. Estienne Oehmichen, que fué durante la guerra ayudante técnico del general Estienne.

Con el primero, que ha sido comprado por el gobierno francés, ha hecho su inventor en Barcelona unas pruebas precisas para medir la fuerza ascensional por caballo, haciendo alcanzar el helicóptero sobre tres pies dinamométricos, y en practicar otras mediciones.

En el aparato Pescara, se levanta encima de la barquilla un mástil vertical que sirve de eje a dos hélices constituida cada una por doce palas repartidas en dos planos paralelos, seis por plano. Las hélices giran en sentido contrario gracias a un juego diferencial, parecido al que llevan los automóviles en su eje posterior, pudiendo variarse a voluntad su velocidad de rotación, aunque conservando siempre ambas entre sí la misma. La posición normal de las veinticuatro palas de las hélices es horizontal; pero se puede hacer que tomen todas simultáneamente una inclinación mayor o menor, para cambiar el ángulo de ataque,



El helicóptero con su nuevo aparato estabilizador volando a tres metros de altura.

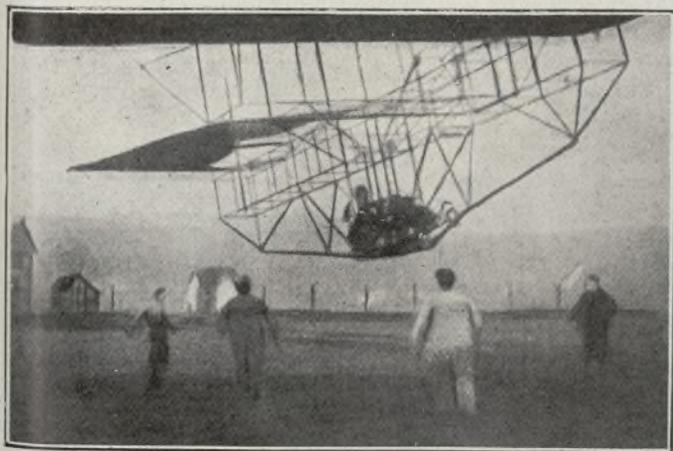
y también pueden alabearse sus extremidades, lo que sirve para hacer que el eje de las hélices y el aparato tomen una posición inclinada, y por lo tanto, que el movimiento no sea simplemente vertical sino inclinado, pudiendo llegarse, aumentando el alabeo de los extremos de las palas, a que sea más importante el movimiento de traslación horizontal que el de elevación, como ocurre en los aeroplanos. Para virar bastará accionar sobre el alabeo de una hélice sin tocar al de la otra.

El inventor ha calculado que se podrá obtener una velocidad máxima de 70 kilómetros por hora, que con mayor potencia en los motores alcanzará 120 kilómetros.

Las pruebas se verificaron con un aparato de 700 kilogramos, y motor de 16 caballos de fuerza, teniendo en construcción otro aparato de 600 kilogramos, con un motor de 110 caballos en el cual se propone realizar pruebas de vuelo.

Las mayores ventajas de los helicópteros es que se consigue aterrizar en espacios de reducidas dimensiones, sin ser necesarios los grandes aerodromos.

En el helicóptero Pescara el descenso, como el ascenso se hace en sentido vertical, disminuyendo el ángulo de inci-



Momento culminante en que el helicóptero, por el esfuerzo de sus hélices combinadas se despegó del suelo.

dencia de las palas de las hélices, conservando el motor en movimiento y logrando así reducir la velocidad de bajada hasta que la barquilla toque dulcemente en el suelo.

Uno de los graves inconvenientes de los helicópteros es el descenso en caso de avería, pues careciendo del recurso de las grandes alas, cuya superficie de sustentación permiten el vuelo planeado, el aviador no cuenta con ningún medio para evitar estrellarse entre el suelo.

El Marqués de Pescara remedia esta peligrosa dificultad, haciendo que la fuerte corriente de aire que el helicóptero produce al descender se aproveche para hacer girar las hélices, frenando la bajada y haciendo que la velocidad de caída no exceda de 10 metros por segundo, que se amortigua todavía más en

el momento del aterrizaje, porque el aviador debe maniobrar con rapidez la incidencia de las palas, cambiándolas de sentido, con lo que, provocando una pequeña reacción ascensional, detendrá un momento el aparato y hará que no choque al tomar tierra.

El invento francés tiene algunas notables diferencias en el de Pescara. El cuerpo del helicóptero de Oehmichen, así se llama el inventor, está formado por una armadura de listones de 10 metros, próximamente de largo, por uno de ancho, y 2,50 de alto sobre la cual y en cada extremo se encuentran dos hélices montadas de manera que

giran en sentido contrario, accionadas por un motor de 2,5 caballos.

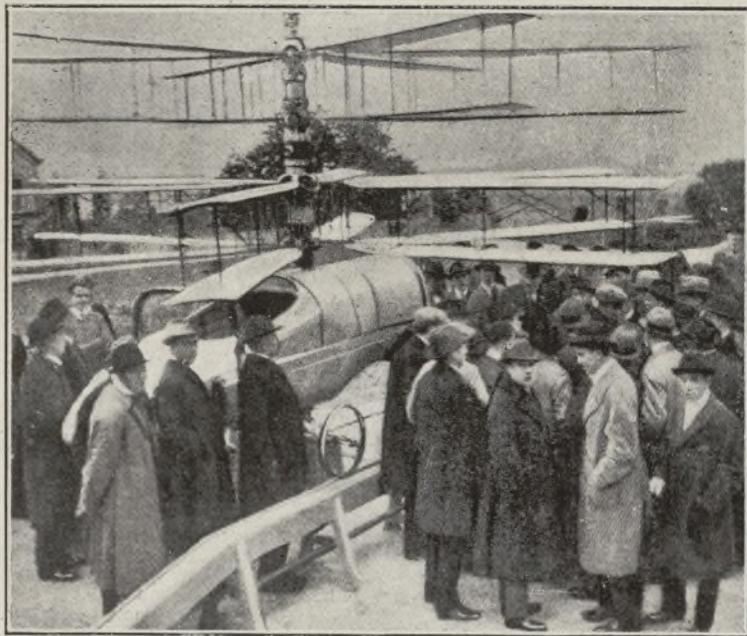
Estas hélices ofrecen tres particularidades notabilísimas inspiradas en detenidos estudios hechos del ala y vuelos de las aves, de ser anchos y alabeados hacia la base para terminar en punta en el extremo opuesto, lo que le da cierta semejanza con las alas de los pájaros. Entre las

dos hélices se encuentra un pequeño globo cilíndrico, de 144 metros cúbicos, inflado de hidrógeno cuyo objeto es ayudar a que el aparato se levante del suelo y a servir de estabilizador en el aire, ya que su fuerza ascensional es insignificante.

El autor piensa, en ensayos sucesivos, sustituir esta especie de flotador aéreo por un estabilizador de pequeñas dimensiones y sin ninguna fuerza ascensional.

El primer ensayo fué bastante satisfactorio, puesto que el helicóptero se elevó del suelo unos dos metros y posteriormente, en otros vuelos que efectuó el inventor, con viento muy duro que provocaba violentas inclinaciones, consiguió mantenerse 48 segundos en el aire, subiendo tres metros.

Estos éxitos son bastante lisonjeros, para aparatos que aun, pueden decirse, están en estado embrionario, y no tardará mucho tiempo que el helicóptero venza al aeroplano, que quedará relegado a segundo término.



El aparato Pescara tiene un mástil vertical que sirve de eje a dos hélices constituidas por doce palas, repartidas en dos planos paralelos.





El hombre que vió al diablo

Historia que parece cuento, pero que no lo es.

I

El lugar del suceso.

En la ancha llanura de Castilla y junto a la fecunda Alcarria, oculta por el sur tras elevada línea de montañas y asomando su imagen al río que lame las escarpadas pendientes de los montes, se alza silenciosa y augusta la aldea, por muchas razones célebre, que tembló aterrada por el hecho que voy a relatar.

Dedicada a su trabajo, agrícola en su mayoría, permanece alejada de movimientos sociales y políticos, atenta sólo a su prosperidad y su riqueza. Y Dios premia largamente el trabajo honrado, dando crecidas cosechas que permiten a sus habitantes tener el bendito pan que llevarse a la boca y las sabrosas patatas con algún tropezón de carne, no de las de peor calidad. Viven en paz los antiguos castellanos y jamás hay que contar tragedia alguna que conmueva la tranquilidad del poblado, ni altercado ni riña, que todos se llevan bien y respeta cada uno lo que es del vecino.

Tiempos corren ahora que todo lo turban, así las costumbres como las conciencias, y los tranquilos vecinos de la ciudad, arrastrados por predicaciones revolucionarias, van pensando en eso que dicen de las reivindicaciones; algunas fábricas que se van estableciendo, pagando jornales superiores a los del campo, hacen nacer la codicia y el egoísmo; con la falta de brazos sube su valor, vienen las peleas, las discusiones, las riñas; con el aumento de dinero se busca en qué emplearlo, y empieza la timba, y con ella los disgustos y el hambre; y la mezcla de elementos forasteros, sembrando semillas hasta entonces desconocidas, completan la serie de circunstancias que han de acabar con la tranquilidad del pueblo, el bienestar de las familias, las honestas recreaciones domingueras de los castellanos...

Pero aún dominan las buenas costumbres cuando esta historia empieza.

II

La casa del señor Pedro.

Hombre de buenas costumbres es este señor Pedro. Vive honradamente con su mujer y un hijo pequeño, y regenta «A la buena sopa», un bodegón o taberna, venta o casa de comidas, restaurant o posada, que de todas estas cosas tiene el establecimiento donde vive, y por modesta pensión dá de comer a quien honrar quiere su casa. Desde el popular plato de judías con chorizo, en cuyo guiso tiene especialidad la señá Milagros, hasta el elegante pollo con tomate o el conejo guisado, la perdiz o la gallina en pepitoria, todo se sirve en aquella casa. Y para la debida separación de clases, cuenta con un portalón sombrío y húmedo para la gente del bronce que apura soberbios copazos de lo tinto mientras juega al mus o al dominó; cuartos interiores decentemente servidos, para la clase media que se regodea con su buen guisado o los sabrosos caracoles, y señoriales aposentos, en el principal, con buenas mesas, cortinas y otros requilorios, destinados a los ricos que honran al señor Pedro con su visita para holgarse una noche y llenar sus estómagos con el sabroso condimento de la señá Milagros.

El matrimonio es prudente y discreto; no ve nada de cuanto ocurre a su alrededor, y atentos a su negocio, mientras ella guisa y él hace reverencias a los grandes señores, redondean su saneadito capital que el día de mañana será para el pequeño, fruto de aquel feliz matrimonio.

Y con la conducta explicada, hábilmente seguida, todos conocen, quieren y respetan al señor Pedro,

por ser su casa mansión del orden y de la hospitalidad.

III

Empieza la intranquilidad.

He aquí que todo sonreía a los dueños de «A la buena sopa», cuando el sarampión eligió entre sus víctimas a Pedrito, nombre que lleva el hijo del señor Pedro.

Desde el punto y hora en que la enfermedad comenzó, nadie vivió tranquilo en aquella casa: los padres sollozaban affigidos, los criados presentaban unas caras largas y amarillas por el insomnio y el cansancio; la señora Milagros lloraba y lloraba sin consuelo viendo a Pedrín rojo como una amapola, con la mirada inquieta y velada, consumido por la fiebre... Los parroquianos no eran atendidos como debía, pero ellos, hechos cargo de la situación angustiosa de la familia, no sólo perdonaban, sino que acompañaban a los padres en sus ratos interminables de desconsuelo y de pena.

La madre rogaba a Dios, mas el padre, viendo lo poco que su mujer obtenía de sus devociones, empezó a dudar, desconfió de los santos, y en sus noches de vagar como una sombra por la casa, durante la gravedad del chico, lanzaba al cielo miradas iracundas de las que pronto se arrepentía; lo que no era obstáculo para repetir las momentos después cuando pensaba que podría faltarle su niño.

El cual niño tan grave se iba poniendo que el médico pidió una consulta, y de ella resultó un pronóstico desesperante: no tenía salvación la criatura.

Y el señor Pedro, que siempre había tolerado las creencias religiosas y hasta alguna vez rezó en sus momentos de apuro, salió del aposento loco de ira, paseó por galerías y corredores blasfemando y pateando con furor, y en tal estado se hallaba que, más que hombre, parecía una furia suelta de los mismos infiernos. Y en el colmo de su desesperación, ciegos sus ojos y su inteligencia ante el dolor inmenso, rasgó con un cuchillo un lienzo hermoso que representaba a San Antonio y que de luengos años presidía la sala de la casa.

El ruido que hizo el cuchillo al rajar la santa imagen aterró al señor Pedro; su sangre se heló en las venas; cayó desfallecido, acobardado, temeroso al castigo divino... y allá quedó en el fondo de la sala sumido en la obscuridad y asaltado por extrañas y horriboras visiones...

A la madrugada, Pedrín entraba en la vida eterna apagándose su existencia como la de un angel que entrega su alma a Dios.

IV

Después de la muerte.

Han transcurrido ocho días desde la muerte de Pedrín. Los padres, inconsolables, gimen sin cesar y buscan el uno en el otro alivio para su pena. Pero el señor Pedro es más desgraciado: al dolor por la pérdida del hijo une su espanto por el sacrilegio cometido; espera resignado el castigo, mas no por eso

disminuye su pavor; no se aventura solo en ningún sitio por miedo a su conciencia, a las apariciones que ve en sueños amenazándole duramente por su villana acción, y no es vivir la vida que lleva el réprobo desde aquella noche fatídica.

Mas el tiempo pasa y, como buen sedante que es, va entibiando la pena de la muerte y el miedo al castigo; la madre sonríe alguna vez lánguidamente mientras revuelve en la sartén las frituras para el colmado, y el señor Pedro dialoga ampliamente con los parroquianos, entre sorbo y sorbo de vino, limpiando con el dorso de su mano alguna lágrima que resbala por la mejilla. Y poco a poco renace la tranquilidad en aquel hogar visitado por la muerte. Solamente, en las noches silenciosas, el mesonero ve entre sueños figuras misteriosas vueltas en confuso desorden, que bailan trágica danza en la obscuridad haciendo gestos siniestros en que muestran sus bocas desdentadas, le apuntan con el dedo, le tiran del cabello, y toda la tramoya es dirigida por un diablazo negro y feroz que da al señor Pedro fuertes golpes con el rabo y que, por último, se le líaa al cuello prometiendo ahogarle... Y entonces se despierta el des-



graciado, despavorido, inundado en sudor, sin respiración, abriendo los ojos con ansia para convencerse de la realidad.

Y las noches transcurren horribles sin que se atreva él a comunicar sus pesadillas a la señá Milagros ni a los amigos, por temor a que le llamen cobarde, o tomen a risa lo que tanto le aterra.

V

Aparece el diablo.

Una noche del invierno, fría, lluviosa y de fuerte viento, como todas las elegidas para sus hazañas por los trasgos, brujas y fantasmas, jugaba el señor Pedro al mus haciendo el cuarto a unos asíduos parroquianos. Era lugar de la escena el hosco portalón destinado a estos juegos, y una misera luz junto al techo, alumbraba débilmente el aposento. Tras unos envites afortunados y mientras se barajaba, salió el señor Pedro al corral a efectuar cierta operación que requería su presencia; cerró la puerta; sus contertulios hablaban y discutían jugadas.

De pronto oyeron una gran voz: ¡Socorro! ¡El diablo!—Después lamentos entrecortados, y al salir los jugadores al corral vieron en el suelo al bodegonero echado boca arriba con una herida profunda sobre el corazón, que manaba sangre en abundancia.

Alguien creyó ver una sombra que huía saltando la tapia, y al escuchar el relato del herido se sintió horrorizado.

Poco vivió el señor Pedro: declaró como pudo que al salir al corral se vió acometido por un diablo enorme, feroz, negro como un mono, con un rabo de a legua, como el que veía en sueños; el tal diablo le agarró por el cuello, le dijo no sabía qué palabras, clavó en su pecho sus afiladas garras y huyó presuroso dándole un fuerte rabotazo...

Murió el hombre arrepentido de las culpas con-

traídas con San Antonio y horrorizado por la visión diablesca que le asesinó...

VI

Epílogo.

No hacía falta epílogo después de lo relatado, pero se escribe para poner las cosas en su lugar y separar las hablillas del vulgo de las realidades de la vida.

El juez encargado de dilucidar los hechos, curioso y descreído como todos los jueces del mundo, que no se fían de brujos ni diablos, averiguó con arte exquisito que la señá Milagros, remilgada y honesta matrona que siempre vivió decentemente, estaba en amores con un maquinista de una fábrica nueva en el pueblo, y la señora, bonitamente y sin preocupaciones, ponía en la picota la honra del confiado marido. Aprovechaban para verse las ocasiones en que el señor Pedro estaba ocupado en sus menesteres comerciales, y la noche de autos, cuando la víctima salió al corral, descendía al mismo, después de escalar un muro, el galán de Milagros. Visto el tabernero por el ladrón de su honra, creyó éste que andaba aquél vigilante, y sin más averiguar y por sacar limpio su pellejo, arremetió contra Pedro hiriéndole de muerte y huyendo veloz por el camino que trajo.

¿Vió el muerto quien le asesinó? ¿Creyó efectivamente que era el diablo, obsesionado por sus constantes alucinaciones? ¿Quiso salvar su honra, creyendo que se llevaba el secreto al otro mundo? Misterio es éste que sólo Dios sabe. Pero quedó aclarado el tenebroso asunto que puso en conmoción a la aldea que se miraba tranquila en las aguas de aquel río, dedicada a sus labores agrícolas, antes de la implantación de las industrias, y con ellas, las doctrinas sociales, las timbas y los amores ilícitos...

EL CAPITAN CRISPÍN.

Hablan los Héroes

(Soneto que su autor quisiera esculpir en el pedestal que a los héroes anónimos del Carmen dedicará Zaragoza.)

Madre del alma, dulce hermana mía,
hijos dilectos, adorada esposa,
trocad el llanto en oración piadosa
por la gloria perenne de aquel día.

La patria que a los buenos se confía
rindencs hoy su ofrenda religiosa,
y es vuestro amor, hermanos, una rosa
sobre el dolor de nuestra tumba fría...

Defender de los locos o traidores
el tesoro inmortal de los mayores
digno es de todo sacrificio cruento.

¡Benditos hijos que en la hispana historia
de flores coronáis nuestra memoria
y de lauros el patrio monumento!

José FONDEVILA

COSAS MILITARES

LOS INCLUSEROS

El calificativo arraigó presto por la gracia ingeniosa de su significado, en recuerdo perenne del parco léxico del coronel bonachón que regía, por aquel entonces, los destinos del docente centro.

¡Los incluseros! Leed, leed y os explicaréis claramente el porqué de este mote que a tantos nos cogía.

Antes, permitid al narrador que haga un poquitín de historia, siquiera la precisa para ponerlos en antecedentes, y llegar a la frase de autos.

En una Academia especial, ligada a mí por juveniles e indelebles recuerdos, hubo un coronel director anátesis de Cicerón en cuanto a elocuencia, que hablaba poco por dificultades de expresión y que, en consecuencia a este obstáculo, equivocaba con frecuencia los conceptos, tergiversándolos, al par que su canosa y puntiaguda perilla temblaba de sincera y paternal emoción.

Para nosotros sus subordinados era un padre amantísimo, cuyas reprimendas tenían más de familiares que de tiránicas.

No puedo olvidar el día en que nos reunió en su despacho para reprender nuestra desaplicación y nuestra extraviada conducta a varios de los más recalcitrantes en *perdigonescas* aficiones. Se trataba de castigar con una rotunda chillería la holganza perenne demostrada por varios en los exámenes de medio curso; llegó el instante de concretar la reprensión en un sempiterno vago, cuya listeza, reconocida entonces, hoy tiene fama legítima y consolidada; nuestro amigo había sido calificado en una asignatura con la ínfima nota de 0,50, en castigo a su incorregible holganza; pero el coronel, al leer las conceptuaciones, temblándole como siempre la enhiesta perilla, en lugar de cincuenta céntimos dijo cincuenta céntimos.

—Vamos a ver, señor (aquí el nombre del interpelado); ¿esta esto claro? ¿Por qué le han dado a usted cincuenta céntimos?

—Mi coronel; a mí no me han dado esos *dos reales* que usfa dice.

Carcajada general, y como corolario, el dialogante y otros varios, entre ellos el que suscribe, sentenciados fatalmente a unos cuantos días de reclusión.

En un discurso dijo el inolvidable jefe que las cuatro terceras partes del cuerpo peleaban honrosamente, a la sazón, en Cuba y Filipinas.

Otra vez demandé en nombre de todos los arrestados perdón general, en un sincero pésame epitalámico, y por confusión, o por castigo a mi retozona mu-

sa, conseguí el indulto para todos... menos para mí.

Por el consabido y riguroso turno de antigüedad, un coronel había sido ascendido recientemente al generalato, y como realización, acaso, de una promesa, vistió por vez primera el uniforme al que ceñía la rojiza faja de seda, para visitar las aulas queridas que le iniciaron en los secretos técnicos de la profesión.

Muy ufano de su anhelado progreso en la carrera, llegó al marcial edificio que rememoraría su pujante mocedad, y acompañado de su camarada y amigo, recorrió gabinetes, tomó asiento en las clases en que un tiempo sufrió las emociones cadetiles, visitó la biblioteca, examinó proyectos y modelos, vió funcionar aparatos y máquinas, contempló la ligera marcha trepidante de una locomotora liliputiense y admiró los progresos que las ciencias al servicio de la guerra habían hecho en el transcurso de siete lustros; progresos que, por otra parte, conocía el sabio y prestigioso general muy sobradamente, por ser notorio que en ese lapso de tiempo no abandonó su amor al estudio y su legítimo afán de arrancar a la técnica marcial sus más recónditos secretos.



En aquella memorable mañana quiso rememorar sus azares de estudiante, añorar días de juventud, recordar los nerviosos momentos de hincar el diente, entre clase y clase, a la clásica tortilla, mientras descifraba una integral rebelde o buscaba la solución de una fórmula química.

En todo el tiempo transcurrido no había vuelto el visitante por la vetusta ciudad que conquistara Alfonso VI, y sólo al ceñir la faja emblemática del alto mando cumplía la oferta de saludar en aquellas cátedras severas, perennes laboratorios de la ciencia y del honor, a profesores respetados, admirados y queridos, que yacían en el sueño eterno, y a camaradas que fueron cayendo en surcos de dolor o de gloria, en el continuado batallar de la vida.

Por la tarde quiso conocer a los subordinados futuros, a los continuadores de una tradición gloriosa que él cultivó con fe arraigada y entusiasmo vibrante en toda su vida, consagrada al esplendor de un ideal cumbre.

Y ahora deduzco, antes de poner colofón a mi relato, que por hoy me puse harto serio en mi narración. Disculpa tal seriedad, lector respetado, y ten en cuenta que si el horno no está todos

los días para bollos, la mente tampoco está todos los días idénticamente retozona.

Aquella tarde, volviendo al interrumpido relato, nos reunimos por orden superior en el salón de retratos, o salón de actos de la Academia, para ser presentados al nuevo general.

Llegó éste acompañado de nuestro coronel, y después de los discursos de rúbrica, breves y afectuosos, nuestro jefe llamó por su nombre a unos cuantos y los presentó diciendo: el hijo de Fulano, el sobrino de Mengano; este es el chico de nuestro compañero Zutano; aquese otro es el vástago más pequeño de Perengano, y cuando se le concluyó la tanda de presentados, paseó reiteradas veces la mirada por las filas, y muy convencido dijo al general:

—Los demás no son hijos de padres conocidos.

Ahora os explicaréis porqué nos denominábamos «Los incluseros».

Aurelio Matilla

Notas

:-:de África:-:

Entierro de un heroe

Arrastrado por la muchedumbre, no sé cómo, me encuentro a la entrada de un grande y destaralado edificio; a la puerta unos pintorescos soldados indígenas pasean con el fusil al hombro y alrededor mío discurren varios grupos que van engrosándose con nueva gente que llega.

Todos llevan diversos uniformes, cuelgan pesado sable, calzan guantes y en sus caras se ve un rasgo semejante, parece que a todos les martiriza la misma preocupación, dijérase que cada uno de ellos es parte interesada en la pena que sin duda allí los reuniera.

Unos secos y rudos golpes de martillo sácanme de mi abstracción y únicamente entonces, al verme envuelto en aquella turbamulta de gente entristecida, es cuando mi espíritu se inquieta, e indago el objeto de tal manifestación, el motivo de aquellas ceñudas caras, y lo que aquellos golpes que a todos han sobrecogido pudieran significar que así repercuten en el ánimo de aquel puñado de bravos que no acostumbran a impresionarse con el bronco bramido del cañón. Es que ha muerto un héroe y lo llevan a enterrar.

Llevado a hombros de ocho compañeros sale el féretro portador de un oficial, caminante hacia su última morada. ¿Su nombre? poco importa; es uno de tantos como van regando a costa de su sangre las yermas tierras africanas.

La fúnebre comitiva se pone en marcha y únicamente interrumpe el silencio sobrecogedor de los acompañantes, los cantos gregorianos con que la Iglesia encomienda el alma mientras trasporta el cuerpo.

Es un entierro vulgar, como todos; llegóse al cementerio y allí quedó para siempre aquél héroe

de 22 años, muerto defendiendo su patria cuando la vida le sonreía; juventud, fortuna y hasta los grandes ojos de una bella a la que días antes enamoraba con su decir galano.

El primer día su nombre ha ido saltando de boca en boca, mientras se esparcía la noticia, y todos tenían para él un elogio, una frase de piedad, al recordarle decidior, alegre, bullicioso.

Han pasado unas horas de su entierro y ya nadie le recuerda. Los amigos, las muchachitas, que un momento le compadecieron, no tienen tiempo para, abriendo un paréntesis en sus alegres diversiones, pensar en éste compañero, que fué de sus alegrías.

La prensa ha dado la noticia escueta, como si morir en holocausto de la Patria, no mereciese más que las cuatro frías líneas conque se comenta un gran atropello de automóvil. Pero, verdaderamente estas tierras africanas, están tan alejadas que la gente enfrascada en sus negocios, ocupaciones y quehaceres no tiene tiempo para pensar en esto y... un muerto más que importa a nadie.

Únicamente perdurará el recuerdo del valiente soldado allá en un rincón de pobre aldea o de populosa ciudad donde una cabeza blanca servirá de marco a unos ojos en otro tiempo negros y hoy rojos por el llanto y quién sabe, no todos tienen esa suprema dicha, si una encantadora muchachita derramando también precioso caudal de lágrimas hará que sus ojos copien el rojo ceceza de sus bellos labios, sus ojos más echos para brindar acariciadoras promesas que para llorar irremediables desgracias.

JAVIER ORTIZ TALLO



CUENTOS DE LA ALDEA

LA RECETA



Terminaba D. Lino de cenar, descortezando, cachazudo, un trozo de queso. Román, su hijo único, ya había salido de ronda como todas las noches.

El bueno del médico rural oía complácido el tic-tac del vetusto reloj de pesas que después de un corto carraspeo había dejado escapar lentamente diez sonoras campanadas.

—A las diez en la cama estás—pensó nuestro hombre.

Una criada vieja entró en el comedor. Habían precedido a su entrada rumores de voces en el zaguán y sordos gruñidos de *Lucero*, que olfateó gente extraña.

—Que vaya usted a en casa de tío Gervasio.

—¿Qué pasa?

—La su chica, la Tiodora, que está a morir.

—Vaya por Dios.

Y levantándose perezosamente y echando una sig-

dría suficiente, que bien rico era el autor de sus días. Ya había ido algunas veces a Castilla y hasta se había internado en Portugal a comprar ganado en las ferias, y buena maña se había dado siempre, haciendo el negocio tan bien como pudiera hacerlo el mejor tratante. ¡Vaya si era listo y sabría vivir el mozo!

Pero aquello no disculpaba ciertamente los extravíos juveniles—así los llamaba sencillamente don Lino—del chico. Allí donde había faldas, allí estaba Román; cada día tenía una novia distinta, cuando no tenía dos a la vez. Su cabeza, en achaques de amorios, era una devanadera, y con su modo de ser se hallaba en guisa de no sentarla nunca.

Filosofando y hasta articulando algún ¡porral! entre dientes, llegó el bueno del médico a la casucha de tío Gervasio. En el silencio de la noche resonaban los gritos que daba la paciente. Empujó la puer-



nificativa mirada a la cama que en la alcoba inmediata al comedor parecía guardarle amorosa, cogió la capa que estaba en el sofá y salió de la casa.

Conforme caminaba por las calles tortuosas alumbradas por la luna que en lo alto de la bóveda obscura del cielo se erguía majestuosa, iba dando vueltas en su magín, despabilado ya de su soñarrera, a la *cuestión* de su unigénito, que le tenía frito a disgustos. A pesar de todo, su bondad de padre encontraba disculpa, y bien lógico era lo que sucedía.

El muchacho era guapo, bien plantado, arrogante. Un real mozo. Además—la vanidad paterna lo reconocía—era listo, muy listo. Precisamente por serlo no había querido estudiar, pues veía bien marcado su derrotero desde el día fatal e inevitable en que su padre le faltara... Cuidar la hacienda que heredase y administrarla como Dios manda. Con eso ten-

dría del zaguán a tiempo que murmuraba obsesionado con las picardías de su hijo:

—Decididamente, le caso, sea como sea.

—Tía Remigia, la madre de la enferma, salió a su encuentro.

—¡Ay don Lino de mi alma! ¡Ay qué dolor de hija, que me se muere!... ¡Ay la mi Tiodora!...

Don Lino, acostumbrado a los espavientos que hacían las mujerucas del pueblo por cualquiera pequeñez, no hizo caso de la madre. Entró en la alcoba y se acercó a la hija, que en aquel momento, acostada en la tarima de madera, aparecía más tranquila. No hacía falta ser muy lince para comprender que la muchacha acababa de sufrir un fuerte ataque de nervios. El médico, con la mayor cacheza, se puso a

reconocerla, y al cabo, una sonrisa maliciosa se dibujó en sus labios... Aquello indudablemente era un reflejo de la enfermedad que padecía la moza, curable a plazo fijo.

Mientras la madre hipaba en un rincón, y tío Gervasio, algo más tranquilo con la visita del médico, liaba un cigarro en la cocina junto al hogar, D. Lino acercó su cara a la de la chica, y los dos musitaron un diálogo, que no por ser breve dejó de ser elocuente... ¡El autor de la *hazaña* era el tunante, el mujeriego, el mala cabeza de Román!

Quedó un momento perplejo el anciano discípulo de Hipócrates... La Teodora era una infeliz, una santa, un pedazo de pan, capaz de hacer la felicidad de un hombre, bien lo sabía él; la conocía desde que

era pequeña, y sus padres tan buenos eran como honrados y pobres. Ya estaba él harto, ¡qué porral, de los devaneos de su Román.. Lo pensó súbitamente, y para no arrepentirse de su resolución dijo en voz alta a la vieja, que seguía gimoteando:

—No se apure, tía Remigia, que esto de la Teodora no será nada malo.

—Pero ¿no le hace usted ninguna receta? Miste que se pone mu mala cuando la da el ataque.

—La receta la traerá mi hijo.

—¿Román?

—Sí... ¡Cuando traiga los papeles para casarse con la muchacha!...

FEDERICO REAÑO

DESDE MARRUECOS

UN "CASO," DE GRACIA

Hay individuos de buen humor que no conceden gran importancia a la vida, y procuran divertirse por todos los medios a su alcance.

Esto es una cosa muy natural. Si en el trajinar diario y en los ratos que la salud—no siempre equilibrada—y los padecimientos morales nos dejan libres, no hubiese la alegría de una *canita al aire*,—la sonrisa de una copa de vino, el encanto de unos labios rojos de mujer—sería cosa de pedir el pasaporte para la otra vida.

Recientemente, y con motivo de varios sucesos que aquí han tenido lugar, se dictaron por las autoridades militares muy severas órdenes para que a la hora reglamentaria no circulase la tropa por el pueblo, bajo amenaza de unos días de calabozo, que maldita la gracia que hacen a cualquiera.

Los asistentes, ordenanzas y demás individuos con destino, si tenían necesidad de hacer cualquier encargo a horas extraordinarias debían—y deben—ir provistos de un pase en el que se acredite la comisión que van a desempeñar, para que el oficial o sargento de vigilancia no los detenga.

Anoche, los asistentes de dos capitanes de las tropas de Policía Indígena que están destacados en el campo, proyectaron echar una *canita*.

Pero en seguida cayeron en la cuenta que no podían hacerlo... Las calles centrales y la barriada de Nador,—donde está el jardín de Venus,—están muy custodiadas.

Había que cavilar... y resolver como se las ingeniarían para esquivar la vigilancia.

—¡Ya está!—se dijeron.—Nos vestimos con la ropa de nuestros capitanes!

Y se pusieron dos flamantes uniformes de nuevo modelo, con sus correages, sus medias botas... y la pistola al cinto.

¡Y ¡hala! hacia Nador a partir corazones sin temor a nadie. ¡Cualquiera tosía a los dos flamantes capitanes!

Sino que los muchachos no las llevaban todas consigo y tenían su mijita de miedo, que ya sabemos es libre y gratis.

Llegaron a un «nido de alondras». Tomaron precauciones para llamar.

Y salió una linda muchacha a recibirlos.

—Oye, nincha, ¿hay oficiales?

—Sí; uno hay...

Y el uno era... ¡el oficial de vigilancia... que al oír la *preguntita* salió a ver quienes eran.

Más muertos que vivos los *dos capitanes* se echaron a temblar, delatándose sin hablar siquiera.

El oficial los cogió por una oreja dándoles dos coscorrones—a pesar de su inferior categoría—y los llevó al calabozo del Principal donde pasaron la primera noche del ascenso... con el nuevo uniforme.

LOPEZ RIENDA.

Larache, marzo.



frases y frasecillas

Sabe más que Lepe.

Todos, altos y bajos, grandes y chicos, nobles y plebeyos, pobres y ricos—esto parece un contable— todos, repetimos, estamos hartos de oír hablar de la sabiduría de Lepe. Lepijo y su hijo. Y todos o casi todos, ignoramos quienes eran esos apreciables ciudadanos.

Nuestra erudición trató de manifestarse *una vez más* y estábamos dispuestos a echar el resto, pero he aquí que después de incasantes y prolijas investigaciones, nos hemos quedado en ayunas respecto a Lepijo y a su señor hijo, y es una verdadera lástima: pero ¿qué vamos a hacerle? La cosa es para sentirla pero no para llorarla.

Don Pedro de Lepe fué un célebre Obispo de Calahorra y la Calzada. Sabía tanto y de tanto que pronto se hizo popular, no solo en su obispado, sino fuera de él. Era natural de Sanlúcar de Barrameda y fué nombrado obispo en el año 1686.

Murió el 5 de Diciembre de 1700 y fué listo hasta para morirse, pues habiéndose propuesto visitar todos, absolutamente todos los pueblos de su diócesis, falleció precisamente cuando visitaba el último que, por cierto, era Arnedillo. Nada más tenemos que decir, como no sea repetir que el señor de Lepe era listísimo, abracadabrantemente listísimo y lamentan su muerte, pues si no hubiera ocurrido su óbito y diera la casualidad de que viviera todavía, le escribiríamos preguntándole quienes eran Lepijo y su hijo y nos lo diría a vuelta de correo, indudablemente.

¡Cuanto más le quitan, más grande es!

Desde 1621 hasta 1665 reinó en España el número cuatro de los Felipes que han regido los destinos de nuestra nación. Total, veinticuatro años de placeres, de juergas y de ¡el delirio! ¡Cómo que nuestro despreciado país tan grande y tan poderoso hasta poco antes, comenzó a quedarse como para que le dieran el aceite de hígado de bacalao!

Felipe IV, el *Grande...* Así le llamaron o le pusieron de mote sus aduladores contesanos, y lo peor es que se quedó con el motecito para *in eternum*.

Pero ¡ay! cuando aquellos vieron que a fuerza de no ocuparse de nada serio y práctico, iba el *Grande* poco a poco perdiendo lo que tenía, hasta la vergüenza, hallaron el modo de conservarle el dictado de *Grande*, dándole por divisa un pozo con estas palabras «*Cuanto más le quitan más grande es*».

Acaso no se enterase el monarca de que esto del pozo podía ser una especie de *pitorreo*, puesto que a un pozo cuanta más tierra le quitan más hondo o más grande se va haciendo. Pero fuera así o fuera de otro modo, el hombre continuó dejando que le quitaran tierra y más tierra.

En resumen, o *reasumiendo* como dice un ex-ministro, que España se quedó a pedir por Dios, pero nuestro Felipe se divirtió como un energúmeno, que es lo que se trataba de demostrar.

Yo haré ruido en el mundo.

En la ciudad de Tortosa, provincia de Zaragoza, cabe el Ebro famoso nació el año 1809 don Ramón Cabrera, el exportísimo y cruelísimo general carlista. Fué hijo de un pescador que murió dejando al muchacho en la calle, como quien dice.

Ramoncito por entonces era desaplicado y travieso como él sólo, y precisamente por eso o a pesar de eso su señora madre quiso hacerle cura, y hechos los correspondientes estudios fué ordenado de *prima tonsura*. Pero ¡ay! el obispo teniendo en cuenta la vida desordenada y licenciosa del mozo no quiso darle las órdenes de subdiácono, lo cual que a Cabrera le tuvo sin cuidado, y continuó en Tortosa hecho un calavera completo hasta que el gobernador de la ciudad lo desterró.

Como por aquel entonces el general carlista Carnicer con sus secuaces del Maestrazgo trataba de tomar Tortosa, fué Cabrera y va y se hace carlista y empieza a distinguirse y a medrar, y en menos tiempo que se dice «constantinopolitano» llega a general, nada menos. Y el hombre rabioso y encorajinado por lo del destierro dijo:

—*Yo hare ruido en el mundo.*

Y lo hizo en verdad.

Ahí me las den todas.

Cuando el alcalde Mayor D. López de Hurtado *inventó* esta frasecilla, ni remotamente pudo sospechar que iba a quedar de repertorio por los siglos de los siglos, amén.

¿Quieren ustedes saber su origen? ¿Sí? Perfectamente. Ahora mismo lo van a saber, que para eso precisamente estamos *acá* nosotros.

El tal Alcalde envió un día a su alguacil a prender a un socio un si es no es sospechoso, y a poco, el corchete en cuestión se avistaba con el presunto delincuente.

—Vengo a prenderos, le dijo.

—¿A prenderme?

—*Sipi.*

Entonces, el socio aquel, que por lo visto era de caballería, alzó la mano derecha y le soltó una bofetada al corchete que le desabrochó, diciéndole al mismo tiempo:

—Toma, para el Alcalde.

El bueno del alguacil que era más infeliz que un botijo del Santo, rascóse el carrillo agraciado y compareció completamente mustio ante el Alcalde.

—¡Ah, señor!—baluceó lloriqueando—Acaban de dar a su señoría una bofetada.

—¿A mí?—preguntó el magistrado sorprendido.

—Sí, señor, pero ha sido en este mi carrillo.

El Alcalde Mayor que era un socarrón de tomo y lomo, encogió los hombros y dijo sin dar importancia «ni a Sevilla ni al Guadalquivir»:

—*Ahí me las den todas.*

Y *velay* como dirían los *valladolisoletanos*.



La familia imperial alemana en el entierro de la ex-emperatriz, en Potsdam. Véase en la Comitiva a la kromprincesa Cecilia a la derecha del príncipe Eitel-Federico y detrás a los príncipes Augusto, Adalberto y Oscar.


 NOTAS
 DE
 ALEMANIA

Los funerales
 DE LA
ex-emperatriz


La república alemana ha rendido el postrer homenaje a la ex-emperatriz, con los mismos honores que si hubiese existido todavía el imperio.

Una de las fotografías que acompañan a estas líneas muestran como la actual república gusta de reproducir las ceremonias militares, que tanto valor tuvieron durante el imperio, y que a pesar del cambio oficial del régimen los reyes y príncipes que gobernaron anteriormente los Estados germánicos, así como los indivi-

duos de la familia imperial, si se exceptúan el Kaiser y el Kromprinz, tienen un sitio reservado en las ceremonias y desfilan ante las reverencias y cariño del pueblo que no ha podido olvidar el tiempo en que reinaron.

También se vé en otra de las fotografías, como las banderas se rinden al paso de los generales Hindenburg y Ludendorff, que siguen siendo ídolos del pueblo alemán.



El almirante von Tirpitz y los generales Hindenburg y Ludendorff, en el entierro de la ex-emperatriz reciben al pasar el homenaje de las banderas de los estudiantes alemanes.



El batallón de alumnos en marcha, deja ver la perfecta organización de sus unidades de vanguardia, en los que se distinguen claramente la punta de vanguardia, enlaces y grueso.

○○○○○○
Prácticas
 de la
Academia
 de
Infantería

Un día
en el Campamento
de los Alijares.

Los caballeros cadetes realizan sus prácticas de fin de curso. Para ello, siguiendo la costumbre de tantos años, han abandonado con sus profesores las aulas del Alcázar para asentarse en los Alijares, donde durante varios días tratarán sus naturalezas juveniles de adaptarse a la dura vida del soldado en campaña. Durante este tiempo, el alumno de Infantería, hace de todo: servicio de descubierta, servicio de trincheras, ataques y defensas; maneja ametralladoras y granadas de mano; sirve el teléfono y el telégrafo; traza croquis panorámicos y redacta órdenes y partes de campaña: es, en suma, el soldado ideal, que ha de constituir el futuro oficial de Infantería de tan difícil y compleja misión en el combate, según los modernos procedimientos.

Para acostumarles a todo, el coronel Losada, que hoy manda brillantemente la Academia, hace que en las prácticas se combinen los procedimientos de guerra regular, con los especiales que determinan la característica de nuestra actuación en Marruecos y, como novedad, los que se deducen de la actuación de la Infantería en la última campaña.

Así, hoy, han verificado el asalto de una posición, ensayando el método francés para la organización de las unidades de ataque, cuyos interesantes detalles son los que siguen:

La compañía consta de cuatro secciones de combate y una de mando (elementos de enlace).

Cada sección comprende tres grupos de combate en la compañía ordinaria.

El grupo de combate se compone de una escuadra (equipo) de fusileros-ametralladores y otra de granaderos cazadores.

La composición y armamento del grupo que manda un suboficial, son los siguientes:

Escuadra de fusiles ametralladores: Un cabo jefe de escuadra, con mosquetón; un tirador, con fusil ametrallador y pistola; un primer proveedor, con pistola, y tres ayudantes proveedor, con mosquetón.

Escuadra de granaderos cazadores: Un cabo jefe de equipo, con fusil; un granadero lanzador,



En los altos de las marchas, los profesores reúnen sus alumnos para dar una explicación que complementa el ejercicio práctico realizado.

con mosquetón y pistola; un granadero de fusil, con fusil, y tres cazadores, con fusil.

FORMACIONES

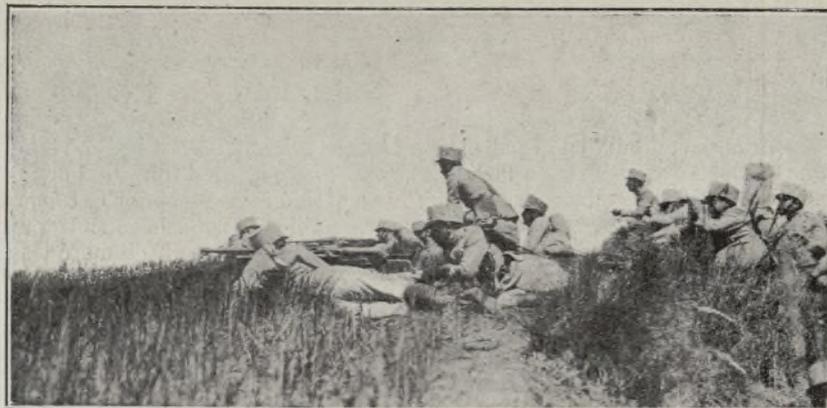
Grupo.—El grupo de combate forma en una fila (escuadra de fusileros-ametralladores a la derecha de la de granaderos-cazadores) o en dos filas (escuadra de fusileros-ametralladores delante de la de granaderos-cazadores).

De estas formaciones, dando frente los hombres a un costado, se pasa a la columna de a dos o de a uno, que son las más generalmente empleadas.

Ampliando el intervalo, la distancia (o ambos) entre las escuadras queda constituida una formación flexible, de fácil maniobra, que se adopta para la aproximación al enemigo, antes del despliegue.

Desde cualquiera de las formaciones señaladas el grupo de combate puede desplegar en una fila o en dos filas. En el despliegue en una fila, la escuadra de fusileros-ametralladores sirve de base, desplegando la otra por uno de sus costados o por ambos. En el despliegue en dos filas, la escuadra de fusileros-ametralladores queda delante y la de granaderos-cazadores de 20 a 40 pasos detrás.

La doctrina que fija el movimiento y acción de estos grupos, es la siguiente:



Las unidades de ametralladoras saben organizar sus fuegos plegándose al terreno para ejercitar en las mejores condiciones su poder ofensivo.

La misión de la Infantería es conquistar y conservar el terreno. El fuego es el medio de acción preponderante. Una tropa no podrá maniobrar frente al enemigo si no le destruye o neutraliza con el fuego. La potencia del armamento actual, hace imposible todo ataque en formación densa. El movimiento, cuando puede efectuarse, es el factor decisivo.

La compañía es la unidad moral; pero su fuerza no se valúa como antes en fusiles. Se compone de un cierto número de armas de tiro automático, alrededor de las cuales se agrupa el efectivo necesario para desplazarlas, servir las, alimentarlas y cubrirlas. De este modo el arma automática ha dado origen al *grupo de combate*, célula elemental de la Infantería, mandado por su jefe directamente a la voz o al gesto.

La granada de fusil es la artillería del grupo de combate. Con esta arma se obtienen concentraciones o barreras de fuego, para destruir o neutralizar organizaciones defensivas a 200 metros de distancia.

Los fusiles ametralladores rompen el fuego a 800 metros sobre los objetivos vulnerables. El apoyo del arma, su ligereza y la rapidez de su fuego garantizan su eficacia. Los hombres dotados de fusil y mosquetón hacen fuego individual para apoyar los desplazamientos del fusil ametrallador, y cubrirle.

Las granadas de mano se utilizan en los últimos momentos del combate para completar la destrucción de las organizaciones enemigas. La bayoneta manejada con valor y destreza acaba la obra.



Terminados los ejercicios del día los alumnos descansan en el campamento instalado en los Aljibes bajo la lejana protección del Alcazar legendario...

Fts. Jimenez Millas.

LOS POSTRES DEL FESTÍN

Gran banquete daba en el palacio de Lima el *muy magnífico* señor don Gonzalo Pizarro.

Pero antes de ir a la mesa se reunieron en el salón hasta sesenta de los personajes más comprometidos en la causa rebelde. Allí estaban, entre otros, D. Antonio de Rivera, Francisco de Ampuero, Hernán Bravo de Lagunas, Martín de Robles, Alonso de Barriónuevo, Páez de Sotomayor, Gabriel de Rojas, Lope Martín, Benito de Carbajal y Martín de Almendras, gente toda principal y que antes de quince días debía decir a la vuelta lo venden tinto, voltear casaca y traicionar a su caudillo. Allí estaba también el capitán Alonso de Cáceres (¡gran traidor!), quien besando a Pizarro en un carrillo le dijo: «¡Oh príncipe del mundo! ¡Maldito el que te niegue hasta la muerte!»

Gonzalo quería poner en conocimiento de ellos pliegos importantes de Gasca, oír consejo y sondear el grado de devoción de sus capitanes. Gasca prometía amplio perdón a Gonzalo y sus secuaces.

Terminada la lectura de los pliegos, el licenciado Cepeda, que no era ningún necio de pendón y caldera, sino un pícaro muy taimado, dijo:

—Pues vean vuesamercedes el trance, dé cada uno con franqueza su parecer y voto; que el señor gobernador promete, como caballero hijodalgo, de no tocarlo en persona ni hacienda. Empero mire bien cada uno lo que para después prometa y jure; pues el que quebrante la fe o ande tibio en los negocios de esta guerra, de pagarlo habrá con la cabeza.

Cuando calló Cepeda reinó por varios minutos el más profundo silencio. Ninguno de los asistentes osaba ser el primero en expresar su opinión. Al fin Francisco de Carbajal, viendo el general embarazo, dijo:

—Pues todos callan, seré yo el que ponga el paño al púlpito y lleve el gato al agua. Paréceme, señores, que esas bulas son buenas y baratas, y que vienen preñadas de indulgencias, y que las debe tomar el gobernador mi señor, y echárnoslas nosotros encima, y traerlas al cuello a guisa de reliquias. Por las bulas estoy y he dicho. Cruz y cuadro.

Miráronse unos a otros los de la junta, maravillados de oír tan pacíficos conceptos en boca del *Demonio de los Andes*, que por está vez, habló con sinceridad y sobre todo muy razonablemente.

El oidor Cepeda, recelando que la mayoría de los capitanes se inclinaban en favor de la opinión de Carbajal, se apresuró a contestar:

—Dios me perdóne la especie, pero se me figura que el maestre de campo empieza a haber miedo del cleriguillo.

Carbajal brincó del escaño, que la cólera se le había subido al campanario, puso la mano en la empuñadura de su daga, y con voz airada gritó:

—¡Miedo! ¡Miedo yo! ¿Quién lo dice?

Pero luego, reportándose, continuó con su habitual tono de burla:

—Mejor es tomarlo a risa. He dado mi parecer y voto sin encontrar sacristán de amén que conmigo sea. Pero no tomaré las bulas, así me prediquen frailes descalzos, si todos mis amigos no las toman. Por lo demás, soy la última palabra del credo, y tan buen palmo de pescuezo tengo yo para el cabestro como el señor licenciado. Siga el carro por el pedregal y venga lo que viniere. Cruz y cuadro. He dicho.

Y se puso a canturrear esta tonadilla;

Bien vaya la niña,
Pues la van a ver
Dos paternidades
Y un vuesamerced.

Y con esto tarminó la junta, deshaciéndose todos, menos el capitán Diego Tinoco, en protestas de adhesión a Gonzalo y juramentos de morir en la demanda. Al oírlos, Carbajal murmuraba entre dientes:

—Si como adoban guisan, bien andamos; pero ya saldremos con que se espantó la muerte de la degollada. Más puños y menos palabras quisiera yo.

Hallábanse los comensales a mitad de comida cuando un paje se aproximó a Gonzalo, hablóle al oído y le entregó una carta. Pizarro la pasó a Carbajal, diciéndole muy quedo:

—Lea vuesamerced y haga justicia, que en esta mesa hay un Judas.

Carbajal se impuso del papel, quedóse pensativo, y luego, como quien ha tomado una resolución, se levantó, tocó ligeramente en la espalda al capitán Tinoco, y le dijo:

—Sígame vuesamerced, pues tengo que hablarle cuatro razones al alma.

Levantóse el convidado, salió con Carbajal, y ambos se entraron en uno de los aposentos de palacio.

Las libaciones menudeaban y el banquete crecía en animación. Todos brindaban por las glorias futuras de Gonzalo Pizarro, su caudillo, su amigo.

Y casi todos los que brindaban iban muy pronto a ser desleales con el amigo, traidores con el caudillo.

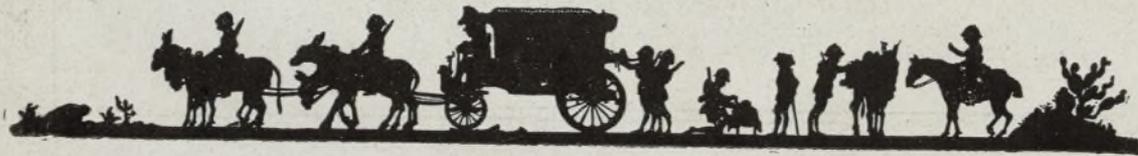
Si Shakespeare hubiera oído aquellos brindis, habría repetido indignado su famoso apóstrofe: —*¡words! ¡words! ¡words!*

Un cuarto de hora después regresaba Carbajal al comedor trayendo una gran fuente cubierta, la que colocó en el centro de la mesa, diciendo:

—A sazón llegan los postres. Destape vuesamerced.

Martín de Robles levantó la tapa de la fuente, y todos, menos Gonzalo, lanzaron un grito de horror.

Allí estaba sangrienta, casi palpitante, la cabeza del capitán Diego Tinoco.





EL CAPITAN ENAMORADO

En ella los ojos de mi pensamiento,
fanfarrón el porte de mi gallardía,
bajo su marmóreo balcón pasaría,
con la airosa pluma del chambergo al viento.

Haría de todo mi afán rendimiento
de su amor en aras y derramaría*
en su alma la dulce miel de mi poesía,
inflamada y trémula la voz de ardimiento.

Si nos separasen las guerras de España,
al estar en Flandes de mi tercio al frente,
hiriera con saña, prodigando tajos;

y en la paz, contárale mi postrera hazaña
por su amor, jugando negligentemente
con mi espada, yugo de los Países Bajos...

JUAN G. OLMEDILLA

Nuestro colega *A B C* instituyó, en memoria del insigne periodista Mariano de Cavia, un premio para el mejor artículo que se publicara durante el año.

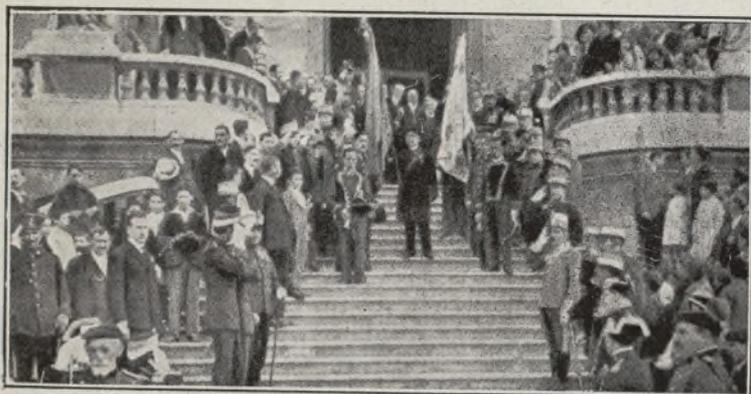
Por primera vez se ha otorgado el premio *Mariano de Cavia*, y este galardón ha sido adjudicado al ilustre periodista Dionisio Pérez, que ha hecho célebres sus seudónimos de *Amadeo de Cas-*

La Musa de Joaquin Costa.

No vamos en estas ligeras notas a descubrir a Dionisio Pérez, el cultísimo periodista, periodista a secas, que ha sabido con su recia pluma colocarse a la cabeza del periodismo español.

En Dionisio Pérez se hermanan el talento y la modestia. Fué Diputado a Cortes y renunció el acta cuando comprendió la inefi-

Con animación inusitada se ha verificado en Barcelona la bendición de las banderas de los So-



Las banderas de los sitios de Bilbao en la fiesta de conmemoración del 2 de Mayo celebrada en aquella capital.

tro, *Martín Avija y Mínimo Español*, por un artículo publicado en *Nuevo Mundo*, titulado



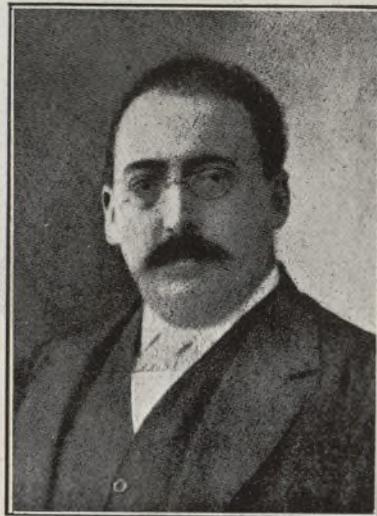
El teniente de la Guardia Civil D. Adolfo Hernández, a quien ha sido concedida la encomienda de la Orden Civil de Beneficencia, por su abnegada conducta.

de tal representación; pudo ser Ministro y desdeñó tan alta merced; ha podido ser novelista y autor dramático, y, sin embargo, ha abandonado estos derroteros para consagrarse exclusivamente a lo que fué y a lo que es: periodista.

Con la solemnidad acostumbrada se ha celebrado en Bilbao la fiesta del Dos de Mayo.

Las banderas del Sitio de Bilbao llevadas por las Autoridades, fueron sacadas del Ayuntamiento, donde se guardan, ocupando el puesto de honor en la procesión cívica, a la que asistieron nutridas representaciones civiles y militares.

El desfile, brillantísimo, fué presenciado por innumerables personas, que rindieron el tributo de su admiración a los héroes de la invicta villa.



Don Dionisio Pérez, brillante escritor a quien ha sido concedido el premio Mariano de Cavia.

matenes de Cataluña, cuyo acto fué precedido de una misa de campaña.

Asistieron las autoridades civiles y militares, revistando el Capitán general a los somatenistas, en número de 40.000, al frente de cada Somatén se destacaba su bandera.



Tiradores que tomaron parte en el Concurso regional de tiro de Valencia.

No hemos de negar la trascendencia que tuvo el acto, pues demuestra que en Cataluña existen por lo menos 40.000 hombres decididos defensores de la Monarquía y del orden.

En el campo del Athletic de Madrid se han jugado unos partidos interesantes entre el *Athletic*, de Bilbao, y el *Sevilla F. C.* Todas las presunciones que se forjaron de antemano acerca de la potencia de los equipos bilbaíno y sevillano, han quedado frustradas y han caído por tierra con el juego limpio y combinado de los segundos, que han vencido en buena lid a los del Norte, cuya pujanza y unidad son de todos reconocidas.

Tanto unos como otros hicieron



Las banderas de los Somatenes de Cataluña en la fiesta que con motivo de su bendición se ha celebrado últimamente en la ciudad condal.

jugadas preciosísimas, que fueron aplaudidas por el numeroso e inteligente público que presenció las partidas.

Ha muerto doña Emilia Pardo Bazán, cuando nadie lo esperaba. A los sesenta y nueve años se mantenía activa y fuerte, dedicada intensamente a sus trabajos literarios. Su laboriosidad metódica y ordenada era un prodigio.

Colaboraba diariamente en periódicos y revistas de España y de América, explicaba su cátedra de Literatura en la Universidad Central y ultimaba su obra sobre Hernán Cortés, que quería que fuera a la vez un estudio psicológico del hombre, una narración histórica y una descripción del estado social.

Novelista, poetisa, historiado-

ra, investigadora, conferenciante, periodista, cuentista y profesora, su potente numen la hacía descolgar en tan variados aspectos. Fué una mujer que se adelantó a su tiempo, habiendo sido muy combatida; pero de aquellas enconadas polémicas periodísticas supo con su ingenio, su vasta cultura y su talento salir airosa y vencer a sus detractores, que tuvieron que callarse, y algunos más nobles reconocer su fracaso.

Aunque militó en las filas avanzadas de las letras, la vorágine literaria no la envolvió ni la empujó y quedó en su sitio, rezagada, mientras las nuevas generaciones alcanzaban los éxitos; pero cuando aparecía en cualquier periódico un bellissimo cuento de Doña Emilia, en lo que fué maes-



El generalísimo del ejército italiano señor Díaz, en el acto de imponer las condecoraciones que por su país han sido concedidas a la oficialidad del regimiento de Saboya.

presentaba para su sexo.

Descanse en paz la eximia escritora, honra de España y de su patria chica, Galicia, para cuya región eran todos sus amores.

El heroico comportamiento del teniente de la Guardia civil, don José Jiménez Nieto, ha sido justamente recompensado por el Gobierno con la Cruz de Beneficencia de primera clase, con distintivo negro y blanco.

Este distinguido oficial, que tan alto ha puesto el nombre de la Guardia civil, con un arrojo rayano en la temeridad, ha salvado varias personas que estaban a punto de ahogarse en la inundación que hubo en Langreo (Oviedo), con gran desprecio de su vida.

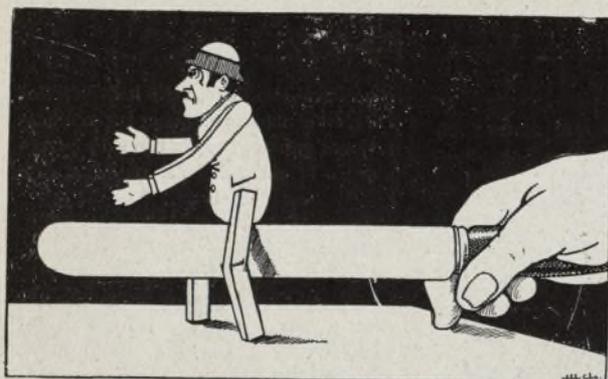
tra consumada, el gran público no podía por menos de admirar el vigoroso talento de la escritora gallega.

Ha muerto sin alcanzar uno de sus mayores deseos.

Quería ser académica, más que por ella, por el triunfo que re-



Un momento de los interesantes partidos de foot-ball, que para disputarse el campeonato de España, se han celebrado estos días en Madrid.



Nuestros pequeños lectores, pueden construir con muy pocos y sencillos elementos un muñeco que ande sólo.

Para ello se cogen dos palillos de dientes o bien uno doblado, de manera que formen un ángulo muy agudo, que servirán de piernas al monigote, que puede hacerse con una cartulina recortada.

Entre los palillos que figuran las piernas, se coloca un cuchillo con el filo hacia arriba, de manera que las puntas del palillo toquen ligeramente en la mesa sobre la cual se opera. Inmediatamente se verá con gran asombro, que el monigote se pone en marcha a lo largo del cuchillo que se mantiene sujeto con la mano.

Este curioso experimento es debido a los movimientos inconscientes de la mano que tiene el cuchillo y que no son advertidos por los que presencian el juego, ni por la persona que opera.

Nuestros amiguitos pueden también fabricar un higrómetro, que es un instrumento que sirve para graduar la cantidad de humedad del aire.

Las barbitas que tienen las semillas de avena en la espiga, nos van a servir para el aparato en cuestión.

En una cartulina se dibuja un fraile o cualquier otra persona, se recorta y se fija con dos alfileres, como indica el dibujo, a otra cartulina, de manera que quede un pequeño espacio entre el muñeco y la cartulina que le sirve de apoyo.

El brazo de atrás, que debe ser móvil, y por consiguiente, debe hacerse separadamente, se fija en la figura de este modo: con una gotita de

lacre se fija perpendicularmente al personaje el extremo de una barbita de avena, y el otro extremo se pega de igual modo al extremo del brazo.

Ya tenemos el higrómetro construido, faltando solamente graduarlo, para lo cual si echamos el aliento en la barbita de avena, se destuerce y alarga, y el brazo cae. En el punto que marca la varilla que el fraile lleva en la mano, se escribe el número diez, y las palabras *muy húmedo*. Se acerca el aparato al fuego y la barbita, retorciéndose, se acorta. En la nueva posición marcaremos el cero y las palabras *muy seco*. No queda más para que el aparato esté en condiciones de funcionar que dividir en partes iguales el espacio comprendido entre el 0 y el 10.



San Dinerito

NOVELA POR LUIS ANTÓN DEL OLMET

(Continuación)

Romualdo Mendicuti hállase al borde suculeto del fortunón.

Llegaron D. Policarpo y Sacamendi, y tomaron asiento. Da Estereira, prudente y fino, se quiso retirar:

—¿Estorbo?

—No. ¡Por Dios!

Y hablaron.

Don Policarpo estaba coloreado por una voluptuosidad rara. Tenía morfina espiritual, y gozaba el placer artificioso de creerse rico.

—Aquí Sacamendi—chistó, dirigiéndose a Mendicuti—conoce a don Cosme Buitrago. Mejor que conocerle. Es como hijo suyo. Buitrago se ha hecho rico durante la guerra. Ya en Alcazarquivir hizo lo suyo proveyendo a las tropas. Introdujo, además, en Africa un tóxico contra el mosquito. Pero, en fin, esto no tiene interés.

Gustó un sorbo de agua con azúcar y siguió su discurso:

—Buitrago se ha lanzado a los negocios con maña y suerte. Al saber Sacamendi que usted tenía un permiso de carbón, se lo ha ofrecido. Don Cosme aceptó con simpatía. Me parece hecho el asunto. ¡Hecho!

—¿Cuándo podremos ver a Buitrago?—preguntó D. Braulio, impaciente ya. —Aquí lo preciso es rapidez. Mucha rapidez, y algunas pesetas. Que se le vea el unto a la cosa.

—Se le verá, se le verá—replicó el diminuto y

pizpireto Sacamendi.—A las doce podremos hablar con Buitrago. A esa hora vuelve siempre a casa, para dedicar un par de horas a los asuntos. Soy de su confianza plena.

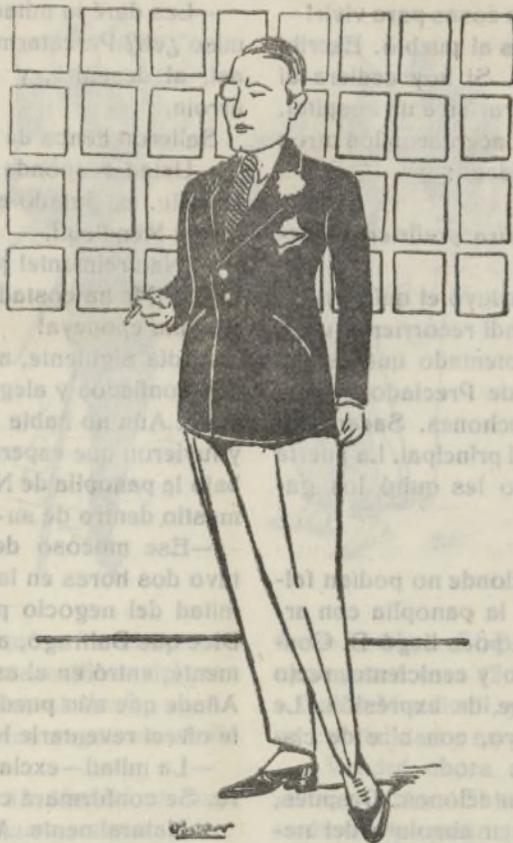
—Bien, pues iremos a las doce—concluyó Romualdo.

Hicieron tiempo. Mendicuti, a quien le aburrían los demás, se llevó a Tojo a otra mesa y dialogaron.

¡Qué triste era, en España, la vida azarosa de los intelectuales! ¡Cómo disculpaba Mendicuti sus desquites, sus equilibrios y sus picoteos!

Almas augustas, entendimientos luminosos, sentimientos exquisitos, aristocracia del gusto y del arte, la vida era para ellos un asedio. La nación inculta y pobre, no tenía capacidad espiritual ni económica para darles rango. Triunfaban algunos, mas por uno que venciese, caían mil. Y el vulgo, ocioso, despreocupado y burgués, entronizaba a payasos del ingenio, a confeccionadores de novelas y comedias urdidas según receta de bombón o patrón de ringorrango modisteril. No había

ambiente para un Eça, para un Anatole, no ya para un rebelde a lo Gorki. Desdén en el público, usura en los traficantes. Y la musa española, la más plena y la más dilatada, aquella que ha llenado al mundo con su gloria, vestía de harapos, se nutría en casa de Prócuro, o lo que era peor, trepaba a las Academias vestida de lacayo o se



hacía sobornar epigrama en ristre por los poderosos, en el labio la amenaza del donaire, en el puño un estoque toledano.

Mendicuti había oído hablar de esos escritores extranjeros a quien dos o tres obras de éxito no sólo les habían amparado contra la miseria, sino que les habían traído la casta paloma de la abundancia, con su gran buche arrullador. ¿Aquí...? Morfa el periodista y su viuda rifaba los recuerdos del marido. Cafa enfermo el escritor, y su familia solicitaba limosna. Unos, los más, se resignaban a la tuberculosis, y hacían de la tos un canto de liturgia. Otros no. Otros salían a la contienda, se abrían camino a cinterazos, y sin olvidar a Minerva la diosa íntima, se aliaban con Mercurio, pidiéndole armas al Marte esgrimidor, pendenciero y duelista, que es buen colega del intelectual redimido.

—¡Que uno precise de estas cosas para vivir!— se quejó Tojo.—Dediqué años al pueblo. Escribí libros. Trabajé en la Prensa. Si hoy cediera al combate de la vida, me arrastrarían a un hospital.

A las doce menos cuarto se acercaron los otros negociantes, y Sacamendi ordenó:

—Vamos, pues.

Don Policarpo y Da Estereira prefirieron que- darse.

—Parecería un mofín—concluyó el químico.

Tojo, Mendicuti y Sacamendi recorrieron unos metros hasta la casa del potentado que estaba muy cerca. Era en la calle de Preciados, en un formidable caserón para ricachones. Sacamendi llamó al sereno y subieron al principal. La puerta estaba entornada. Un criado les quitó los gabanes.

—Pasen ustedes.

Entraron en un despacho donde no podían faltar ni la caja de caudales ni la panoplia con armas coetánea de Narváez. A poco llegó D. Cosme. Era un hombre barbudo y ceniciento, recio de esqueleto, un poco torpe de expresión. Le acompañaba un sobrino suyo, con aire de cisca- tintas, callado y modosito.

Sacamendi hizo las presentaciones. Después, cuando Buitrago se percató en absoluto del negocio, exclamó:

—Bien, seamos sinceros. En esta clase de negocios se fantasea mucho.

—¡Ya lo creo que se fantassa!—evocó Mendicuti.

—Aquí se ofrece carbón que no se tiene, y se pide arroz sin dinero para abonarlo. Yo soy hombre rotundo. Cuando esté convencido de que el

permiso no es una ilusión, daré un duro por tonelada. ¿Son 25.000? Pues 25.000 duros. Sé que es poco. No doy más.

A Mendicuti le pareció admirable aquel hombre. Estuvo por afizarle un abrazo. Eso, eso quería, sinceridad, franqueza, pápiros, ruido claro de pesetas. Menos ofrecimientos pingües y vacíos, y más sonoridad plástica.

—Acepto—exclamó Romualdo. Es poco, lo sé, pero deseo liquidar mi permiso con urgencia.

—Pues entonces—se levantó Buitrago—venga usted mañana a las tres de la tarde. Me acompañará un consocio mío. Pasado, iremos a la Embajada. Si el permiso existe...

—Nos dará usted un anticipo—recogió don Braulio.

—¿De cuánto?

—De 25.000 pesetas.

—Les daré la mitad. Pero tengo que ver el permiso ¿eh? Percatarme. 12.500 pesetas no se dan así, al desgaire, y como un cigarrillo que se arroja.

Salieron llenos de alegría.

—Usted responde del permiso—rezongó don Braulio, espantado ante la idea de una ilusión fallaz en Mendicuti.

—¡Naturalmente! ¡Si llevo cinco meses de trámites! ¡Me ha costado a mí poca lucha obtenerlo! ¡Es una epopeya!

Al día siguiente, a las tres, ya estaban ambos dos confiados y alegres, en la mansión del opulento. Aún no había llegado el dueño de la casa y tuvieron que esperar. Se hicieron confidencias bajo la panoplia de Narváez. Tojo estaba un poco mustio dentro de su optimismo.

—Ese mocosito de Sacamendi—exclamó—me tuvo dos horas en la puerta de mi casa. Quiere la mitad del negocio para D. Policarpo y para él. Dice que Buitrago, a cuyos hijos cultiva asiduamente, entró en el asunto gracias a sus intrigas. Añade que aún puede desbaratarlo. Claro que yo le ofrecí reventarle los sesos, pero rosma, exige.

—La mitad—exclamó Romualdo—es una locura. Se conformará con bastante menos.

—Naturalmente. A ese rapaz no le caben mil pesetas en la mano. Creo que usted debe reservarse quince mil duros. Los otros diez mil, en partes iguales para los demás. Verá usted como aceptan, y si no ya les sacudiré yo el polvo a esos hambrones.

A las tres y media llegó Buitrago con el sobrino y el consocio. Se llamaba humildemente Gutiérrez, pero tenía el empaque de un Álvarez de

Toledo o de un Téllez Girón. Alto, delgado, vestido elegantemente, con una tez lívida, una mirada escrutadora, buitresca, ojos de rapiña y doble vista, daba la sensación de un hombre-garduña. Podría ser, en una película el terrible pirata, el audaz seductor, el maravilloso policía. La armadura de sus quevedos era de oro. La pitillera que sacó para pinzar un cigarrillo, era de oro también. En uno de sus dedos lívidos fulgían dos piedras irisadas.

Gutiérrez les hizo mil preguntas. Parecía un fino esgrimidor de los negocios. Hablaba de sus grandes asuntos mineros, de que representaba a financieros londinenses. Tenía las botas de charol y el alma glacial.

Tojo y Mendicuti, desconcertados, respondían y se defendían débilmente. Gutiérrez quería dar menos dinero que Buitrago. Era un apurador, un extractor, un adminículo para exprimir limones.

—Además—inclinó— interviene tanta gente entrometida en estas cosas! ¡Uf! Harto estoy de intermediarios, corredores, buscavidas. No le dejan a uno vivir.

Gutiérrez ejercía el influjo maléfico de un millonario elegantemente avaro.

Mendicuti lo atisbaba cada vez con mayor admiración. ¿Quién sería aquel prócer desdeñoso y a qué cifra alcanzaría su fortuna? ¿Qué sacerdote maravilloso del gran Becerro tenían ante los ojos asustados?

Por fin, y después de varios regateos, cedió Gutiérrez:

—Bien. Esta noche llegará a Madrid un ruso consocio mío. Vengan ustedes otra vez aquí. Iremos a la Embajada. Queden con Dios.

Glacial, elegante, inquietador, les hizo una reverencia. Ellos salieron desorientados. En la escalera interrogó Mendicuti.

—¿Qué le parece a usted?

Mal. Cuando surge un ruso en estas cosas, es que naufragan.

En la calle les aguardaba Sacamendi, ávido.

—¿Qué? ¿Qué?

Narraron. Luego, Tojo mentó a Gutiérrez con perplejidad admirativa, un poco ganoso de ser triturado por aquellos finos colmillos de hombre a la moderna.

—¿Quién será?—dijo.—Nos ha impresionado ese sujeto como un ave agorera. Es un opulento de comedia principio de siglo.

Pero Sacamendi lo conocía bien, y alejó toda inquietud.

—No es ningún misterio. Confíen ustedes. Se hará lo que desee Buitrago. Gutiérrez tiene una sastrería en San Sebastián. Aun le debe a mi padre unas piezas de gabardina que le pidió el verano último. Confíen ustedes. Es que le gusta darse postín.

De regateo en regateo, los negocios de Romualdo Mendicuti acaban en ilusión quijotesca.

A las diez y media se encontraban ya Tojo y Mendicuti en la mismísima puerta de la Embajada. Don Cosme y Gutiérrez quedaron en llegar a las once. Ellos, empero, habían madrugado para disponer el ánimo de Mister Birt, y que el negocio y, sobre todo, la entrega de la primera cantidad, no se la llevase Lucifer.

—Suba usted—dijo D. Braulio—y prepare

a ese hombre. Si Buitrago sale convencido nos apoquinará esas 12.500.

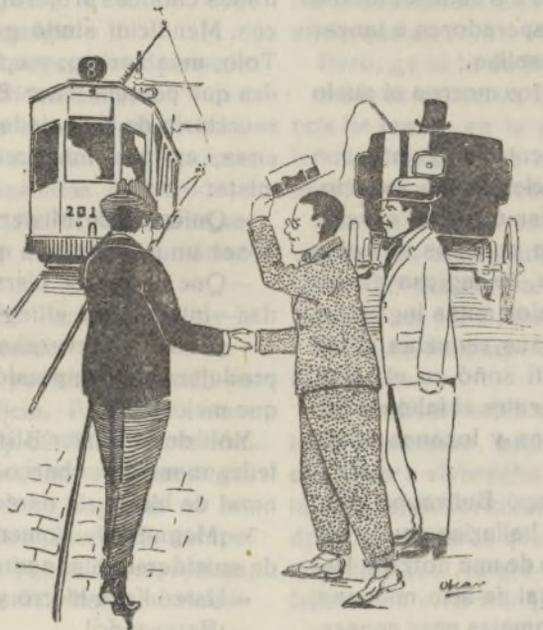
Subió Mendicuti, y halló en Mister Birt su eterna cordialidad y su optimismo cariñoso:

—Vendré ahora con mis consocios. Quieren ver el permiso. Si salen persuadidos, me adelantarán una pequeña suma que me es urgente. Mister Birt, yo le ruego por mi amor a Inglaterra, que persuada usted a esos hombres.

—Yes, yes.

Y reía el diplomático con una flamética risa de bondad.

Cuando tornó Romualdo a la calle, Tojo estaba ya impaciente. Hacía frío y se pasaron a la otra acera para calentarse al sol. Dieron las once y



media, las doce. A esa hora llegó un albañil y se echó sobre el suelo. Inmediatamente apereció su esposa con el pucherío. Al destaparlo, surgió un humo alegre, suave y confortador, y aparecieron los garbanzos amarillos y tiernos.

—No sé por qué—dijo Mendicuti—me gustaría ser albañil, tener una esposa de mantón y un cocido rubio. Me sabe esto a Madrid y a democracia. Los ricos no debieran ser tan defensores de su oro. La pobreza tiene también su elegancia, su gracia y su encanto.

—Lo que no tiene encanto ninguno—objetó don Braulio—es la tardanza de esos sinvergüenzas. Las doce y cuarto ya. ¿Serán capaces de no venir? Claro que se juegan la yugular con la inconsciencia de un pajel.

Pasaban coches, ninguno de los cuales portaba a Buitrago. Empezaron los esperadores a lanzar denuestos y a prometer represalias.

—A ese Buitrago le tiro yo los morros al suelo—afirmó Tojo.

Entraban en la Embajada gentes singulares: un británico alto, rasurado, de eclesiástico aspecto, sacerdote quizás del cristianismo inglés, severo, puritano e intransigente como aquellos sus ojos grises y fríos; una dama seca, la inglesa del turismo, con su gran velo flotador; unas inglesitas meladas y encarnadas, con sus raquetas y sus medias blancas que Mendicuti soñó en el baño, desnudas y gláciles, bufando entre el jabón rubio y el agua bien caliente, frescas y lozanas como dos bellas rosas de jardín.

A la una menos cuarto llegó Buitrago, solo. Venía inquieto, seguro de no hallarles ya:

—Hijos, los asuntos. Salgo de una notaría. Hemos constituido, con un capital de seis millones, una empresa proveedora de tomates para conservas en lata.

Subieron los tres. En el cuartito del teléfono les recibió Mister Birt. Ya era tarde, y para un inglés el método está por encima de todo. Un inglés cuando llega la hora de su liberación cotidiana, ha atrancado la puerta de su oficina, y se dispone a comer, lo aplaza todo para el día siguiente, incluso declarar la guerra al Japón, sentir la muerte de un tío suyo y echar una rúbrica que puede valer cien mil libras esterlinas.

Don Cosme, que era en el fondo germanófilo, estaba un poco aturdido ante aquel inglés tan correcto.

Se disculpó. No habían venido sus otros socios a causa de una dilación notarial. Pedía disculpas.

Mendicuti, queriendo abreviar ante la impaciencia clara de Mister Birt, se lanzó de lleno.

—A lo que venimos, querido Mister Birt, es a ultimar mi negocio de carbón. Por mediación de usted alcancé un permiso de importación que vendo al Sr. Buitrago. El Sr. Buitrago desea saber únicamente si ese permiso existe.

Se hizo un silencio definitivo e histórico, uno de esos silencios transcendentales que anuncian el parto de las cosas enormes. Y cuando Mendicuti esperaba una afirmación rotunda, Mister Birt se puso a divagar.

Había, en realidad un permiso. Mas ¿podía aventurarse que el permiso existiera de un modo absoluto? El comercio, los precios, el flete, el aprovisionamiento del Almirantazgo, una serie de frases caóticas brotaron de aquellos labios fatídicos. Mendicuti sintió ganas de echarse a llorar. Tojo, más sereno, y aprovechando las dificultades que parecía tener Buitrago para entender al secretario de Embajada, iba traduciendo sus decires, en una interpretación francamente optimista:

—Quiere decir Mister Birt que el Sr. Mendicuti posee un permiso. Lo que sucede es...

—Que no puede fijarse número tal de toneladas—interrumpía el inglés.

—¡Claro!—aseveraba Tojo, como si aquello le produjera una impresión confortadora.—¡Mejor que mejor!

Yo—decía Mister Birt—telegrafiaré cuando ustedes manden un barco. Si este barco lleva mineral de hierro, le darán carbón.

—¡Magnífico!—comentaba D. Braulio, a punto de suicidarse fulminantemente:

—Usted lleva hierro y le dan hulla.

—¡Estupendo!

—El caso es—replicó Buitrago—que yo no puedo enviar mineral a Cardif. Tengo fletados unos barcos fruteros.

—Es igual—insistió D. Braulio, para quien no había dificultades invencibles.—Lleva usted mineral. ¿Qué más le da a usted? Piritas o peritas. Es indiferente.

—¡Ca, hijo! Mi negocio está ahora en frutería. Tengo comprometidos treinta mil duros en nísperos.

Mister Birt, que deseaba complacer a Mendicuti, zanjó el pleito.

—Yo telegrafiaré London. Dentro tres días habrá contestación. Seguramente darán carbón por fruta.

Quedaron en volver, y se despidieron. Iban ca-

llados y cariacontecidos. Había, sí, una especie de permiso limitado y extraño, no por toneladas fijas, sino por barcos individuales. Si los barcos de Mendicuti, o del consocio de Mendicuti, llevaban mineral a Inglaterra, les darían carbón. Pero eso no convenía a Buitrago. ¡Fruta! ¡Fruta! La rica pasta estaba ahora en la fruta.

Cuando llegaron a la calle, Tojo le dió una palmada a D. Cosme, y se iluminó para decir:

—Estará usted plenamente satisfecho.

Buitrago lo miró con estapor.

—Plenamente ¿eh? El negocio es mejor aún de lo que pensábamos todos. No existe más dificultad que la del mineral de hierro, pero Mister Birt ha ofrecido arreglarlo.

—Sí, pero ya no se trata de 25.000 toneladas. Eso decía la base del negocio.

—No tiene usted pupila, amigo.

Y D. Braulio Tojo hizo el panegírico de aquella falta de seguridad en la cantidad hullera.

Estaban de enhorabuena inmensa. Iban a hacerse millonarios. Porque si bien mirado eran cosa importante 25.000 toneladas de carbón, y podían dejar un margen suculento, una vez rematadas las 25.000, el negocio moriría automáticamente. En cambio...

Tojo sonrió como un lobo hambriento que le hiciera coquetearías a una zorra:

—En cambio—dijo—ese permiso ilimitado no pone freno a nuestra codicia. Podremos traer 1.000 toneladas, y 25.000, y 50.000 y un millón. Aquí la vagüedad se hace suculenta. Buen negocio ha pillado usted, D. Cosme. Hay días en los que se sale con suerte de casa. ¡Albricias, carapel!

Ya en la Castellana y a punto de separarse, Tojo, cuya elocuencia magnífica había persuadido a Buitrago, se arrancó:

—Supongo que seguirá en pie el ofrecimiento de las 12.500. Usted quiso convencerse de la existencia del permiso. Nada menos que un Secretario de la Embajada inglesa le ha persuadido de ello. Si existe alguna dificultad, es usted quien la pone con su empeño en abarrofar de fruta a Cardif. ¿Cuándo podremos coger ese piquillo? El negocio es colosal. Se hinchará usted. Nosotros sólo recogeremos virutas, serrín, desperdicios, lo que usted deja caer al suelo.

Buitrago, abrumado por aquella verbosa catarata, suspiró, haciéndole señas al conductor de un tranvía.

—Esta tarde. Venga usted a casa y le daré eso.

Montó al tranvía y se fué. Entonces, Tojo, se revolvió iracundo:

—Pero ese Mister Birt, ¿le ha querido a usted tomar el pelo?

—¡Qué se yo! Con los ingleses no hay manera de entenderse nunca. Tienen otra mentalidad que nosotros, los meridionales. Sus cerebros, mejor conformados que los nuestros, sienten y piensan de otro modo. Yo, después de seis meses, ignoro aún si tengo o no tengo ese permiso repajolero.

Bajaron hacia Recoletos, azorados, poseídos de una inquietud frenética. Había que rematar aquello. Estaban arruinados y en plena ban-carrofa:

—Esto, o la cárcel—resumió D. Braulio.

Y luego:

—Claro está que las 12.500 ya son más. Ese hombre me tiene dada palabra. Yo cobro en billetes o en hígado. Las partiremos, y el que venga atrás que arree...

Pero, ¿y si lo de la fruta no se arregla?

—Me la conserva floja. Ese ladrón de Buitrago nos ha tenido en la puerta de la Embajada tres horas al fresco. Le repito a usted que cobro en pesetas o en páncreas.

Se despidieron en la Cibeles. Quedaron en verse a las cuatro junto a la puerta de «El Lobo Gris», no dentro, para evitar a Da Estereira, a Sacamendi y a D. Policarpo.

—Hasta después. Le llevaré su tajada—rugió D. Braulio.

Y Mendicuti echó camino de su casa a paso lento y cansino, atolondrado entre aquella muchedumbre vivaracha, grupos de modistillas parlanchinas, señoritas elegantes con el novio almidonado, militares que regresaban del cuartel, humanidad que ríe sin negocios, ajena al carbón, feliz en su vivir tranquilo.

Se habla de la revolución, del maximalismo, de la barretina y del caos, mientras don Braulio Tojo persigue a la fugitiva Quimera

A la hora convenida ya estaba Mendicuti en las cercanías de «El Lobo Gris», aguardando nerviosamente a Tojo.

—¿Habrá entrado antes de mi llegada?—pensó a la media hora de espera. Y se zampó dentro, aun a trueque de no evitar a los inoportunos copartícipes del medio fallido negocio.

Oteó con la mirada todos los rincones sin hallar a D. Braulio. Desde una mesa, el tallé, alto y flaco de un hombre triste se incorporó para mirar a Romualdo, como podía hacerlo una ténia.

(Se continuará.)

La Academia de Caballería en las prácticas generales

Un premio de S. M. la Reina Doña María Cristina

El sábado regresaron los alumnos después de efectuadas aquellas en dos periodos, antes y después de las pasadas solemnidades reales.

Han consistido dichas prácticas en temas de servicios de seguridad, ejercicios de fuego real con mosquetón y ametralladoras, ataque y defensa de un convoy, protección de una vía férrea, empleo de explosivos, levantamientos topográficos expeditos y marchas. El último tema consistió en un recorrido de patrullas con objetivo táctico, encomendándose a tres reconocimientos de Oficial, compuesto cada uno de siete jinetes alumnos al mando de uno de ellos, que debían, en un radio de 50 Km. y un frente total de 54 Km., buscar al enemigo y mantener el contacto, enviando noticias al grueso de la exploración, siendo apoyados por dos partidas de descubierta en cuadro, compuestas efectivamente de nueve jinetes alumnos cada una, al mando también de uno de ellos. El servicio se desarrolló entre Valladolid, el Duero y el Ceza durante dos días. El grueso del escuadrón con la sección de ametralladoras, marchó en su apoyo a Portillo y su arrabal, como elemento destacado de una brigada de Caballería con Artillería a caballo, supuestas.

El sábado 14 se replegó toda la fuerza a la inmediación de Tudela de Duero, donde a la supuesta llegada de refuerzos se hizo por el escuadrón de alumnos una reacción ofensiva a caballo con la protección inmediata del fuego de ametralladoras.

A la terminación del ejercicio, tuvo lugar el juicio crítico ante el Capitán General, Estado Mayor, oficia-

lidad de la guarnición del Arma y profesorado de la Academia, dando cuenta los alumnos jefes de patrullas del desempeño de su misión respectiva y empleo de su iniciativa, tanto en lo que afecta al desarrollo táctico como al cuidado del ganado, acantonamientos, transmisión de noticias y documentación de su fuerza, habiendo pernoctado algunas patrullas en vivac en pleno campo.

El bando enemigo se señaló en cuadro con oficiales, alumnos y banderas representativas de patrullas, ejerciendo aquellos la misión de árbitros inspectores. El servicio de comunicaciones se mantuvo con teléfonos de campaña, heliógrafos, aparatos de luces y estafetas montadas en gran extensión superficial.

En el pinar de Tudela se sirvió a la Academia un almuerzo, siendo invitados por este Centro S. I. el Arzobispo, Capitán General, Gobernador Militar, Alcalde de Valladolid y diferentes jefes y oficiales.

En Portillo y acantonamientos anteriores, tuvieron los alumnos una cariñosa acogida y todo género de facilidades por sus autoridades y vecindario.

Al regreso a Valladolid, las patrullas hicieron una prueba de 1.000 metros al galope y al siguiente día el recorrido de obstáculos en la pista de la Sociedad Hípica.

En vista de los datos de Inspectores, Comisarios y Jurado, en los dos aspectos técnico e hípico, se adjudicará a los alumnos de la patrulla ganadora, el premio ofrecido por S. M. la Reina doña María Cristina.

UN ERROR DE CIERRE

En nuestro número anterior apareció incompleto por un error de cierre el cuento «El Talismán» de nuestro redactor D. Antonio de Golluri.

El buen juicio de nuestros lectores, subsanaría indudablemente la falta de texto que afectaba precisamente a la parte mas esencial de la narración. Lamentamos la falta y hubiéramos querido subsanarla publicando nuevamente el interesante trabajo, de no haberlo impedido el exceso de original de actualidad que ha sido menester dar cabida en este número.

BIBLIOGRAFIA

Nuestro querido amigo y colaborador Federico Reaño ha recopilado una colección de noticias de los que a diario se ven en los periódicos acerca de hechos científicos, históricos, geográficos y estadísticos a los que, con chispeante gracia y fina ironía, ha puesto un comentario, que hace fácil y amena su lectura.

LOS TÍTULOS DEL REY DE ESPAÑA

Nuestro rey D. Alfonso XIII tiene los títulos siguientes: rey de España, de Castilla, de León, de Aragón, de las Dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Menorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, del Algarve, de Algeciras, de Gibraltar, de las Islas Canarias, de las Indias Orientales y Occidentales, de la India y del Continente Oceánico, archiduque de Austria, duque de Borgoña, de Brabante y de Milán, conde de Habsburgo, de Flandes, del Tirol, y de Barcelona, señor de Vizcaya, y Molina, Majestad Católica, jefe y soberano de la insigne orden del Toison de Oro, caballero de la orden del Aguila Negra, de la Anunziata, de San Andrés, del Elefante, etc., etc. En total, Don Alfonso tiene cuarenta y dos títulos.

PARA PASAR EL RATO

DIVERSIONES Y ENTRETENIMIENTOS

Charadas

Tiene ese un hermoso *todo* que le han dado esta mañana y no se *dos* *tercia* *prima*.
¡Si será *cuarta* con *cuarta*!

Es mi *tres-cuatro* una flor;
mi *todo* es una mujer
de una *dos tres* superior
que ha hecho a un hombre enloquecer.

Tercera primera: Mantenerse en el agua.
Segunda tercera: Famoso río.
Todo: Parte resguardada del puerto.

Asegura Pepita muy formal que no la *prima-tres* el buen Pascual.
y asegura Pascual, el calavera, que prefiere a Pepita *dos tercera*

A los jeroglíficos.

O

Capitán Coronel General

RS

Quatro

Fuga de vocales.

N. c.m.p.r.r. y. .l.f.g.
d. t.s .j.s c.n .l s.l
p.r.q.. .l s.l s. .cl.ps. . v.c.s
y t.s b.ll.s .j.s n.

Conocimientos útiles.

Para devolver a las joyas su brillo.—Generalmente basta frotar los objetos de oro y plata que han perdido su brillo con una piel muy

suave o con un guante viejo para que se pongan bien brillantes. En el caso de que por este sencillo medio no se consiga, se deben sumergir dichos objetos en agua de jabón o en espíritu de vino. Limpios de esta manera, se ponen a secar entre serrín de madera, que absorbe su humedad, y se les pasa, por último, una piel muy fina.

Limpieza de las esponjas.—Se coloca la esponja en una palangana y se exprime encima zumo de limón. Córtese después éste en pedazos, que se dejan en la palangana junto a la esponja; se añade agua hirviendo, y se deja por espacio de veinticuatro horas. Pasado este tiempo, se saca la esponja se exprime, se empapa de nuevo en agua para exprimirla otra vez, y queda como nueva.

El zumo de limón, que ni quema ni deteriora la esponja como el agua fuerte y el ácido nítrico, tiene además la ventaja de no estropear las manos.

CASOS Y COSAS

—Chiquio, ¿no acertarías quién s'ha vuelto loco?

—¿Quién?

—D. Sixto el banquero.

¡Atiende!... Si no pué ser... Antier estaba tan güeno y tan cuerdo...

—Pus está loco, bien loco. El tío Jotica acaba de ir a su casa a cobrar una letra y él mismo le ha dicho que «no tenía conocimiento.» Conque má tú si lo sabrá él mejor que nadie.

Un viejo verde va a visitar a una antigua amiga con la que no se habían visto en cuarento años.

El.—¡Rosaura! ¡Cómo han cambiado en este tiempo la faz de las cosas.

Ella.—¡Ay! Y las cosas de la faz.

Un pobre diablo refiere a un compinche su última desventura.

—No había comido nada en dos días y, lleno de desesperación, me arrojé al mar. Un marinero me pescó en seguida. Pues bien, dieron cinco duros a mi salvador y... a mi nada.

—¿De dónde desciende el hombre.

—Del mono.

—No es seguro, pero es probable. ¿La descendencia del gato?

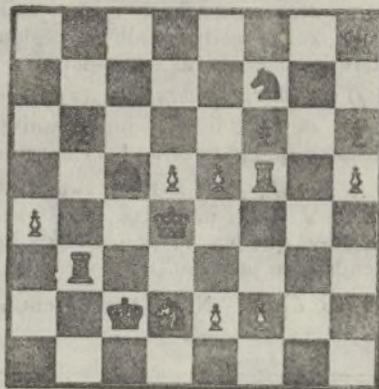
—El gato desciende del tigre.

—También es cosa probable. Y la araña, ¿de donde desciende?

El interrogado no sabe que contestar.

—Hombre, se ha atascado usted en lo más sencillo. La araña desciende... del techo.

Problema de ajedrez



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Soluciones a los pasatiempos del número anterior.

A las charadas:

Colegio.

Sótano.

Zarzamoras.

Al jeroglífico:

Ca-nas-tilla.

Logogrifo numérico.

Leandro.

Al problema de ajedrez.

Jugada clave: Rey a 4 de Alfil.

SECCION DE CONSULTAS Y CORRESPONDENCIA

En esta sección serán contestadas únicamente las preguntas y consultas hechas directamente por los suscriptores de «Armas y Letras.»

A. A. J., Medina del Campo.—Queda recomendado su asunto. Nos dicen que tiene V. derecho a las 194, 65 y la Intendencia ha puesto en curso su expediente. Creemos se resolverá pronto. Para los atrasos de la Cruz de San Hermenegildo tiene V. que promover instancia. Se le envían los números 15 y 16.

R. A. P., Mancha Real.—Efectivamente faltaba la papeleta pero se ha encontrado la instancia. Hace V. el número 1 en turno corriente para el destino que solicita.

T. A. M., Torrijo de la Cañada.—Se le envían los números desde Enero. La pasaremos el cargo por la Caja Central. La revista sale en la última decena de cada mes. Contestando a sus otras preguntas, le diremos que existe el criterio de facilitar a todos el nuevo armamento y que no hay nada pensado hasta ahora, sobre modificación del reglamento y del pronuntuario para el ascenso de Guardia a Cabo.

D. G. P., Guadalajara.—Queda hecha en el Memorial de Caballería la indicación que interesa. Manifiestan que le pasarán los cargos oficialmente.

R. F. M., León.—Hemos hablado de su asunto. Puede V. hacer instancia a S. M. expresando las condiciones que en V. concurren y seguramente será atendida su petición.

S. B. Ceuta.—No ha tenido entrada en la Sección

su papeleta de destino. Rehagala porque tiene derecho.

A. M., Gijón.—Los destinos de Alféreces a Africa, se hacen por tercios yendo primero, los del segundo y tercertercio. Las promociones no entran en turno hasta pasado un año de la salida de la Academia. Don J. G. hace el número 10 para destino a Africa. V. no está clasificado todavía, ni tampoco Don L. N.

F. B., San Roque.—Hace V. el número 2 para el destino al regimiento de la Corona, pero en la actualidad no sólo no hay ninguna vacante, sino que está cubierta con exceso la plantilla de los de su clase.

A. B., Toledo.—Se le han enviado los números 13 y 14. Hace V. el número 17 para el regimiento de Mallorca; el 4 para el de Otumba; el 2 para el de Vizcaya; el 27 para el de León y el 20 para el de Guadalajara. No está V. clasificado para destino a Africa por faltarle para ello mucho tiempo.

J. G., Xanen.—Tan pronto como ascienda se halla V. en condiciones de concursar vacante del Colegio de Huérfanos.

A. G. E., Betanzos.—Hace V. el número 6 para destino a la Caja y Zona de Toledo.

L. M.—Para rectificar el error visto en el Anuario haga V. instancia dirigida a S. M. y acompañando copia de la hoja de servicios.

A. T., Villanueva y Geltrú.—Suponemos en su poder nuestra carta. Ha sido concedido lo que interesaba.

SECCION DE ENCARGOS

Habiéndonos indicado algunos suscriptores la conveniencia de modificar la forma de pago de los artículos pedidos por conducto de esta Sección, a fin de que no resulten sobrecargados por las tarifas de contrareembolso, en lo sucesivo *deberá remitirse nos por giro postal y anticipadamente* el importe de los géneros solicitados, sin cuyo requisito no se efectuarán facturaciones. Cuando no se conozca el precio de ellos, deberá preguntarse por correo a esta Sección remitiendo sello para la contestación.

No hay que olvidar que el valor del artículo deben aumentarse los gastos de embalaje y franqueo que tienen que ser naturalmente por cuenta del peticionario.

Para la mayor facilidad en la organización, la «Sección de encargos» queda dividida en los grupos siguientes:

Primer grupo.—Material y objetos de escritorio. Comprende impresos, cartas timbradas, lápices,

plumas, gomas, etc. Archiveros, ficheros, clasificadores y toda clase de objetos que tengan relación con las oficinas y despachos.

Segundo grupo.—Libros. Comprende todas las obras científicas y literarias que existan en el mercado.

Tercer grupo.—Documentos. Comprende certificados de última voluntad, antecedentes penales, del registro, partidas de nacimiento, casamiento, etc.

Cuarto grupo.—Camisería y objetos de equipo. Comprende camisas, cuellos, puños, corbatas, guantes, bastones y paraguas.

Quinto grupo.—Sombrerería y zapatería. Comprende sombrero de todas clases, gorrao, roses, chacots, zapatos y botas.

Sexto grupo.—Especialidades farmacéuticas.